
ROMANO 2001

Axxón 122, enero de 2003

Editorial - Axxón 122

Para este Editorial pensé varios temas:

1. ¿Para qué hago la revista?
2. ¿Seguiré haciéndola?
3. Los escritores, la creatividad, las dificultades.
4. El espíritu de la Navidad.
5. Generalidades sobre la CF y mi vida.

Con respecto al punto uno, bueno, la hago porque me conviene. Es lo razonable. **a)** La hago porque me mantiene ocupado y con la sensación de que estoy metido en algo útil (es más caro un psicólogo), **b)** porque creo que así logro que la gente me aprecie, **c)** porque es un desafío que me propuse alguna vez y todavía falta camino para cumplirlo del todo y **d)** porque comandándola me siento al frente —y con el control— de algo.

Como ven, son razones egoístas.

Si seguiré haciéndola (punto dos), bueno, se me ocurrió desenterrar mis supuestas dotes de escritor y despachar un editorial-cuento, o algo así. El personaje abre una caja cuántica de prueba donde estaría vivo y muerto el famoso gato de Schrödinger y ¿qué encuentra? Está vivo y muerto. Es decir, lo encuentra vivo (por eso lo puse primero) pero apesta a muerto.

No salió una ficción, pero se parece. Hasta tiene mensaje para pensar.

La idea del punto tres involucraba incluir un trozo del libro de Stephen King sobre la escritura, un interesante trabajo de King que me prestó un alumno del Taller Literario y que acabo de leer. Pero no tengo espacio en el disco rígido para escanear y convertir a texto. Así que se los cuento: es un segmento muy humano, porque reivindica lo más fuerte en la vida de una persona: el amor y la fidelidad de las personas que más cerca tenemos. En este caso, su mujer. Significa que nadie, nadie es tan fuerte, tan rico, tan exitoso y tan poderoso como para no necesitar de los demás.

Quizás algún día incluya ese fragmento pero, como ven, dije lo mismo de un modo más fácil —y breve— aquí. No sé si les satisface, pero es lo que pude hoy…

El tema del punto cuatro lo he hablado con otras personas, últimamente con quien me acompaña y comprende como nadie en

el mundo —como King, a quien en esto no tengo nada que envidiarle—, Gladys. Cada vez que se acerca Navidad bombardean con películas y escenas de serie repletas de gente con “espíritu navideño” que se da cuenta de la necesidad de amor y paz entre las personas y malos que se reivindican y arrepienten y transforman… Entretanto insisten en preparar —cagándose en la opinión del mundo sobre el desastre que se puede producir— una guerra de invasión. Y no me digan que no es la gente, sino su gobierno, el que hace eso: acaban de votarle mayoría en su Congreso. La CNN, tan profesional, tan correcta, tan veraz, ¿no?, nos bombardea con informes navideños sobre el “espíritu de la Navidad”. Documentales, les llaman. No veo más que personas caminando por la calle y entrando y saliendo de tiendas con bolsas y más bolsas. Me suena a Comercio, más que a espíritu… (Los niños de South Park tienen un capítulo que desarrolla muy bien la idea.) Y para rellenar el cuadro, cada año tenemos nuevos y “cómicos” comerciales en los que se ridiculiza y maltrata a Papá Nöel, Santa Claus o como se lo quiera llamar. Parece un trabajo insistente y preciso para desvalorizar un mito infantil. ¿Será porque a los que pagan las publicidades les conviene que los chicos sepan que los que compran los regalos son sus padres, así los pueden presionar mejor para que compren más? ¿O es que el mito vino de Europa y a alguien no le gusta?

No sé si se trata de algo pensado o les sale inconscientemente, pero es para pensar.

A mí me fastidia una enormidad.

Y de lo último (punto 5: “Generalidades sobre mi vida y…”) puedo decirles que, al igual que todos ustedes, me gusta encontrar algo para leer que me absorba y me haga olvidar de los problemas. La ciencia ficción y la fantasía son ideales. Si me las regalan, extraordinario. Pero no me pidan que dé algo a cambio porque eso, terriblemente, quiebra, destroza, anula el clima de autoencierro y la sensación de evasión que quiero disfrutar. Para alguien como yo, palabras como compromiso, aporte, apoyo, colaboración, son ensalmos demoníacos que rompen mi cascarón.

Por eso odio que se escriban Editoriales llorosos en los que me pidan, por ejemplo, que visite un sitio para ayudar a que continúe cuando lo que me interesa es encontrar algo para evadirme…

Como ustedes.

Ya ven que somos iguales. Y nos entendemos…

Deseo agradecer con todo mi corazón a las personas que ayudaron de diversas maneras a que esto continúe. Muchas de ellas

rompieron sus cascarones y se desprendieron de cosas valiosas: tiempo, dinero y calidez humana. No es algo común en esta época y este mundo, y lo reconozco como milagro. Quizás esta sea la mejor explicación para esta rara cosa que es Axxón. Se produce un milagro cada tanto y Axxón continúa.

No se olviden de una persona que regaló más milagros que nadie. Que vino a unirse con nosotros con el espíritu de “Tomar cerveza y charlar con los amigos”, un espíritu real y poderoso que todos (especialmente yo, que tan amargo me he vuelto) debemos rescatar. Me refiero a Rodolfo Contin, una persona única entre miles de millones que pudo mostrar que la magia existe y convirtió a Axxón en esa Princesa única, bellísima, que conocimos.

Eduardo J. Carletti, 1 de enero de 2003

Correo 122

enero de 2003

Miércoles 4 Dic 2002 10:24:44
Amigo Carletti:
Hace un rato una persona vino a la biblioteca donde trabajo para solicitarme información sobre Oesterheld. Y de inmediato me sumergí en Internet para buscar esa información. Me encontré con Axxón, azares de la vida, para recordarme que alguna vez mantuve comunicación con Uds. y ya no, mía es la culpa. Pero recordé otra cosa, perdida en el fondo de mí, entre los pliegues más profundos de mi memoria: me vi en el quiosco vecino a mi casa, allá en Pergamino, leyendo "de ojito", las historietas de Ernie Pike y el sargento Kirk. Yo, por entonces, hablo, qué sé yo, de 1963 o 1964, tenía ocho o nueve años, nada sabía del autor. Era entonces Oesterheld sólo un apellido de difícil pronunciación para mi cabeza de pibe. Y luego supe, en los 70, quién era. Y luego vino la noche y lo envolvió como a tantos. A veces, un simple pedido hace que se reaviven los recuerdos y que el paso se agolpe en la cabeza de uno. Este es uno de esos momentos. Y como fue Axxón, su página en Internet, la causa de tal acontecimiento, te lo cuento.
Un abrazo enorme.

Carlos Barbarito
Muñíz, Argentina

Lo que decís en tu carta me recuerda que lo que hace inmortal a una persona no es su cara, ni su apellido, ni sus títulos, sino lo que hace. Dejar marca en chicos de ocho o doce, una marca buena e inolvidable, es una virtud que todos le envidiamos a Oesterheld y a otros grandes. Estoy seguro que si no hubiese ocurrido lo que terriblemente ocurrió y tuviésemos a Oesterheld entre nosotros, muchos seguiríamos disfrutando de las obras surgidas de su capacidad e imaginación sin saber quién es ese señor de apellido extranjero que ha firmado tantas maravillas.

Miércoles 11 Dic 2002 13:03
Apreciado Sr. Carletti

Sirva la presente para felicitarlo por la excelente página que han diseñado y para colaborar con ustedes informándoles que en la lista de revistas de Ciencia Ficción publicadas en Argentina que aparece en su página web falta la mención de la revista "Urania", de la cual se editaron pocos números en Rosario, en la época en que apareció "Más Allá". Lamentablemente no puedo contribuir con más información que la que permite mi memoria (todavía más o menos buena a mis 70), debido a que mi colección de Hombres del Futuro, Más Allá, Urania y otras (entre las que podría mencionar algun ejemplar de Rojinegro con historias del género fantástico), debido a que perdí mi biblioteca en una inundación.
Debo mencionar que también se perdieron la colección de novelas de Burroughs (las series de Tarzán de novelas marcianas), los 45 primeros números de Narraciones Terroríficas (Molino), las de Salgari (entre ellas unas cuantas de la serie editada por Calleja), las de Van Dine (pero gracias a Dios pude conseguir en España la colección de ese autor editada por Aguilar) y un montón más. Como puede apreciar, fue un desastre. Ojalá me las hubiesen robado, así por lo menos existirían. Ahora no me queda más remedio esperar que a alguien se le ocurra reeditar todo ese material en el mismo estilo que lo hace la editorial Dover, que por cierto editó las novelas marcianas de Burroughs hace algunos años, pero que solamente se pueden comercializar en USA.
Quedando a sus gratas órdenes, le envío un saludo fraterno desde esta convulsionada Venezuela.

Carlos A. Montes de Oca

Muchas gracias por la carta y la información. Conocía el nombre, pero nunca pude ver una ni saber de qué época precisa era. Espero que algún lector me acerque datos. En Argentina hay fanáticos como usted (o como yo) y espero que a

alguno de ellos siga teniendo ejemplares. Lamento mucho la pérdida, perder libros es como perder amigos…

Eduardo J. Carletti

Miércoles 11 Dic 2002 12:53
Estimado señor Carletti:
Hace aproximadamente una semana tropecé con su página gracias a la mediación de un amigo que me recomendó la revista. Me parece excelente su idea de potenciar y congregar los talentos potenciales para llevar la CF a cotas tan altas como la llamada literatura —seria—. Me pregunto si, en estas últimas 2 décadas en que la CF latinoamericana comienza a tener una voz propia, tendrá que recorrer el mismo camino por donde ya pasaron los escritores desde la —época de oro— de la CF anglosajona. Desde hace algún tiempo me estoy interesando en el género y lo encuentro cada vez más atrayente y casi es una experiencia vital para desarrollar nuevas ideas desde puntos de vista nada comunes, como lo hacen los buenos escritores del género.
No sé que cosas pasarán la censura de su criterio o si hay un conjunto editorial que evalúa las opiniones de los lectores para incluirlas en el correo, pero de todas formas ahí va: me sorprendió la propuesta tan heterogénea de la revista: ¿A qué público va dirigida? Por un lado hay literatura bastante seria, teniendo en cuenta el origen de los escritores, francamente apartados de la CF —dura— anglosajona, con valores más literarios que científicos, con mucho humor y tratamientos a veces despreocupados en las cuestiones más serias de forma, pero con muy buenas propuestas, quizás para integrar el cuadro que realmente nos identifique como cultura continental. Pero por otro lado, la sección de Andernow me parece un simple gancho para adolecentes presexuales, con chistes tremendamente chauvinistas, cargados de regionalismos que difícilmente comprenderían otros hispanohablantes (yo no entendí casi ninguno, a pesar de vivir en un país con un sentido del humor bastante proverbial!, donde no me considero una excepción a la regla), además ¿Para que el

acompañamiento de las ilustraciones? El buen humor no las necesita y puede ser tan refrescante como la foto picante; que de paso, iría a otro sitio de la red a buscarla, no a una revista dedicada a un género casi científico, y los que acuden a él, por regla general, tienen cierta formación técnica, o al menos saben que el género anda cerca de esas cosas. Esto me parece que los hace perder mucho, por otra parte me disculpo por el rapapolvo, a lo mejor es una exigencia de los patrocinadores, o una monomanía de su editor y yo meto mis narices donde no me llamaron.
Por otro lado quisiera recordarles algo que pueden estar perdiendo de vista: desde la segunda —edad de oro— de la CF se habla del valor educativo del género y su capacidad para atraer público con los métodos más heterodoxos desde el punto de vista literario y buscar soluciones a problemas aparentemente insolubles: quisiera felicitarles por la constancia con que dentro de las difíciles situaciones del país, sacan adelante su literatura y dan un espacio a los otros para encontrarse y hablar de todas las cosas fascinantes del género ¿A ningún compatriota se les ha ocurrido mirar el futuro de la Argentina desde la CF? ¿Tienen el humor, el sentido común y la fe necesaria para hacerlo? Cuando se sienta mal por estas cosas piensen en otros muchos latinoamericanos que los acompañan en el pensamiento y les desean las mejores cosas.
PD 1: Quisiera que publiquen en la lista mi ID para poder contactar otros colegas en mi país, donde se dificulta mucho el contacto por no existir espacios apropiados para ello: el otro día, revisando la página de la revista española BEM, encontré un coterráneo que había quedado mencionado en la lista de mejores concursantes del UPC de España: Vladimír Hernandéz Pacín, si tuviérais datos de cualquier otro cubano interesado en el género, quisiera que me escribieran a: ulises@arquitectura.ispjae.edu.cu o al CC // ivegg@yahoo.es //
PD 2: Aquí en Cuba es sumamente difícil poseer un ordenador y muchísimo más una conexión propia. Uno

de los lectores (Andrés F. Diplotti en el número 115) que escribieron al correo se quejaban de que no podían contactar y conversar y tenía que descargar la revista en cibercafé o kioscos (ojalá tuviésemos al menos esas oportunidades acá, no sabeis lo dichosos que son), y por eso no me es tan fácil conversar en la lista o cualquier otra forma de intercambio en red; espero que al menos, podais responder a mi correo.
Saludos
Ulises Bea

Las opiniones son amplias como el contenido de la revista... y quizás aquí está la clave de la cuestión que le ha preocupado. Una de mis mayores preocupaciones es no hacer una revista para mí mismo. Procuro cubrir todas las facetas del género y abrir constantemente nuevas líneas. Ponerse a elegir, por otra parte, cuando se trata de temas y orientaciones y no de calidad mínima aceptable, nos lleva a peligrosas posiciones, justamente las que tan mal nos han hecho durante décadas de nuestra historia. Las secciones como Andernow y otras son manejadas con criterio absoluto por sus directores, y en muchos casos, esto lo saben los lectores de hace años, llegaron a ser como revistas adentro de la revista. Por supuesto, no han faltado, algunas veces, unos tirocitos de oreja del Director de la revista al Director de la Sección, pero en la historia de Axxón han sido muy pocos. La corrección ortográfica y de sintaxis también pasa por una última revisión a cargo mío, aunque no será, a pesar de esto, tan perfecta como quisiéramos. A veces el tiempo no alcanza... o nos agarra sin tantas ganas. Resumiendo, no me parece un problema que haya partes del sitio que parezcan sólo para jovencitos (aunque yo, que ya pasé del medio siglo, muchas veces disfruto de sus contenidos) cuando hay partes para todos. Divulgación, noticias, literatura, entretenimiento. La revista pretende ser visitada, esto es lo más importante. Se puede poner en Internet lo mejor de lo mejor, pero si nadie lo visita pierde gran parte de su sentido. En el caso de Axxón, si nadie la visita muere... porque es el combustible que me alimenta. Y que alimenta a otros.
Me queda el tema del futuro de Argentina: sí, alguien se preocupó de escribir especulativamente sobre un posible futuro inmediato de la Argentina. Está en la sección Futuros, que sé ha despertado mucho interés en los lectores, aunque esté un poco dormida ahora.
Lamento mucho sus dificultades de acceso. Conozco mucho de

lo que pasa en Cuba porque tengo amigos allá que me lo relatan. Hay cosas que pueden pasar aquí en cualquier momento, como que Internet se vuelva un artículo de lujo para los argentinos. Esperemos que esto quede en la especulación y que la gente de Cuba pueda acceder con cada vez más facilidad.

Eduardo J. Carletti

Jueves 17 de Octubre de 2002 09:28
Querido amigo Eduardo:

Te estarás preguntando quien soy. ¿Quien este loco?, ¡No te registro! Es verdad, no nos conocemos personalmente, pero procedo a presentarme.

Me llamo Raul Simonetti, tengo 31 años y soy lector y fanático de la ciencia ficción desde los 11 cuando mi viejo me llevó a ver al cine "El Imperio Contraataca", mi mente desde ese momento estalló en 50 pedazos, luego empecé a leer cómics y libros de Julio Verne, pero un día una amiga me regaló "El fin de la Eternidad" de Isaac Asimov y desde entonces no paré de leer.

En el año 1984 mis padres estuvieron al borde de la separacion. Hasta el año 1990 mi casa fue un infierno. En ese período los libros fueron mi refugio. ¡Ohh! que época más gloriosa, llegué a leer hasta ocho libros al mismo tiempo sin perder el hilo argumental de ninguno.

Después, por el 92, tomé contacto con una revista extraña, venía en disquette y se llamaba AXXON. La tenía que leer en la casa de un amigo porque yo no tenía Pc.

Algunos años más tarde les perdí el rastro, es más, hubo gente (mala gente) que me dijo que ustedes habían muerto. Grande fue mi tristeza, ustedes habian sido mis amigos y ahora ya no estaban.
Me deseperé, pero mi afición o ¿adicción? a la CF no decayó jamás.

Un día, navegando por la net en el buscador, ingenuamente y por curiosidad, puse la palabra "axxon" para ver si encontraba a algun otro loco lector que los recordara y poder charlar de buenas épocas. Grande fue mi sorpresa ¡Existía un sitio llamado AXXON! Sin dudarlo me tiré de cabeza y, ohh sorpresa, mis amigos perdidos estaban ahí, no habían muerto, se habian ido por un tiempo pero habían vuelto. No sabés, lloré como loco por este reencuentro.

Hoy tengo todos los números y de a poco los estoy leyendo para ponerme al día. Grandes fueron los cambios que hubieron desde esos viejos diquettes pero me gustan esos cambios.
Pero quise hacer algo que nunca había hecho, y es escribirles, sólo para decirles:

¡Gracias!, ¡Gracias porque a pesar de todo estan ahí!

Ya sé que los tiempos son muuuuy difíciles, las cosas no son como las soñábamos.

¡Eduardo! Todos hemos cambiado, el país cambió, la gente, todo.

¿Pero sabés una cosa? Hay algo que no cambió y es mi afición ¿o adicción? a la CF.
El amor y ese cariño hacia ese género tan vapuleado e insultado en este país hizo de mí una persona decente, más o menos inteligente y sobre todo ¡pensante!
Hoy nuestro país casi no tiene cultura, los chicos van a la escuela sólo para que les den de comer.
Pero ustedes me impulsaron a hacer algo… Hoy, con mis 31 años a cuesta, comencé a estudiar para ser profesor de Literatura y ¿sabés cual es mi sueño?, poder enseñarle a mis futuros alumnos que hay algo llamado Ciencia Ficción, que les puede abrir la cabeza a otras cosas y ser libres, así como yo fui libre.

Eduardo, hace dos años que estoy sin trabajo, pero

aún trato de soñar un futuro un poco mejor que el actual. Alguien dijo: "No está muerto quien pelea" y es verdad. No digo que uno no se canse de tanto pelear, pero bueno, hay sangre nueva a la que pasarle la bandera, yo voy a tratar y espero no aflojar.

Bueno, me voy despidiendo y ya no te aburro más con este largo mail, pero me retiro diciendo:

¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias AXXON! ¡Gracias Eduardo! y no aflojar.

Raul M. Simonetti.

PD: Otro sueño mío es un dia poder estrecharte la mano personalmente, para agradecerte tanto esfuerzo tuyo y de los que colaboraron con AXXON.

¡Qué puedo decir!... éste es nuestro combustible. Gracias, Raúl, por tus palabras y tus actos. Todos nosotros queremos así a la literatura que nos llena de maravilla y magia. Me alegra que me consideres fuente de esa felicidad en tu vida. Creo que es una de las cosas principales que debería procurar un editor. En nuestro caso, como no hay plata que ganar, es todo.

Eduardo J. Carletti

Viernes 18 de Octubre de 2002 05:02

Felicitaciones por la revista Axxon.
Felicitaciones nuevamente.

Me alegra ver hispanoamericanos creando ciencia ficción, quizá se deba a que un escritor consagrado, Luis Alberto Salvarezza, coordinador de un taller de literatura al que asisto, lapidó brevemente mis creaciones fantasticas diciendo que en la Argentina la ciencia ficción ya poco peso tiene. Ustedes y su trabajo refutan por completo esas palabras y eso alegra mi corazón.

Me deleito con los textos expuestos por tratarse de ciencia ficcion puramente argentina y de los pagos circundantes. Personalmente he leído a Asimov, Harry Harrison, Clarke, Efremov y demás autores, tanto estadounidenses como europeos en general, remarcando lo pobre que suelen ser las

traducciones ocasionalmente y lo desvalorizante que eso resulta para cualquier obra. Me enorgullece sentirme parte de los soñadores latinoamericanos y desearía unirme a las Huestes de Axxon, como deberían de apodarse el conjunto de escritores expuestos.

Pronto estaré comunicándome nuevamente, les acercaré un cuento o quizá algo más.

Mi nombre es Danilo David Pietroboni (Kartama Dai Gin), resido en Concepcion del Uruguay (300km a Bs.As.), Entre Rios.

Un saludo y nuevamente felicitaciones. Su revista ha quitado el peso de la soledad de mis espaldas.

No te preocupes demasiado por lo que te digan... al menos en lo que se refiere a los gustos literarios y a la salud del género en la Argentina. De hecho, todos los días nos están matando. Nos matan en las conferencias y nos niegan en las mesas de bar. Bueno, ¿qué nos queda sino seguir viviendo y haciendo lo que nos sale? Así es Axxón. Crece, se hace fuerte y se debilita, recibe golpes casi mortales y se levanta, y respira cada minuto. Como digo más arriba, y no me canso de repetir, mientras se oigan otros alientos que nos acompañan en la oscuridad seguiremos vivos. Esperamos tu participación.

Eduardo J. Carletti

Viernes 27 de Diciembre de 2002 20:15
Hola, amigos de la revista axxon
Me he pasado todos estos días mirando esta página, que además me parece excelente. Increíblemente lo he leído casi todo. Me gustaría enviar próximante algunos cuadros míos a esta sección, pues creo que tienen que ver un poco con la tónica de la revista en general. Les enviaría mis últimos trabajos relacionados con figuras poco más o menos inquietantes que entran dentro de mi estilo pictórico, que ni yo mismo ya podría catalogar. Quizás sean reminiscencias de antiguas culturas que habitan no ya sobre la tierra sino mas bien dentro de los sueños de este humilde artista. Si les interesa la idea, háganmelo saber y les iré enviando mis últimos trabajos que serían, además, de carácter inédito en Internet.
Un abrazo

Jorge Llamos González, pintor cubano

Bien, te he respondido ya directamente, pero quise poner esta carta para que se sientan estimulados otros artistas a comunicarse y particpar. En algún momento me resultó difícil conseguir material para la Galería de Arte, pero ahora tengo algunos a la espera, de muy buena calidad, como habrán visto los lectores en los portfolios que han aparecido. El trabajo de crear maravilla en la mente y luego plasmarla en imágenes se diferencia del que hace un escritor en las técnicas físicas, pero requiere tanto o más esfuerzo. Espero tus trabajos.

Eduardo J. Carletti

Lunes 30 de Diciembre de 2002 20:15
Eduardo:

Estuve leyendo la sección "Futuros" de Axxon, sobre todo lo referido a la segmentación de Argentina.
Para 1987 yo gané un concurso con un libro de cuentos llamado "Los Hijos de Dinah", donde especulaba con el futuro del país. Como ganó el 2° y no el 1° premio, no lo publicaron.
Aparte de algunas diferencias *(Neuquén unido a la Patagonia, no a Cuyo; el NOA como parte de un nuevo Imperio Inca; el Litoral escindido y anexado a Brasil; Buenos Aires y Uruguay amalgamados por una tiranía; Córdoba destruida y tierra de nadie, etc.)* el panorama que pintaba yo en esos cuentos era bastante similar.
Y si bien es cierto que los artistas -aparte de nuestros talentos o falta de ellos- somos intuitivos, me pregunto si no será demasiada la coincidencia.
Porque tuve la oportunidad, hace poco, de ver la copia de un mapa alemán de 1890 (Mil ochocientos noventa, no hay error) donde se representa a la Patagonia como un estado independiente.
Entonces me pregunto… ¿Qué somos? ¿Visionarios o inducidos?
Es probable que estas especulaciones no sean como la "Amerika" de los Yankees, donde especulaban con una ya imposible invasión soviética, sino una preparación psicológica para un futuro que parirá con enormes dolores.

Dios se apiade de nosotros.
Por otra parte, ya que de Dios hablamos, muy interesante lo del milagro de Jerusalem; de no ser que ni el nazi más nazi lanzaría una bomba atómica sobre esa ciudad. No en vano la llaman la "Tres Veces Santa", pues es sagrada para tres religiones *(El Judaismo, el Cristianismo y el Islam)*.
Un abrazo a todos los amantes de la Ciencia Ficción y que este año que empieza *(donde ya deberíamos tener colonias en Marte, según las fantasías de nuestra infancia)* nos sea lo más leve posible.

Fernando José Cots

Y sí, las coincidencias de este tipo se dan muy seguido en la literatura. Las informaciones y hechos que circulan despiertan ideas en el inconsciente y consciente de las personas, y las ideas se plasman, a veces, en textos similares... Cuántas veces los juicios de plagios se harán sin razones valederas.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

La danza de los espíritus

Douglas B. Smith

En el principio de las cosas, los hombres eran como animales y los animales como hombres.

—Herman Melville (Moby Dick, XXIII)

Vera hizo una señal de rechazo cuando entré al negocio. Iba acompañado por Gelert, mi perro de caza. Ella fingió limpiarse las manos en el delantal azul gastado pero pude percibir la danza de sus dedos.

—Hola, Vera. Tanto tiempo —dije.

—Ah, sí… es verdad, señor Blaidd —dijo con rapidez, sin devolverme la sonrisa. Estaba colocando alimentos sobre una estantería, giró y se dirigió a su esposo:— Tengo que ir a revisar algo al fondo, Ed.

Casi corriendo, se deslizó detrás del largo mostrador de madera en dirección al depósito.

Edward Dos Ríos se apoyó sobre el mostrador al lado de la caja, frente a un diario abierto, su larga cabellera gris derramándose sobre las páginas. Observó a su mujer salir y sonrió.

—Todavía la asustas —rió.

—¿Vas a salir corriendo y a esconderte también? —le pregunté, sonriendo.

Los ojos negros se entrecerraron pero su sonrisa no desapareció.

—Vera es una mujer blanca. Mi pueblo ha contado leyendas sobre los Herok´a durante generaciones, Patas Grises. Yo crecí con esas historias. Conocí a otros como tú… y todavía creo conocerte, incluso después de… ¿cuánto hace?

—Cuatro años —dije.

—Hace cuatro años que dejaste Wawa. —Tomó la mano que le ofrecí con fuerza.

—Qué alegría volver a verte, Ed —dije.

—Lo mismo digo, Gwyn. —Apoyado sobre el mostrador, dio unas palmadas a la enorme cabeza de Gelert—. Y me alegra volver a

verte a ti también, pedazo de bestia.

La cola de Gelert se movió con furia, amenazando un mueble expositor de latas de gaseosa. Ed volvió a mirarme.

—¿Viniste en avión?

Asentí.

—Aterricé en la Laguna de los Ciervos, acampé en la costa norte, después vinimos caminando. ¿Recibiste mi fax?

—Sí. Te preparé unas provisiones y un mapa que indica el camino hasta la cabaña del camionero. —Señaló con la cabeza hacia unos paquetes atados de papel madera, amontonados en el rincón.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Lo dejo a cuenta. Vas a quedarte un tiempo. Imagino que no es la bienvenida ideal.

—Podría ser mejor. ¿Alguna noticia de Robert?

Ed asintió.

—Mostré la foto de tu amigo por ahí. Es seguro que estuvo acá en Wawa para los funerales, pero fue muy reservado. Aunque encontré a una mujer que habló con él. Dijo que se fue hace dos días, pero que iba a volver. Algo sobre un negocio que dejó sin terminar acá.

—¿Alguna idea de hacia dónde pudo ir?

—No estoy seguro, tal vez a las Muskokas.

—¿Por qué? —pregunté con el ceño fruncido. Las Muskokas era un centro turístico con casitas que quedaba a dos horas en auto desde Toronto, y a unos buenos 700 kilómetros de Wawa.

Levantó un dedo por respuesta y comenzó a hojear el diario. Gelert se enrolló al lado de nuestras provisiones. Esperé, mientras discernía entre los olores de granos y fruta, madera y cáñamo, y humanos. Vera refunfuñaba en el depósito del fondo. Podría haber comprendido lo que decía si hubiese querido, pero no lo hice.

Ed empezó a leer:

—El magnate maderero local Jonathan Conrad y su guardaespaldas fueron encontrados muertos ayer a la madrugada, en las cercanías de su cabaña de las Muskokas.

Los pasos en el exterior me anunciaron la presencia de un cliente antes de que el sonido de la campanilla de la puerta hiciera que Ed levantara la cabeza del diario. Tenía poco más de veinte años, delgada, con ojos verdes grisáceos y una larga cabellera negra que no sabía bien dónde quería apoyarse.

—Buenos días, Leiddia —dijo Ed, asombrado.

—Buenos días, Ed —contestó la joven y luego me miró. Tenía un aura que me resultaba familiar. Siguió observándome cuando me dirigí a Ed.

Ed siguió leyendo:

—La esposa de Conrad estuvo en la ciudad durante la noche. Encontró los dos cuerpos alrededor de las dos de la madrugada de ayer.

—¿Cómo habrá muerto? —pregunté.

La mujer que Ed había llamado Leiddia se dirigió a Ed, pero podía sentir todavía que sus ojos estaban observándome. No la miré.

—Están trayendo al juez de instrucción desde Toronto. Por las heridas, la policía local cree que fue algún tipo de ataque realizado por un animal. No saben cuál pero dicen que uno grande. —Ed levantó la vista y me miró—. Quizá un oso.

Maldije en silencio.

—Supongo que los ecologistas no van a lamentarlo mucho.

—Los padres de esos tres chicos no lo lamentarán —dijo Leiddia, acercándose al mostrador—. Él los mató, aunque no haya manejado el camión. Todos saben que él dio la orden.

—Pero quedó libre —suspiró Ed—. Igual que el chofer del camión. Un accidente, dijeron. Un problema en los frenos. Conrad debió pagar una multa de quinientos dólares por no haber hecho el mantenimiento de sus camiones.

Había escuchado acerca del incidente del camión hacía tres días. Conrad era el presidente de una empresa dueña de la papelera de las afueras de Wawa y de muchas madereras al norte del Lago Superior. Poco tiempo atrás, la empresa se había enfrentado a una escalada de presión por parte de residentes locales y grupos ecologistas. Las protestas se concentraban en los métodos indiscriminados de tala que usaba la empresa y el desprecio general que manifestaba hacia la vida del bosque. El enfrentamiento llegó a su punto culminante cuando un grupo de estudiantes y otros manifestantes bloquearon la ruta que llevaba al área que estaban talando.

El primer camión que llegó a la zona bloqueada retrocedió y tuvo que recorrer veinte kilómetros marcha atrás hasta el campamento. Dos horas después, llegó el próximo camión. Y ése no se detuvo.

Los muchachos no habían usado troncos ni árboles caídos

para bloquear el camino. No habían apilado rocas ni regado la ruta con clavos para que se pincharan los neumáticos. Sólo se habían parado a través de la ruta, tomados de los brazos, cantando.

El camión se les tiró encima y mató a tres estudiantes de la zona. Una manifestante que no era de la ciudad también murió.

—Quinientos dólares —dijo Ed mientras sacudía la cabeza.

—Fui a la universidad con uno de ellos —dijo Leiddia en voz baja.

La miré y confirmé mi primera impresión del aura familiar.

—¿Estuviste ahí?

Negó con la cabeza.

—Mi padrastro trabaja en la fábrica de papel. No iba a permitir que yo fuera.

Se quedó mirándome fijo.

Ed tosió.

—Ejem, Patas Grises, te presento a Leiddia Barker. Leiddia, este es un viejo amigo, Gwyn Blaidd. Gwyn es el amigo del señor Arcas que te mencioné.

—¿Conoces a Robert?

La puerta del negocio se abrió antes de que pudiera contestar. Un hombre estaba parado con un pie adentro, la mano inmóvil sobre la puerta.

—¡Leiddia! —ladró—. Apúrate.

Ella no lo miró.

—Ya voy —dijo con tono cortante mientras apoyaba de un golpe unas latas sobre el mostrador.

Mientras Ed hacía la cuenta, observé rápidamente al hombre. Cerca de cincuenta años, tal vez un metro ochenta, barriga y poco pelo negro peinado hacia atrás. Gelert le gruñó y yo no lo detuve. No me gustaba su olor.

Leiddia le pagó a Ed, tomó la bolsa con sus compras y fue hacia la puerta. Sin esperarla, el hombre dejó que la puerta se cerrara de un golpe, caminó hasta un Cutlass destartalado que estaba estacionado enfrente y se metió dentro. Ni siquiera llegó a mirar hacia donde yo estaba. Mientras Leiddia pasaba la bolsa al otro brazo, me adelanté y le abrí la puerta.

—Gracias —dijo mientras salía. Vacilante, miró hacia el auto y luego de vuelta hacia mí.

—Blaidd. Qué apellido raro.

—Es escocés.

—¿Y por qué te llaman Patas Grises?

Se escuchó un bocinazo atronador. El conductor saltó del auto, se acercó con rapidez hacia nosotros, los puños apretados.

—¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo? —gruñó, y después giró para enfrentarme—. ¿Quién diablos es usted, señor? Yo…

Su voz se apagó.

—Hola, Tom —dije—. Tanto tiempo.

Tragó saliva.

—¡Gwyn! No sabía que habías vuelto.

Sonreí.

—No creí que nuestra relación mereciera una postal.

—Ah, sí, verdad. Eh… Leiddia, no tardes mucho. Tengo que ir a trabajar.

Se dio vuelta y volvió al Olds. Giró para mirarnos mientras volvía al auto.

Leiddia se quedó mirando fijo en su dirección con expresión de asombro.

—Nunca vi nada que afectara al viejo Tommy de esa forma.

Me miró de arriba abajo.

—¿Voy a volver a verte?

—Estoy acampando cerca de Lago del Ciervo. Costa norte —dije.

Caminó hacia el auto tranquila, como un gato con un canario en la boca.

—¿Y? Leiddia. ¿Qué te pareció? —preguntó Ed.

—Creo que acabo de pasar algún tipo de examen. ¿Fue ella la que habló con Robert?

—Sí. Le dije que iba a venir un viejo amigo suyo que quería sorprenderlo. Entonces me contó que se había ido. —Ed parecía desconcertado—. Qué increíble que haya aparecido justo cuando llegaste. No viene seguido a la ciudad. ¿Vas a ir a verla?

—Creo que me va a encontrar. ¿Cómo es que Tom Barker se convirtió en su padrastro?

Ed hizo una mueca.

—Se mudó con su mamá a Wawa hace dos años. La madre

tenía algo de dinero y una buena propiedad que interesaron a Tom. No sé qué pudo haber visto ella en él.

—¿Sigue siendo el mismo?

—Un reverendo imbécil, sí. Hubo además algunos incidentes entre él y su mujer. Policías en la casa, pero ella nunca presentó cargos.

—¿Maltrato?

Asintió.

—Vera conoce a la enfermera que trabaja de noche en Mercy. La madre entró un par de veces, siempre con una historia sobre algún accidente en la casa. La enfermera dijo que más bien parecían palizas.

Ed tenía una expresión severa, luego pensativa.

—Hasta donde yo sé, no le crea problemas a la chica.

—Por lo que vi —dije, tomando mis provisiones y moviéndome hacia la puerta— presionar a Leiddia sería muy poco prudente. Podría despertar algo.

Los ojos de Ed se entrecerraron.

—¿Qué has visto en ella?

—Tiene la Marca —dije en voz baja. Abrí la puerta y salí detrás de Gelert sin esperar la respuesta de Ed.

* * *

La primera helada había llegado a Wawa antes de tiempo. Gelert y yo volvíamos de una caminata a través de los colores del otoño, el aire seco y frío y sin mosquitos. Llegamos a nuestro campamento con vista a Laguna del Ciervo justo antes de la puesta de sol.

Esa noche, los espíritus del fuego danzaron a mi alrededor por entre los árboles mientras la luna subía en el cielo y plateaba la superficie calma del agua. Mientras Gelert roncaba suavemente a mi lado, otros espíritus bailaban en mi mente.

No quería que bailaran. Ni siquiera quería que existieran. Pero los espíritus tienen su propia opinión al respecto y son muy insistentes cuando creen que ha llegado su hora. Estos fantasmas volvían desde hace quince años. El motivo del tango de esta noche era mucho más reciente.

Bailen, espíritus.

Hace tres días había estado muchos kilómetros al norte. Parado cerca de la pesada verja de madera de la rambla que corre a

lo largo de Cil y Blaidd, observaba cómo un pequeño hidroavión quebraba el cristal del lago. Cil y Blaidd es una estructura de madera y piedra, en parte tallada, en parte colgada desde una pendiente rocosa del bosque, que se extiende desordenadamente con vista a un lago en el extremo norte de Ontario. El nombre es escocés, significa Guarida de los Lobos.

Construido según mis planes hace años para refugiarme de la civilización en ocasiones especiales, se había convertido desde hacía poco en mi hogar permanente. O tal vez lo que era permanente era mi necesidad de refugio.

Sólo un hidroavión puede acceder a Cil y Blaidd, ya que es invisible desde el aire. Los que lo construyeron llegaron de noche en avión. Yo fui el piloto.

Sólo otras tres personas conocían su ubicación. Mientras observaba al avión desplazarse hacia la costa, me preguntaba quién de los tres estaría adentro.

El avión se detuvo en un largo muelle oculto debajo de una arcada de ramas de sauce. Un hombre enorme emergió y dio zancadas a lo largo del muelle hasta unos escalones de piedra tallados sobre la cara del acantilado.

Bueno, no es Stelle, pensé, sin hacer caso al rencor que sentía aún después de quince años. Demasiado lejos como para saber si se trataba de Robert o Michel. El visitante levantó la vista hacia la pendiente mientras escalaba. Nuestras miradas se cruzaron y alzó una mano gruesa para sacar y agitar una gorra de tela que reveló una masa de rulos rojos.

—Ey, Mitch —llamé hacia abajo y le devolví el saludo. Durante un instante me pregunté el motivo de mi sensación de alivio. Me alejé de la reja y atravesé la casa para saludar a Michel Ducharmes, el Toro Rojo, el actual jefe del Círculo de los Herok´a.

Abrí las enormes puertas de roble y salí a un camino de piedra. Mitch emergió del bosque seguido por dos grandes ciervos, con cornamentas que eran apenas tocones a cada lado. Cuando me alargó una mano, los ciervos volvieron al bosque, con las cabezas inclinadas sobre una escolta de sombras grises.

—Una guardia de honor adecuada —comenté.

—Creyeron que necesitaba protegerme de tus tropas —contestó, indicando con el pulgar a seis lobos de madera inmóviles en la orilla del árbol.

—Garm, Fenrir, pueden irse. Es un amigo —dije, dirigiéndome hacia los dos lobos más grandes. Echaron un vistazo a

Mitch y luego los seis se fueron sin hacer ruido en dirección al bosque.

Adentro, Mitch acomodó su corpulencia en una silla más grande que lo normal y tomó el whisky que le ofrecí.

—¿Sabes que este lago no aparece en ningún mapa? —dijo y vació el trago—. Ni siquiera en esos que hace el Ministerio del Medio Ambiente con fotos de satélites.

—Tal vez el MMA necesita mejores computadoras —sugerí.

Echó un vistazo al despliegue de computadoras y módems.

—O una mejor seguridad para el sistema que tienen.

Me encogí de hombros, sin morder el anzuelo.

Silencio. Se aclaró la garganta con la mirada fija en el lago.

—Hablando de seguridad…

—Espero que no hayas volado hasta acá sólo para repetir el mismo discurso —lo interrumpí—. Ya lo dejé. Nunca más. Tienes cientos de predadores a los que reclutar para tus trabajitos sucios.

Enrojeció.

—Además —continué—, Robbie se ocupa de la seguridad del Círculo. Dudo que esto le entusiasme.

Me miró fijo y no dijo nada, con la ira de un toro desafiado. Cuando por fin habló, su voz era desapasionada.

—Hace dos años Robert entró a un grupo de protesta ecologista.

—¿Y qué? Muchos de nosotros somos activistas. Viene con el territorio. Yo introduje a Stelle en el movimiento ecologista. Solíamos intentar que Robbie entrara también.

—¿Has visto a Robert últimamente? —preguntó en un tono demasiado casual.

Resoplé.

—Mitch, hace ocho años que no hablo con él ni con Stelle. ¿A qué quieres llegar? ¿Tiene algo que ver con Robbie?

Suspiró y asintió, y de pronto parecía muy envejecido. Nunca había pensado antes en Mitch como alguien viejo.

—Gwyn —dijo en voz baja—, Robert amenazó con matar a dos hombres. Uno de ellos es alguien importante, de los que llaman la atención.

Mitch estaba mirando el vaso vacío en su mano.

—Necesito tu ayuda, Gwyn. Para encontrar a Robbie

primero.

Me callé y escuché a Mitch. Me contó acerca de las manifestaciones contra la tala de árboles, el bloqueo de rutas, las muertes de los manifestantes y cómo Robbie amenazó con matar a Conrad y al conductor del camión. Habló y suplicó, suplicó y habló.

Al final, hizo una pausa.

—Hay algo más —dijo, mirando fijamente el lago—. CSIS sabe de esto. Según nuestro espía, alguien en CSIS está filtrando información sobre Herok´a a terceros.

Volvió a mirarme.

—Gwyn, creemos que alguien ha desenterrado el Tainchel.

Mostré los dientes involuntariamente. Maldita sea. Le pregunté por su fuente, qué evidencias tenía, qué tan reciente era el dato, pero sabía que ya me había convencido. Al final iba a aceptar, por el Tainchel y porque Robbie había sido un amigo y Mitch todavía lo era. Eso fue lo que me dije entonces. Ahora, observando a los espíritus bailar en el fuego, sabía que lo había hecho por alguien más.

Bailen, espíritus, bailen.

Stelle y yo estuvimos juntos bastante tiempo, en la época en que me ocupaba de la seguridad del noreste. Durante siglos, los Herok´a no fueron más que criaturas míticas. La seguridad consistía en asegurar que las cosas permanecieran así. Luego llegó Tainchel, una operación encubierta de la agencia federal de inteligencia CSIS, creada, como supimos después, con el único objetivo de rastrear y capturar a los Herok´a con fines científicos.

Tainchel. Una antigua palabra escocesa. Tainchel: hombres armados que avanzan en fila por el bosque para rastrear y matar lobos.

Perdimos a unos cuantos sin darnos cuenta de lo que pasaba. Habían desarrollado *scanners* especiales con la información extraída de los exámenes que realizaron a las primeras víctimas. Diferencias sutiles en los patrones de ondas alpha, lecturas infrarrojas e índices metabólicos nos delataban, incluso en ciudades atestadas.

Entonces se volvieron descuidados y nosotros nos dimos cuenta. Filtré información acerca de una reunión que el Círculo de Herok´a planeaba en un sitio aislado. Durante la siguiente luna llena, por supuesto. Deduje que esperarían algo así.

Veinte miembros de Tainchel cayeron en la emboscada, armados en su mayoría con rifles sedantes. No se escaparon. Se habían encontrado con Herok´a antes, pero nunca con predadores.

Lobos, osos, felinos mayores, aves de rapiña. No tomamos prisioneros.

Después nos pusimos en contacto con la Justicia y el CSIS. Envié una lista con los agentes de Tainchel restantes, los emplazamientos de sus centros de operación, las actividades recientes y una nota que decía: “Sabemos quiénes son. Sabemos dónde están. Seguiremos matando para protegernos. Váyanse”.

Se fueron. El CSIS desarmó Tainchel y comenzó una tregua precaria.

La tregua duró. Stelle y yo no. Ella se opuso a la emboscada y a los asesinatos. Yo alegaba que luchábamos por nuestra existencia. Al final, lo único que hacíamos era discutir.

Robert y yo éramos amigos desde hacía tiempo, y conoció a Stelle a través de mí. Después de que yo abandoné la escena, se hicieron algo más que amigos. Renuncié al Círculo en esa época. Robbie me remplazó ahí también.

Bailen, espíritus. Bailen con las bestias de la noche.

Gelert gruñó ante un leve susurro del bosque. Le ordené mentalmente que se volviera a acostar. La intrusa no pretendía moverse con sigilo. Me levanté cuando Leiddia salió de entre los árboles y se detuvo al filo de la luz de la fogata. Sonrió.

—Hola otra vez.

—Ah, hola.

—Pensé que iba a sorprenderte.

—Tenía el presentimiento de que querías decirme algo.

—Sí —dijo—. Que eres un lobo.

Intenté permanecer inexpresivo.

—¿Perdón?

Caminó hasta el otro lado del fuego y se sentó en el suelo con una sonrisa.

—Blaidd. Averigüé el significado. Quiere decir lobo en escocés.

—Es verdad. Me había olvidado de que te lo dije.

Volví a sentarme, mientras Gelert se acercaba para acariciarla con el hocico. Ella tomó su cabezota con las dos manos, frotándolo detrás de las orejas.

—¿Y tú cómo te llamas?

Se lo dije y ella hizo una mueca.

—Gelert fue el perro legendario del Príncipe Llewellyn de Gales —expliqué.

—Mmm. Entonces, ¿por qué Ed te llama Patas Grises?

Me reí entre dientes.

—Para los Cree, llamar a un lobo por su nombre es atraerlo. Por eso le dicen Patas Grises, Piel Gris, Dientes de Oro, El que Está en Silencio. Ed me llama así desde que le dije cuál era el significado de mi apellido. Es un chiste.

Volvió a sonreír.

—Así que él también cree que eres un lobo.

Le devolví la sonrisa. En la tienda había estado tan concentrado en su aura de la Marca que no presté atención a lo atractiva que era. A Gelert también le gustaba, lo que siempre es un buen signo.

Me miró fijamente.

—Eres un lobo.

Permanecí en silencio.

—¿Qué se siente —preguntó— ser así, poder transformarse?

—Tú lo sabes, ¿no? ¿Cómo?

—Robert, tu amigo. Nos conocimos en la iglesia en los funerales. Había algo en mí que lo fascinaba. Se la pasó observándome.

—No lo culpo.

—No era ese tipo de interés, pero gracias igual —dijo con una sonrisa—. De todos modos, sentí que él también era diferente, aunque no sabía muy bien en qué.

Miró fijamente la llama.

—Estaba tan alterado, tan triste. Dijo que tenía algo que decirme, algo sobre mí. Que debía agregar algo a lo perdido. No le entendí, pero no le tenía miedo. Por alguna razón sabía que podía confiar en él.

Sonreí. Así era Robbie, del tamaño de un oso pardo, aunque las mujeres lo trataban como a un oso de peluche grandote.

—En el cementerio, después de los entierros, caminamos juntos. Encontramos una roca en medio del bosque, nos sentamos y charlamos. Bueno, él habló. Yo sólo escuché. Me contó acerca de los Herok´a, de la antigüedad de su raza. De que son anteriores al hombre y que cada uno está ligado a una especie animal.

Asentí.

—Tenemos muchos nombres. Los Cree nos llamaban los Herok´a, o Espíritus de la Tierra. Creían que mi pueblo estaba relacionado a través de sus antepasados a diferentes animales, como a tótems. Tenemos las características y habilidades de nuestro animal protector, como sentidos más aguzados, mayor fuerza.

Miré a Gelert.

—Y podemos tener a nuestras órdenes a estos animales.

Sin que le dijera nada, Gelert corrió despacio hasta mi carpa y salió con una taza en la boca. Le dejó en mi mano.

—¿Café? —pregunté.

Se rió.

—Imagino que domesticar a Gelert no fue difícil. Gracias, negro está bien.

Volvió a ponerse seria.

—Robert me dijo algo más.

Tomé la cafetera que estaba colgada sobre el fuego.

—Que podemos convertirnos en nuestros animales protectores.

Asintió.

—¿Y tú le creíste?

Tomó la taza de mi mano.

—No tuve opción. Me lo mostró. Se transformó.

Solté un aullido agudo.

—Debe haber estado muy seguro.

—Dijo que yo tenía el derecho a saberlo, que tenía la Marca.

—Sí, sí, la tienes —dije en voz baja.

—¿Entonces soy una de ustedes?

Se inclinó hacia adelante con rapidez y volcó café en el suelo.

Negué con la cabeza.

—No. Al menos no todavía. Muy pocos de los que tienen la Marca se convierten en un Herok´a. Necesitan ayuda. ¿Robert no te lo explicó?

—Tenía algo que hacer antes, una deuda que tenía con alguien. Se tenía que ir pero dijo que iba a volver para explicarme más y ayudarme.

Entonces se levantó y caminó hacia mí lentamente, como si

intentara no asustar a un animal que se había alejado del bosque. Se sentó a mi lado, con su pierna rozando la mía, su aliento fresco y dulce sobre mi cara. Noté algo más.

—Tu mejilla —dije, acercándome.

Dio vuelta la cara.

—Me pegó.

—¿Tu padrastro?

Asintió.

Giré su rostro de vuelta hacia mí con un dedo sobre su mentón.

—¿Por qué?

Bajó la mirada.

—Me estaba… tocando. Lo detuve.

Le apreté el hombro.

—¿Lo había hecho antes?

—No —dijo con desdén—. Siempre guardó sus atenciones especiales para mamá.

Se inclinó sobre mí y puso su cabeza sobre mi hombro.

—Lo odio y estoy asustada, Gwyn. —El tono de su voz era bajo pero firme—. Ojalá tuviera tu fuerza, tus poderes.

Envolviéndola con mis brazos, la contuve por un largo tiempo, sin que ninguno de los dos hablara. Técnicamente, primero tenía que presentar una petición en el Círculo, pero nunca fui un amante de las reglas. Para mí era su derecho. Pensé en su madre y en Tom Barker. Pensé en Tom con ella.

—Vas a tener mis poderes —dije—. Voy a entregarte tu derecho de nacimiento.

Se enderezó.

—¿Puedes hacerlo? ¿Cómo?

Sonreí.

—Bueno, está el método clásico y el enfoque moderno, además de algunas… eh… variaciones. En la perspectiva clásica, me transformo y te ataco salvajemente. Microorganismos únicos que se encuentran en mi saliva y en los aceites excretados por mis garras penetran en tu torrente sanguíneo a través de las distintas heridas y se encuentran con unas enzimas igualmente únicas que llevan consigo los portadores de la Marca. Esto produce una enzima mutada que modifica tu estructura celular. Entonces te conviertes

en un Herok´a, siempre y cuando sobrevivas a mi ataque.

Se acurrucó en mí otra vez.

—Bueno, me gusta la parte del ataque, pero no ésa de las heridas.

—Gallina. Bueno, la versión moderna, entonces. Hago una incisión en alguna parte de tu cuerpo en la que no te moleste tener una cicatriz y aplico un emplasto humedecido en mi sangre.

Arrugó la nariz.

—Saliva, sudor, sangre. Los Herok´a no parecen preocuparse mucho por las enfermedades, ¿no?

—Somos inmunes a la mayoría de las infecciones virósicas y bacterianas humanas, incluido el SIDA. Existen algunas enfermedades Herok´a, pero son curables.

—¿La aftosa?

—Qué graciosa.

Leiddia se rió y luego quedó pensativa.

—Así que necesito tener ciertos fluidos de tu cuerpo en mi sangre.

Se movió para apoyar su mentón en mi hombro.

—¿Mencionaste variaciones?

Acaricié su cabello.

—Involucran… eh… otro tipo de fluidos.

Se inclinó hacia adelante y rozó sus labios con los míos.

—¿Y otros métodos de aplicación?

Asentí, atrayéndola hacia mí con un largo beso.

—Entonces —le pregunté después de un rato—, ¿qué método prefiere el paciente?

—Voy a probar —dijo entre besos— las variaciones.

Unas cuantas variaciones después, los dos estábamos durmiendo.

* * *

Me desperté solo, a excepción de Gelert, que no era lo que tenía en mente. Durante el desayuno me pregunté si me sentía usado.

Ella era una chica grande. Seguramente sabía cuál era su objetivo. Y lo había logrado.

Usado. Me sobrepuse mentalmente. No era la primera vez.

Dejé a Gelert cuidando el avión, levanté campamento y partí inmediatamente hacia la cabaña del conductor. Quería que fuese de día para explorar el área y asegurarme que no se trataba de una trampa.

Mitch y yo nos habíamos dividido los dos objetivos de Robbie. Mitch había planeado buscar a Conrad en Toronto mientras yo vigilaba al conductor del camión, ya que yo había vivido aquí desde que Stelle y yo rompimos. Ése era nuestro plan desde hacía cuatro días. Robbie había sabido, de alguna forma, que Conrad no iba a estar esa noche en Toronto sino en su casa de las Muskokas y lo había matado ahí. Cuando Mitch se enterara de la muerte de Conrad vendría para aquí, pero Robbie ya le habría sacado un día de ventaja.

Todo quedaba en mis manos.

La luz del sol se filtraba a través del entramado de árboles y calentaba el frío día de otoño mientras yo rastreaba huellas conocidas en el bosque. No podía dejar de pensar en Leiddia.

El mapa de Ed era claro, así que no me llevó mucho tiempo y alcancé al comienzo de la tarde una cumbre que daba a la cabaña. Cuando encontré un sitio a cubierto con una buena vista de la cabaña, observé, escuché y olfatee la brisa. Repetí este procedimiento en otros tres lugares antes de quedar satisfecho.

El conductor estaba ahí, acompañado por tres hombres con rifles. La muerte de Conrad no había pasado desapercibida. No detecté a nadie más.

Mi plan era interceptar a Robbie en dirección a la cabaña, antes de que fuera detectado por los guardias. Mi problema consistía en deducir qué camino iba a tomar.

Tres lados de la cabaña daban a un campo abierto. Para acercarse sin ser detectado se necesitaba llegar por atrás, bajar por entre los árboles desde la cumbre en la que yo estaba parado ahora. La maleza obstruía la mayoría de los senderos hacia la cumbre. El mejor camino sería un cerro boscoso en el que el suelo debajo de las copas de los árboles estaba despejado.

Elegí un sitio que permitía ver tanto el cerro como los campos que rodeaban la cabaña, con el viento llegando del camino del cerro. Después de un refrigerio de carne cruda lavada con agua tibia, me ubiqué detrás de unos enormes árboles caídos a observar, esperar y olfatear.

Una hora. Oscuridad. Dos horas. Salida de la luna. Cuatro horas. Los predadores están acostumbrados a esperar. Pasó el

tiempo y pensé en Leiddia. Su rostro y su cuerpo se transformaban continuamente en los de Stelle.

Medianoche. El grito de una lechuza me despertó. Tirité. La lechuza. Símbolo del alma de los muertos en los mitos aborígenes. Los chamanes daban plumas de lechuza a los muertos para ayudarlos en su tránsito al otro mundo.

Justo en ese momento mi olfato percibió algo. Un minuto después, una sombra enorme se movía con paso seguro sobre el cerro. Por un instante creí ver dos figuras. Debe haber sido la luz. Lo observé el tiempo suficiente como para deducir qué camino iba a seguir, luego me ubiqué en una posición donde pudiera interceptarlo.

Agucé el oído en mi escondite. Ramitas que se rompen, hojas que crujen. Más cerca. Pisadas, respiración. Salí y me paré frente a él.

Se detuvo sobresaltado y se puso a la defensiva. De repente, noté una presencia detrás de él, a muy poca distancia. Una silueta grande que se movía rápido. Que rugía.

Mierda. Había traído ayuda.

—¡Robbie! ¡Soy yo, Gwyn!

El oso pardo me encerró antes de que pudiera encontrar un árbol que trepar.

—¡Callisto! ¡Basta! —la voz de Robbie desgarró la noche.

La bestia gigante se detuvo a su lado con un estruendo, bufó en mi dirección y luego se apoyó sobre sus amplias ancas.

Robbie llevaba puesto un pantalón y campera de jean, borceguíes y una remera blanca. Era más grande de lo que recordaba. Extendió una mano para acariciar la joroba del oso pardo y me observó.

—Hola, hombre lobo. Tanto tiempo.

—Demasiado tiempo, Robbie —dije, con la intención de sonar más despreocupado de lo que me sentía.

Me dio la impresión de que pensaba en eso por un rato mientras hacía marcas en la tierra con un pie.

—¿Viniste a ayudarme?

Negué con la cabeza.

—No. Me lo imaginaba —dijo con tristeza, luego su rostro se endureció. Abalanzándose con una velocidad que no encajaba con su tamaño, me golpeó en el pecho con el hombro y me tiró al piso.

Rodé y me levanté de un salto. Si me atrapaba, estaba perdido. Giramos en círculo.

—¿Podemos hablar? —exclamé, haciendo un esfuerzo para que el aire saliera de mis pulmones.

—No hay nada que decir —gruñó—. Hablamos, cantamos, morimos. Ahora son ellos los que van a morir.

Intentó tirarme al piso. Retrocedí. Aparentemente estaba dejando a su osito fuera del asunto. Tal vez quisiera una pelea limpia, típico de él. Quizás temía que yo también guardara una reserva.

Robbie era un luchador cuerpo a cuerpo. Mi estilo era el karate, bloques y golpes. Como no necesitaba mis manos para agarrar a mi oponente, disponía de una opción que él no contaba. Llevé la mano derecha más cerca del cuerpo, donde el brazo izquierdo pudiera cubrirla.

—No eres un asesino, Robbie. Déjalo.

Lentitud. Concentración. Sigue dando vueltas. Poco a poco, siento que funciona. Ahora. Tengo que hacerlo, pero sin provocar su muerte.

—¿Dejarlo? Quieres decir que te lo deje a ti. Pero es mío, Gwyn. Yo voy a matarlo.

No tuve oportunidad de responder. Se acercó, amagó un puñetazo alto, luego dejó caer su hombro y arrojó un brazo para rodear mi cintura y tirarme. Me corrí a un lado y trabé su brazo, lo di vuelta y dejé su costado expuesto. Impulsé mi mano derecha en dirección a su hombro.

Un blanco inútil en un ataque normal. Pero no esta vez.

Garras de siete centímetros se hundieron en su carne y atravesaron sus músculos. Una jugada sucia. Uno tiene que anunciar o indicar las transformaciones en los torneos. Pero éste no era un torneo.

Rugió y abrió aun más la herida al liberarse. Retrocedió con un gemido de dolor, el brazo izquierdo fláccido, inútil. El oso pardo rugió pero permaneció quieto.

—Ya está, Robbie —dije en voz baja, volviendo mi mano de vuelta a la normalidad.

Cayó sobre sus rodillas, con la cabeza gacha.

—Maldito seas… lo quería hacer yo mismo… ella también era mía… —masculló y luego levantó la vista—. Llévame contigo. No es muy lejos de aquí. Déjame observarte cuando lo haces.

Su rostro se oscureció.

—Quiero verlo morir, Gwyn.

—¿De qué carajo estás hablando? Nadie va a matar a nadie. ¿Qué te pasa? ¡Sabes cómo va a afectar a Stelle! Ella odia la violencia. La vas a destruir, Rob.

Me observó fijamente, con una expresión extraña en su rostro.

Algo debe agregarse a lo que se perdió.

Un escalofrío recorrió mi vientre.

Ella también era mía.

—Gwyn —dijo. Su voz era grave.

Muchos de nosotros somos activistas. Yo introduje a Stelle en el movimiento ecologista.

—Stelle murió. Ellos la mataron…

Una manifestante que no era de la ciudad también murió.

Dejó caer su cabeza llorando. Yo estaba parado ahí, y me sentía como las hojas a mis pies, frágiles, quebradizas, secas.

Yo introduje a Stelle en el movimiento ecologista.

Mitch. Él lo sabía, por supuesto, pero me necesitaba para detener a Robbie. Aislado y distanciado como estaba tanto de Stelle como de Robbie, apostó a que yo no iba a suponer nada. Sabía que si me lo contaba, ya con un Herok´a en busca de venganza, iba a ayudar a Robbie.

Ahora lo sabía. ¿Y qué iba a hacer al respecto?

Parado ahí, me di cuenta de que siempre había creído que Stelle y yo íbamos a volver a estar juntos. Nunca dejé de quererla, nunca creí que todo hubiera terminado entre nosotros. Sacudí la cabeza para enfrentar el odio y las lágrimas. Demasiadas muertes, había dicho ella. Sabía a la perfección lo que hubiese dicho en este momento.

—Vamos, Robbie —dije, tranquilo—. Volvamos a casa.

Nunca voy a saber a cuál de los dos apuntaron primero. Deben haberse escondido después de que aparecí, a la espera de que nos matáramos el uno al otro. Cuando dejamos de pelear, abandonaron la espera.

Acababa de arrodillarme para ayudar a Robbie a levantarse cuando una bala le atravesó el hombro herido. Recibió otra en el pecho antes de que lo bajara y me tirara contra el piso. Miré en dirección a la cabaña. Una hilera de siluetas se movía hacia nosotros

a través de los árboles. Siluetas con armas.

El Tainchel.

—¿Cuántos son? —jadeó.

—Demasiados.

—Esas no son armas con sedantes —gruñó.

—Creo que han recibido nuevas instrucciones.

Iban a caer sobre nosotros en segundos, pero no podía dejar a Robbie.

—Sólo… puedo comprarte… un poco de tiempo —jadeó.

Un segundo después comprendí lo que quiso decir.

Setecientos cincuenta kilos de una cosa peluda enfurecida surgieron de un matorral. Embistió al grupo más cercano, agarró a un hombre con sus fauces y lo arrojó contra un árbol. Parada sobre las patas traseras, Callisto envió a otros dos en espiral en el aire con una cuchillada de sus garras.

Me quedé petrificado observando.

—Corre, Gwyn —dijo Robbie—. No puedes salvarme.

Sacudí la cabeza. Con los cuerpos a sus pies, Callisto se enfrentó a otro grupo. Muchos otros cayeron ante ella. Los demás disparaban a la osa parda pero ella seguía atacando. Los disparos continuaron y ella redujo su velocidad. Al acometer contra otro hombre, se irguió por completo y cayó sobre el cuerpo de su víctima. No volvió a levantarse.

Robbie lloró en silencio.

Siguieron disparándole a la osa. Después, silencio. Ningún movimiento. Callisto los había vuelto cuidadosos. Nos había comprado tiempo.

Robbie estaba pálido, respiraba entrecortadamente. Las tribus aborígenes creían que el oso poseía grandes poderes curativos. Pero Robbie necesitaba algo más que leyendas.

Grité:

—Escúchenme. Voy a hacerlo fácil para ustedes. Consigan atención médica para mi amigo y yo me entrego.

Robbie hizo con la cabeza un gesto negativo con violencia que le provocó un acceso de tos.

Nada.

—¡No hay trato! —contestó finalmente una voz—. ¡No tomamos prisioneros!

Los disparos comenzaron otra vez, y ahora con mayor intensidad. Con la cabeza contra el piso, empecé a concentrarme en una transformación. Era nuestra última posibilidad. Ellos querían sangre.

Robbie me agarró del brazo justo cuando me di cuenta. Demasiado tarde. Algo golpeó contra mi cráneo y me desplomé hacia adelante, aturdido. En lucha por mantener el control, logré girar la cabeza para ver detrás de mí.



Ilustró : Valeria Uccelli

Dos hombres. Dos rifles.

Los disparos que venían del frente se detuvieron. Estos dos habían aprovechado el sonido para cubrirse mientras se escabullían detrás de nosotros. Concentrarme en la transformación había entorpecido mis sentidos.

—Llegó la hora de la bala de plata, bestia —dijo el que estaba más cerca. Alzó su rifle con una sonrisa.

Una masa gris atravesó el aire desde las sombras con un rugido ensordecedor. Unas fauces enormes se cerraron sobre el cuello del hombre del rifle con una dentellada repulsiva. Una masa negra tiró al otro hombre armado. A nuestro alrededor, el Tainchel gritaba y maldecía mientras formas oscuras saltaban sobre ellos desde todos lados.

Mi cachorro había llegado y había traído refuerzos.

Gelert puso su rostro contra el mío, me lamió y aulló. Podía oler sangre. Puse un brazo sobre su lomo, me levanté y miré a mi alrededor.

Los lobos superaban en número al Tainchel, pero los hombres tenían armas y el impacto inicial iba cediendo. Los sobrevivientes estaban amontonados, apoyados uno contra las espaldas del otro, y disparaban hacia afuera. Mis hermanos grises caían muertos. Morían por mí.

Me transformé. Se sumó a ellos El Lobo Negro.

* * *

Cuando volví a la forma humana, Gelert estaba acariciándome el rostro. Una docena de lobos agrupados a mi alrededor movían sus colas o lamían heridas. Con los gritos de dolor provenientes de docenas de lugares distintos, me levanté rígidamente pero no encontré daños graves.

No tengo muchos recuerdos después de una transformación. Mientras daba unas vueltas y contaba los muertos, descubrí que estaba bien. Seis lobos, dieciocho Tainchel. Ningún sobreviviente humano. La transformación había hecho trizas mi ropa, por lo que estaba desnudo y congelado. Para vestirme, le saqué la ropa a uno de los cuerpos menos ensangrentados.

Encontré a Robbie apoyado contra un árbol, pálido como la muerte, bañado en sangre. Me arrodillé a su lado.

Sus ojos me miraron.

—Gwyn —susurró— hay una muchacha… Leiddia…

—Lo sé. Es de los nuestros.

Sonrió.

—Tú y yo… siempre nos encontramos con las mismas mujeres.

La sonrisa desapareció.

—Stelle… ella nunca dejó de quererte. A veces… llegué a odiarte por eso. Lo siento.

Sus ojos se cerraron.

Tragué saliva.

—Robbie, a veces llegué a odiarte porque estabas con ella. Yo también lo siento.

No hubo respuesta.

—¿Robbie?

Busqué el pulso, pero ya lo sabía. Podía olfatearlo. El Oso estaba muerto. Me pregunto si habría llegado a oírme.

En un descampado cercano, alejado de los árboles, construí un féretro bajo con unas rocas apiladas sobre ramas secas. Arrastré a Robbie y con un gran esfuerzo lo coloqué encima. Puse a mis hermanos los lobos a su lado. Cubrí a Callisto con piedras porque era demasiado grande para mover.

Una inspección de los cuerpos me proveyó de fósforos. Cuando regresé, una gran lechuza con cuernos que estaba sobre el féretro se elevó hacia la noche. Había una pluma sobre el pecho de Robbie. La sostuve por un momento y luego la metí dentro de su camisa.

Encendí la madera y me alejé mientas el fuego se crecía con rapidez, rugiendo con el viento que se elevaba. Me alejé de las llamas y el humo y me detuve.

Osos, lobos, coyotes, zorros, animales de todo tipo rodeaban la pira. Gelert emitió un aullido acongojado, que los lobos continuaron. Los demás animales se sumaron con gruñidos, rugidos y refunfuños.

Aúllen, bestias nocturnas. Aúllen por nuestros caídos. Aúllen sobre los cuerpos de nuestros enemigos.

Me alejé por entre el humo y la niebla y los árboles, con Gelert a mi lado, hasta que llegamos a la cabaña del conductor. Los guardias señalaban la colina en el resplandor del fuego.

Quedaba una tarea pendiente. Habían matado a mi mujer. Habían matado a mi amigo. Gelert gruñó.

Comencé a transformarme. Un lobo aulló.

Sin prisioneros.

* * *

La tarde siguiente, cuando entré al negocio, Ed estaba detrás del mostrador. Me miró pero no sonrió.

—Te preparé unas provisiones.

—¿Cómo sabías que pensaba irme?

No dijo nada, sólo empujó el diario hacia adelante. Leí lo que decía en la tapa. Ya habían encontrado los cuerpos.

—Será mejor que te vayas, Gwyn.

Lo miré. Me dio la espalda. Tomé las provisiones y dejé más dinero del necesario sobre el mostrador.

Mientras me dirigía hacia la puerta, volvió a hablar, todavía dándome la espalda.

—Tom Barker estuvo en el hospital anoche. Estaba todo cortajeado. Lo vio Vera, la enfermera, y dijo que parecía como si hubiese peleado con un gato montés.

Dio media vuelta.

—Los dejó. Dice que no va a regresar.

—Seguramente es mejor así —dije en voz baja.

—Sí. Siempre y cuando pueda mantenerse sola —contestó con brusquedad.

Caminé hasta la puerta sin mirar atrás.

—Supongo que hay una bestia nueva en la noche ahora —dijo en voz baja.

No sé si tenía intención de que lo escuchara. Cuando salí, sentí que Ed estaba haciendo una señal de protección, una señal para mantener alejadas a las bestias de la noche. Espero haber estado equivocado.

* * *

Es de noche. Estoy sentado en el campamento y observo a los espíritus bailar en mi fuego. Siento su calor en mi cuerpo. Siento como si mi cuerpo fuera una cáscara hueca y vacía. Espero que los espíritus del fuego lo hagan arder. Espero que el aullido animal de la noche destruya la cáscara y la haga polvo. Escucho el viento que arrastrará el polvo y lo desparramará, y a mí con él… lejos.

Stelle está muerta. Robbie está muerto. Yo estoy muerto también. Tal vez estuve muerto durante estos últimos quince años.

El viento aviva las brasas, hace bailar las llamas. Gelert alza su imponente cabeza para observar la oscuridad. El fuego chispea. Una rama se quiebra detrás de mí. Me doy vuelta y veo el flujo felino líquido de la noche que se dirige desde los árboles hacia mí. Se transforma. Cambia. Dos llamas gemelas color esmeralda se funden en ojos verdes grisáceos. Las garras se convierten en manos. Las garras se convierten en pies. El pelaje color ébano se diluye en la suavidad pálida de su rostro, arroyos en la cascada negra de su cabello. Desnuda, está parada frente a mí, una bestia felina de la noche convertida nuevamente en mujer.

Camino hasta ella lentamente, como si intentara no asustar a un animal que se ha alejado del bosque. Envolviéndola con mi saco, me quedo mirándola fijamente en busca de algo que llene esta cáscara vacía. Pasa bien el examen.

—Entonces funcionó —digo finalmente.

—Funcionó —contesta, mezclando su voz con la brisa. Me toca la mejilla, trazando una línea con una larga uña afilada.

—Necesito un maestro.

—Yo necesito —empiezo a decir, antes de que mi garganta sofoque las palabras y las lágrimas fluyan—, necesito mucho más que eso.

Ella susurra: —Te amo —mientras nos acostamos junto al fuego, y yo le digo que la amo también. Espero que algún día podamos decirlo en serio mientras completo su vacío y ella empieza a llenar el mío.

Después, la observo dormir en el rescoldo. Stelle está muerta. Robbie está muerto. Pero otra Herok´a está a mi lado. Los espíritus no bailan. Con eso es suficiente por ahora.

Traducción de Damián Levín, 2002

Douglas B. Smith

Douglas vive en Unionville, Canadá. Sus cuentos han aparecido en once países y nueve lenguajes, incluyendo importantes revistas como Amazing Stories (EEUU) e Interzone (Inglaterra). Un cuento suyo está seleccionado para la antología Best New Horror, volume 13. Fue finalista del Premio John W. Campbell 2001 y ganó el Premio Aurora 2001, otorgado al mejor autor de CF y F de Canadá. Este cuento fue publicado por primera vez en la antología canadiense Tesseracts 6 y fue finalista del Premio Aurora. El cuento volvió a aparecer en la revista The Third Alternative, de Inglaterra, y fue seleccionado como mención de honor en The Year's Best Fantasy & Horror, #13. Fue traducido al francés y apareció en Ténèbres en Francia y en Solaris en Canada, ganando el premio Aurora por el mejor cuento en francés en el 2001.

Axxón 122 - enero de 2003
Ilustrado por Valeria Uccelli

Galería

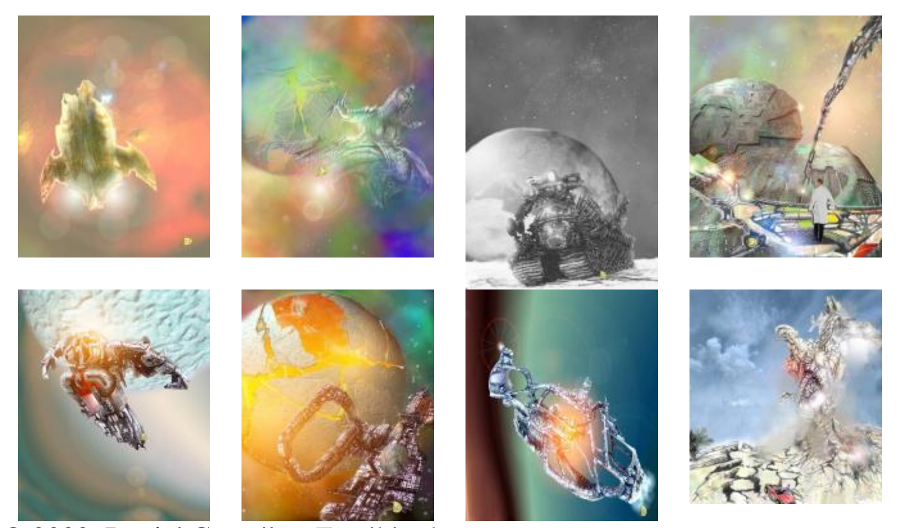
Daniel González

Daniel Conrado González tiene 42 años, vive en la Capital de la provincia de Córdoba, Argentina, y trabaja como técnico electrónico.

En el ámbito artístico colaboró con revistas haciendo caricaturas y sátiras políticas. En la actualidad dibuja para la revista española "Valis", ilustrando relatos cortos y portadas.

Su pasión es la ciencia ficción y busca dejar volar los colores y las formas futuristas, amalgamando el arte y la ficción en cada una de sus ilustraciones.

Sus herramientas son: tinta, scanner, Photoshop y una buena dosis de imaginación.



Las mujeres

Diego Escarlón

—¡Mozo! Otra cerveza por favor —dijo Maxi, metiéndose en la boca un puñado de maníes—. ¿Qué estaba diciendo? Ahhh, sí, a mí me parece que se van para cuchichear con las otras minas, todas las otras minas.

—¿Cuchichear? —preguntaron intrigados José y Felipe.

—Sí, con las otras minas. Se comunican entre ellas con un aparatito en miniatura, escondido en algo como… no sé, digamos un lápiz labial, y así se preparan sin que nos avivemos. Mientras ellas arman el plan de control del mundo, nosotros, los hombres, miramos la Luna como unos giles. Cuando ellas estén listas saltan y seguro revienta todo, revienta. Después vienen y nos encierran a todos los tipos en una cárcel gigantesca y tiran la llave.

—¿Y los hijos? ¿Cómo van a hacer para tener hijos? ¿Por inseminación artificial?

—No. Van a tener hijos entre ellas. Lo tienen muy bien pensado. Como lo de la oveja.

—¿Cómo lo de la oveja y el granjero? —preguntó José con una sonrisa.

—No tonto, como la oveja ésa que tuvo una hija que era igual a ella. Le sacaron un cachito de carne, se lo pusieron en la panza y después le nació una ovejita, una copia igualita a la madre.

—Clones, estás hablando de clones.

—Sí, eso mismo, un clon es. Como una hermana melliza.

—No me convence —dijo Felipe—. Es demasiado rebuscado. Yo creo que directamente no son mujeres.

—¿Cómo? —pregunto José.

—Sí, ya no hay mujeres en este planeta.

—A ver, ¿cómo es eso? —dijo José, metiéndose una porción de pizza en la boca.

—Está claro. Hace cientos de años una raza alienígena mucho más avanzada que nosotros las raptó y las tiene encerradas en un gigantesco harén en Sirio u otra estrella a años luz de acá.

—¿Las raptaron a todas? —preguntó Maxi.

—Sí, a todas. Y mientras los extraterrestres se divierten con ellas en una gran orgía, nosotros nos contentamos, desde hace siglos, con sus espías disfrazados. Ellos planean, cuando se reúnen en secreto como ahora, la mejor forma de cocinarnos.

—¿Pero no tardan demasiado para decidirse sobre el menú? —preguntó José.

—No sabemos lo refinados que son los cocineros marcianos, ni cómo realmente piensan. Además las comunicaciones hasta la galaxia marciana pueden tardar mucho. ¿Cómo querían a los esquimales? ¿Al vapor o a la parrilla? (preguntan los de acá) No, los esquimales los queremos en un helado con cereza (les responden los de allá). Quizás en varios cientos de años planificaron hasta la merienda y apenas terminen de decidir la cena nos destripan a todos los hombres y nos comen.

—¡Pero un harén! Se supone que a los marcianos les gustan las marcianas, no las mujeres. ¿Acaso a vos te gustaría encamarte con una marciana? —dijo Maxi.

—No, a mí no me gustaría, pero a ellos sí con una mujer, como el granjero de la oveja. Los marcianos seguramente son todos unos degenerados, con esas caras de marcianos que tienen.

—Creo que ustedes dos —dijo José— necesitan ver a un psicólogo urgente, o mejor a dos o tres cada uno.

—¿Entonces cómo explicás vos que necesiten ir todas juntas? —preguntó Felipe.

—Es mucho más simple de lo que se imaginan. Las mujeres nunca existieron.

—¿Qué? —preguntaron sus dos amigos.

—Lo que oyen, las mujeres nunca existieron. Son producto de nuestro ego machista.

—Creo que necesitás explicar mejor eso. ¿Cómo es que tenemos hijos entonces?

—Exacto, ahí está el problema. Nosotros somos los que quedamos embarazados, pero nuestra conciencia no quiere enterarse porque eso es cosa de mujeres. Es demasiado para nuestras mentes y creamos un ente, la mujer, que se encarga de esa complicada tarea de mujeres.

—¿Pero cómo puede ser “cosa de mujeres” quedar embarazado, si las mujeres no existen realmente?

—La mente humana, querido Felipe, es la cosa más extraña y rebuscada que existe. Ellas no son reales y no nos damos cuenta

porque nosotros seríamos las mujeres y, como somos hombres, ni queremos enterarnos.

—Eso sí que no lo entendí —dijo Maxi.

—No es complicado, no existen y listo. Todo lo que nosotros pensamos de ellas lo hacemos para engañarnos y para no darnos cuenta de que nosotros somos quienes parimos.

—Che José, ¿y también nos depilamos?— preguntó Maxi.

—¡Noooo! —respondió José horrorizado—, bueno, espero que no, eso sí que sería un desastre, una cosa son dos o tres partos y otra muy diferente es tener que depilarse miles de veces en la vida.

—Al menos espero que no nos tengamos que afeitar en la realidad —dijo Felipe, mientras se pasaba la mano por la mejilla, intentando captar la irrealidad de su barba de tres días—. Por otro lado, conozco a más de una que debería comprarse una navaja de barbero.

—Che, José —insistió intrigado Maxi—. ¿Entonces también nos.. esteee… nos menstruamos?

—No, eso definitivamente no —respondió José, con cara de haber masticado una ortiga— muy definitivamente no.

—Todo muy lindo —dijo Felipe—, pero tu idea no explica por qué se reunen ellas, ehh… quiero decir, por qué nos imaginamos que ellas se reunen.

—Nos imaginamos eso porque lo que hacen en esas reuniones, donde nosotros nos quedamos afuera, es desconocido y misterioso. De esa forma ponemos en evidencia, por supuesto que de forma inconsciente, que hay algo raro con las mujeres. Es una forma de rebelarnos ante nuestro propio engaño.

—¿Y eso raro es que realmente no existen? —Preguntó Felipe.

—Exactamente.

—Shhh, chicos, ahí vienen —dijo Maxi.

Tres jovenes mujeres se acercaron a la mesa y se sentaron.

—¿Saben qué chicas? —dijo una de ellas sonriendo con picardía, a la vez que miraba de reojo a los tres amigos—. Lo que me gustaría saber es de qué hablan los hombres entre ellos cuando las mujeres nos vamos juntas al baño.

—¡De fútbol! ¡De fútbol! ¡Hablamos de fútbol! —respondieron ellos al unísono.

Diego Adrián Escarlón es argentino, nacido el 3 de enero de 1971. Vive en Buenos Aires y se dedica al comercio. Se puede ver su portfolio de arte en Axxón 109 y el cuento “Nanos” en Axxón 108, además de minicuentos publicados en la sección Andernow.

Cuerpo y alma

Andrés Diplotti

Patricia Vasco cruzó las piernas y se puso a revisar los expedientes legales una vez más. Después de tantas lecturas y relecturas, todo lo que mostraba la pantalla de la unidad portátil era un reflejo de su memoria. Al otro lado del escritorio, Hugo Ferraro hablaba por teléfono.

—Sí, así es, señor Dubois. Sí, ya recibimos toda la información. Estamos esperando la confirmación de…

A Patricia le causaba gracia el par de auriculares que su jefe usaba. Le dejaban las manos libres para jugar con su bolígrafo. Jamás lo había visto tomar un apunte durante una conversación telefónica; simplemente lo tapaba y lo destapaba, lo tapaba y lo volvía a destapar, produciendo un ritmo plástico que poco tenía de musical.

—Sí, señor Dubois. Usted no tiene que preocuparse por nada. Deje todo en nuestras manos. Sí, será un gusto. Sí. Sí. Buenas tardes. —Cortó la comunicación y se despojó de los auriculares—. ¿En qué estábamos?

—Sidermet —le recordó Patricia.

—Oh, sí, por supuesto —reaccionó, y volvió a la pantalla de su terminal—. Continúa.

—No es la primera vez que Sidermet viola las normas de seguridad industrial —decía ella mientras transfería archivos desde su unidad portátil—. Hace seis años murió un obrero. Y hace dos, una inspección detectó serias irregularidades. Pero por alguna razón, los expedientes fueron muy difíciles de encontrar —añadió con un tono mordaz.

—Ya veo —comentó Ferraro sin apartar los ojos de la pantalla—. Ayer estuve discutiendo con Esteban sobre la mejor manera de abordar este caso, y…

—¿Esteban? —Patricia frunció el entrecejo—. ¿Qué tiene que ver Esteban con todo esto?

—¿No te lo dije? Él va a encargarse de Sidermet.

—¿Qué? Pero… pero si… —la sorpresa impedía que las palabras fluyeran con la acostumbrada espontaneidad—. ¿Por qué? ¡Sidermet es mío! Pasé dos meses haciendo la investigación.

—Y lo hiciste muy bien, por cierto. Pero Esteban tiene más experiencia en litigios como éste. Voy a darte el divorcio de Dubois.

Patricia se esforzaba por hallar una manera adecuada, profesionalmente aceptable, de expresar su creciente indignación. Estuvo a punto de soltar un incontenible «¡no es justo!», pero la voz de la computadora anunciando una llamada se interpuso.

Ferraro volvió a calzarse sus estúpidos auriculares.

—¡Señora Robles! ¿Cómo ha estado usted? Sí, estamos esperando…

Patricia decidió salir de la oficina antes de que el constante plic-plac del bolígrafo acabara con sus nervios. No era la primera vez que Ferraro la relegaba. A los treinta y ocho años, Patricia sentía que aún le hacían pagar el precio por ser mujer, madre y soltera.

—Lucio está en tu oficina —le informó Miriam, la recepcionista.

Ahora esto. Su hijo nunca iba a verla o la llamaba al trabajo a menos que necesitara algo.

—¿Qué quieres esta vez, Lucio?

—¿Qué pasa? —El chico estaba sentado, examinando un indefinible adorno de escritorio—. ¿No puedo visitarte sin que pienses que voy a pedirte algo?

—Lucio, no tengo un buen día. ¿De qué se trata?

—Bueno… —el muchacho vaciló, dando vueltas al curioso objeto entre sus manos—. Vamos a estudiar en la casa de Lucas, y… necesito el auto.

De modo que era esto. Se dejó caer hastiada en la silla, obligada a ponerse una vez más en ese papel que tanto le desagradaba. Sabía demasiado bien lo que venía a continuación.

—Lucio, ¿cuántas veces vamos a discutir esto? No quiero que te lleves el auto.

—¿Por qué no? —Ahora Lucio sacaba a relucir su mejor gesto de impotencia indignada, muy parecido al que ella tantas veces se esforzaba por contener frente a Ferraro—. Sabes que voy a llevarlo en automático. Lo tendrás de vuelta antes de que termines. Sólo tienes que habilitar mi tarjeta para…

Patricia suspiró con fastidio.

—Lucio, ya sabemos cómo va a terminar esto. No vas a llevarte el auto. Vas a tomar el monorriel, como todos los muchachos de tu edad.

—Pero el padre de Augusto lo deja…

—Llamada del doctor Eugenio Lamas —anunció la computadora.

—No me importa lo que hagan los demás padres. Tú no vas a llevarte el auto —sentenció Patricia antes de descolgar el auricular inalámbrico—. Sí, doctor Lamas. Sí, en efecto, nuestro bufete representa al señor Carlos Dubois. Sí…

Lucio lanzó un bufido, insatisfecho con la autoridad materna. Tenía casi dieciséis años y estaba cansado de que lo tratara como a un bebé. Ahora lo estaba ignorando, seguramente porque le faltaban argumentos para sostener su negativa.

—Sí, así es. No, no. Sin embargo…

La oportunidad saltó a los ojos de Lucio bajo la forma de un abrigo colgado en un rincón. ¿Por qué no? La resolución de su madre era arbitraria e injusta, y él tenía el derecho… no, tenía el deber de resistir. Tomó el tablero portátil que había quedado sobre el escritorio y se encaminó furtivamente en dirección al abrigo. Deslizó con cuidado una mano dentro de un bolsillo, y echó una mirada veloz sobre su hombro. Patricia digitaba velozmente en el terminal, de espaldas a él.

—No, la señora Dubois… No, no, el contrato matrimonial dice claramente…

Sus dedos se cerraron en torno a la forma plástica. La tarjeta, la identidad digital de su madre, estaba ahora en su poder. La mano le temblaba al introducirla en el tablero.

En el menú que apareció en la pantalla eligió TARJETAS DEPENDIENTES. En la lista sólo había una: la suya.

Eligió ATRIBUTOS.

—Sí, eso es correcto. Pero de todas maneras…

Detentando la potestad de su madre, se autorizó a sí mismo a utilizar el auto, y aprovechó para incrementar su límite de crédito. Pero aún no se atrevía a llevar a cabo el último tramo de su idea.

Volvió a mirar; Patricia seguía hablando por teléfono, indiferente a sus movimientos. Al demonio, pensó; ya era prácticamente un adulto, y ella tendría que darse por enterada más tarde o más temprano.

Sin vacilar, habilitó CONDUCCIÓN MANUAL.

—Eso tendrá que decidirlo el juez. Pero en todo caso…

Deslizó su propia tarjeta por el tablero para actualizar los atributos, y devolvió la de su madre al bolsillo.

—Chau, mamá, nos vemos —saludó con agitación mientras volvía a dejar el tablero sobre el escritorio y caminaba presuroso hacia la puerta. Patricia apenas lo despidió con un gesto automático, sin voltear a verlo.

Sólo cuando la puerta del ascensor se abrió en el estacionamiento, quince pisos más abajo, pudo soltar una ruidosa exhalación.

El auto no estaba lejos. Insertó su tarjeta en la ranura y sonrió satisfecho al ver que la puerta se abría con suavidad.

Su madre nunca lo sabría. No tenía por qué saberlo. El auto estaría de vuelta en su lugar antes de las siete. Aun si se le hacía tarde, siempre podía mandarle que regresara automáticamente al estacionamiento. No, no había manera de que lo supiera.

Al llegar a la avenida periférica activó el control manual y el volante se desplegó ante sus ojos. El tránsito era poco denso a esa hora, de modo que conducir era suficientemente seguro. Se había vuelto ducho en los simuladores; ahora estaba guiando un auto real en una calle real. Lo invadía una sensación de euforia, de estar viviendo una verdadera aventura.

Música. Necesitaba música para que todo fuera perfecto. Encendió la radio y comenzó a pasar estaciones…

Cuando vio venir el camión, ya era tarde.

El lápiz se deslizó sobre la hoja rugosa con mucha menos gracia de la que la ejecutante habría preferido. Clara se detuvo, contempló su más reciente obra y comprobó, desencantada, que los sutiles contornos de la rosa que tenía ante sí se parecían muy poco a las torpes líneas que acababa de trazar.

Arrancó la hoja con furia y la echó arrugada a la papelera. Se estaba volviendo un gesto alarmantemente repetitivo. En otros tiempos apenas había recurrido a él. Las paredes estaban llenas de testimonio en lápiz y carbonilla de su talento. Un soberbio caballo que arrancaba nubes a la tierra reseca. Un perro que sesteaba bajo el sol. Un retrato de Bruno hecho con trazos simples y exactos, una maravilla de la síntesis. En un lugar privilegiado, su favorito: Laura y Darío cuando eran más pequeños, animados por infinitos matices de gris. A un costado, en un tamaño mucho menor, un autorretrato que había elaborado a partir de una fotografía. En sus ojos se veía un brillo que no estaba en el original. Alguien le había dicho una vez que tenía el don de dibujar el alma. Ahora no podía delinear una simple flor. Aquel brillo se había extinguido.

Acercó el lápiz a la reluciente hoja en blanco, pero la punta temblorosa parecía resistirse al punto que la voluntad le señalaba. Clara cerró los ojos y respiró lenta y profundamente, tratando de dominar su pulso, de acallar el latido de sus sienes. El lápiz llegó al papel y comenzó a moverse con morosidad, dejando su oscura huella de grafito.

La punta se quebró en el mismo momento en que sonó el grito.

—¡Mamá! ¿Dónde están mis medias blancas?

Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para aflojar los dedos y dejar el lápiz sobre el tablero.

—¿No están en el cajón?

—¡No, no están!

Se puso de pie y caminó pacientemente hasta la habitación de su hija. Sus sienes volvían a palpitar.

—¿Para qué quieres las medias?

—Mis zapatos se ensuciaron —explicó la niña—. Quiero ponerme los negros.

—¿Por qué no usas esas mismas medias?

—¡No! Tú siempre dices que…

—Está bien, está bien. —La madre abrió el cajón en medio de un suspiro. Tal como Laura decía, allí no había un solo par de medias blancas.

—Se están lavando. Usa esas mismas, de todos modos no vamos a salir.

—¡Pero mamá! Tú siempre dices que los zapatos negros…

—¡Yo sé lo que digo! —estalló Clara, y el latido se hizo más intenso—. Usa esas mismas medias, o no uses nada. ¿Está bien?

—E… está bien —susurró la niña.

Salió de la habitación más molesta consigo misma que con su hija. Lamentaba haberle gritado de esa manera. No debía permitirse esos arrebatos. No era justo para la pequeña ni era bueno para ella. El médico había diagnosticado que su hipertensión era de origen nervioso. Pero ¿cómo evitarlo? Tenía que lidiar con dos niños de siete y cinco años. Tenía que ocuparse de la casa, con sus múltiples dispositivos que no siempre funcionaban como deberían. Su afición por el dibujo, que en otros tiempos había tenido virtudes balsámicas, era ahora lo que más la exasperaba, por efecto de esa misma maldición que sacudía sus arterias. Su irritabilidad se

alimentaba de su frustración, y su frustración de su irritabilidad.

Regresó al pequeño cuarto que utilizaba como estudio y señaló un título en la pantalla adherida a la pared. Un viejo vals comenzó a sonar, melodioso, sereno. Tomó el paquete que descansaba sobre el tablero inclinado, entre los lápices, y extrajo un cigarrillo. Sabía que debía dejarlo; todos los días prometía hacerlo, y todos los días volvía a caer. Lo encendió mientras se instalaba en el taburete, cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Se imaginaba la forma de cada compás, el matiz de cada nota, la textura de cada acorde, mientras aspiraba el humo empalagoso.

—¡Hola! Aquí estás. —Bruno había regresado del trabajo y ahora adelantaba un pie dentro del cuarto. Enseguida reparó en la rosa que se erguía en un vaso frente a la ventana—. ¿Estás dibujando flores?

—¿Parezco estar dibujando algo? —respondió ella con tono áspero, soltando el humo.

—¿Otra vez estás fumando?

—Es lo único que me tranquiliza.

—No deberías —insistió él—. No es bueno en tu estado…

—Maldición, Bruno, ¿siempre tienes que usar eufemismos? Mi estado se llama hipertensión. ¿Te cuesta tanto decirlo? Le pasa a muchas personas.

—Pero tú estás dejando que te afecte demasiado…

—Me afectaría menos si dejaras de sermonearme.

Bruno guardó silencio. Clara volvió a cerrar los ojos y trató de regresar a la música.

—¿Estás tomando las pastillas?

—Esas pastillas me duermen.

—Por Dios, Clara, tienes que tomarlas. Si te duermen, el doctor puede darte otras que…

—¡¿Quieres dejarme en paz?!

Otra vez clara tenía todos los músculos en tensión. Los dientes ejercían unos sobre otros una presión dolorosa, y aquel golpeteo rítmico volvía a hacerse sentir en sus sienes.

—Clara —dijo Bruno tras tomarse un instante para recuperar el aliento—, esto no puede seguir así. Tienes que…

—¡Mamá! —Laura entró sollozando a la habitación—. ¡Darío me quitó mi muñeca!

—Ella rompió mi avión —reclamó su hermano mayor, que

venía unos pasos más atrás.

—¡Mamá! Dile que…

—Niños —les decía su padre por lo bajo—, mamá no se siente bien. Vamos a…

—¡Pero mi muñeca! —repetía histéricamente la niña con voz aguda e irritante—. ¡Mi muñeca!

—¿Y mi avión? ¿Qué hay de mi avión?

—¡Ya basta!

El grito se impuso a los chillidos infantiles y los apagó. Clara se puso de pie y avanzó ciegamente hacia ellos, los ojos prominentes, las venas de su frente y cuello en relieve. Los niños huyeron espantados. Bruno tendió los brazos hacia adelante, tratando de contener a su esposa.

—Clara, trata de…

Se interrumpió extrañado. Extrañado y alarmado. Clara se había detenido a medio camino, con la mueca exaltada rígida en su rostro, como una máscara. Su ojo derecho parpadeaba espasmódicamente.

—Clara, ¿qué te pasa? ¡Clara, responde!

Clara quería responder; quería hacerlo, pero no podía. Le parecía que Bruno le hablaba desde el otro lado de un vidrio muy grueso. Sus palabras le llegaban como una serie de sonidos deformes, desarticulados.

Tendió la mano hacia él, buscando su socorro. La tendió agónicamente, con colosal esfuerzo, y cayó al piso.

La doctora Ana Yacobián no perdió tiempo: apenas cortó la comunicación, corrió hasta la calle y abordó el primer taxi que le salió al encuentro. «Llegó hace menos de media hora. La madre ya está aquí.» Aranda no había dicho mucho más que eso en el breve intercambio telefónico. Oportunidades como ésa eran muy raras, y contaba cada minuto.

En la clínica Ana se encontró en persona con su corresponsal, quien la puso al tanto de los detalles mientras la acompañaba con paso veloz por los pasillos. El paciente se llamaba Lucio Vasco, tenía alrededor de quince años y acababa de sufrir un brutal accidente de tránsito. Múltiples fracturas, hemorragias internas y externas, órganos lesionados. Sus probabilidades de salir con vida del quirófano eran bajísimas.

—Ortiz cree que no es una buena idea.

—Lo que piense Ortiz me tiene sin cuidado —respondió Ana con aspereza—. Sólo espero que no haya tenido tiempo de poner a esa pobre mujer en mi contra.

Ya estaban frente a la oficina del director. Antes de entrar, Ana giró la cabeza hacia Aranda para una última averiguación.

—Patricia— respondió él, anticipándose a la pregunta. Ana le agradeció con una sonrisa amable y abrió la puerta.

El doctor Ortiz estaba levemente inclinado hacia adelante en su asiento, con los codos sobre el escritorio. Siempre lo encontraba en la misma postura. Frente a él, una mujer con la cabeza gacha apretaba un pañuelo sobre su boca.

—Aquí está —dijo Ortiz con tono hueco. No era necesario más saludo que ése: más de una vez Ana había discutido con él, al igual que con la mayoría de los directores de clínicas y hospitales en un radio de casi cien kilómetros. Paradójicamente, quienes más deberían interesarse en su trabajo eran sus principales detractores.

—Patricia —le dijo suavemente a la mujer luego de sentarse a su lado—. Hola. Yo soy Ana.

Patricia alzó la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos, pero se esforzaba por mantener una expresión serena. Ana sabía que no era el mejor momento para hablarle de esto. Pero era el único.

—Supongo que el doctor Ortiz ya te ha dicho qué hago aquí —dijo, lamentando al mismo tiempo los términos en que seguramente se había expresado al respecto su colega.

—S… sí —respondió Patricia con voz débil.

—Le estaba explicando de qué se tratan sus pintorescos experimentos —intervino Ortiz.

Ana detestaba eso. Prefería tener esas charlas tan delicadas en privado, sin presencias inoportunas ni voces antagonistas. Estaba segura de que ése era el motivo por el que casi siempre obtenía respuestas negativas.

—Lo que nosotros hacemos —trató de ignorarlo— es darle a personas como tu hijo una nueva oportunidad. Lucio apenas está comenzando a vivir, no es justo que todo se termine para él ahora. No tiene por qué ser así.

—Me permito recordarle, doctora Yacobián, que el paciente aún vive.

—¿Por cuánto tiempo? —Ana dirigía todas sus palabras a Patricia, sin mirar al director en ningún momento—. No cuestiono

la habilidad de los médicos de esta clínica, pero Patricia, Lucio está muy grave.

Patricia volvió a llevarse el pañuelo a la boca y cerró los ojos. Una lágrima comenzaba a brillas bajo las pestañas.

—Le dije que no se llevara el auto… Se lo dije…

—Sé que te estoy pidiendo que tomes una decisión difícil en un momento muy duro —la tomó de la mano—. Sé que te gustaría tomarte tu tiempo para pensarlo. Pero tiempo es precisamente lo que no tenemos. Lucio aún tiene una oportunidad, pero debemos actuar ahora.

Patricia apretó la mano que sostenía la suya. Irguió la cabeza y abrió los ojos acuosos que, pese a todo, se resistían a echarse a llorar.

La puerta se abrió de repente.

—Tenemos infarto de miocardio —anunció Aranda, agitado.

—¿Cuándo? —Ana se puso de pie de un salto.

—Hace un instante.

—¿I… infarto? —Patricia se había levantado de su asiento casi sin darse cuenta. Ana giró hacia ella y la tomó de los hombros con fuerza. Con mucha fuerza.

—Patricia, tenemos menos de cinco minutos. Debes decidir ahora.

—Yo… no sé…

—¡Ahora, Patricia! —la sacudió fuera de sí.

Patricia abrió las manos vacías, impotentes. No era una impotencia furiosa y combativa, como la que explotaba cuando Ferraro la hacía a un lado. Era algo más grande, más pesado. Se sentía pequeña. Pequeña y desamparada frente al universo.

El manto líquido que le nublaba la vista se quebró y se derramó sobre sus pómulos. Las dos palabras salieron lentas y temblorosas.

—Está bien.

Aranda desapareció de la puerta. Ana sonrió.

—Gracias —dijo—. Hiciste lo correcto.

Y salió disparada tras los pasos de su colaborador, lista para supervisar la operación personalmente. El procedimiento con la bomba cardiopulmonar requería exactitud y presteza. En un tiempo angustiosamente estrecho había que canalizar el flujo de la carótida, la yugular, las arterias cervicales. A cualquier costo se debía

mantener la circulación encefálica.

No había dado más de dos o tres trancos cuando una mano poderosa le aferró el brazo.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —le gritó a Ortiz.

—¿Hasta cuándo? —La cara del médico parecía haberse petrificado—. ¿Hasta cuándo va a seguir mortificando a estas pobres personas? ¿Por qué no las deja llevar su dolor en paz?

—Estoy tratando de ayudar a estas personas.

—¿A qué precio? ¡Lo que usted hace es monstruoso!

Ana dejó de forcejear. Durante unos instantes miró con un quieto encono a ese hombre que tan fácil hallaba juzgarla.

—Monstruoso, doctor Ortiz, es tener la posibilidad de salvar una vida y no hacerlo.

Liberó su brazo de la presión y, sin decir nada más, echó a correr en dirección al quirófano.

Bruno ya no soportaba la incertidumbre. Hacía mucho tiempo que esperaba sentado en el corredor, viendo pasar médicos y enfermeras, y nadie se dignaba informarle sobre el estado de su esposa. Los niños no decían nada, peso en sus pequeños rostros se reflejaba la angustia.

María llegó a la carrera con gran ruido de tacos.

—Pensé que no llegaría nunca —dijo mientras abrazaba a su hermano y sus sobrinos—. ¿Cómo está Clara?

—No sé. Nadie me dice nada… ¡Enfermera!

La mujer se detuvo a mitad del pasillo.

—¿Sí?

—Trajeron a mi esposa hoy. Se llama Clara Celesti. ¿Podría decirme cómo está?

—¿Usted es el esposo de Clara Celesti?

—¡Sí, sí! Eso le estoy diciendo. ¿Cómo está ella?

—Espere un momento, por favor —le indicó y prosiguió su camino con paso veloz.

—Nadie me dice nada —se quejó amargamente Bruno—. Nadie…

—¿Qué le pasó a Clara? —quiso saber María.

—No sé, no sé… —Caminaba de una pared a otra,

visiblemente perturbado—. Ella… ella estaba muy alterada cuando llegué, y… ya sabes el problema que tiene…

Un hombre vestido con guardapolvo apareció por donde la enfermera se había marchado.

—¿Señor Celesti? Soy el doctor Eduardo Nelson.

—Doctor, ¿cómo está mi esposa?

El médico miró fugazmente a los niños y le pidió hablar en privado. Ambos se alejaron unos metros por el pasillo.

—¿De qué se trata?

—¿Su esposa tiene antecedentes de hipertensión?

—¡Sí, claro que tiene hipertensión! Ustedes deberían saberlo, ¿no?

—Señor Celesti, su esposa sufrió un accidente cerebrovascular.

—¿Un…? —Bruno echó una mirara compungida en dirección a su familia. María comprendió de inmediato.

—Niños, ¿tienen hambre? Vamos a comer algo.

—¡Pero tía, yo quiero saber…! —comenzó a protestar Darío.

—Su padre tiene que hablar con el doctor. Vamos.

—¿Un… un accidente? —dijo Bruno en cuanto se alejaron—. ¿Eso es como un… como un derrame cerebral?

—Su esposa sufrió una hemorragia subaracnoide como resultado de un pico de tensión.

—¿Está… está viva?

Nelson suspiró.

—Clínicamente sí. Estamos manteniendo sus funciones vitales mediante estimulación espinal. Pero el electroencefalograma no muestra actividad cerebral.

Bruno sintió que las piernas se le aflojaban. Se sentó para no desplomarse.

—¿Va a recuperarse? —pudo decir.

—Señor Celesti, su esposa tuvo un infarto cerebral. Me gustaría poder darle esperanzas, pero…

Bruno ya no pudo contenerse. Agradeció que sus hijos no estuvieran allí. Hundió la cara entre las manos y rompió en llanto.

Una música suave comenzó a sonar en el despertador. Ana lo

apagó y se levantó del colchón tendido en el suelo. Inmediatamente después, con los ojos aún pegados, caminó hasta la consola, se sentó frente a las pantallas que iluminaban débilmente el cuarto y encendió el micrófono.

—Buenos días, Lucio —saludó con voz soñolienta—. Hoy es martes, y son las cinco y media de la mañana. No me digas nada: no te gusta madrugar, ¿verdad?

La computadora era rápida para procesar la voz y canalizarla a los nervios auditivos de Lucio. Ana sabía que podía oírla. Se restregó los ojos y miró la pantalla. Nada. Las curvas del electroencefalograma eran mínimas.

—¿Por qué no me respondes, Lucio?

Puso música y se encaminó hacia el baño. La esperaba un largo día de trabajo con su único paciente. Al anterior lo había perdido meses atrás como consecuencia de una infección. Las infecciones eran un peligro constante en las condiciones bajo las que trabajaba. Si no tuviera un presupuesto tan ajustado…

¡Qué ingenua había sido al pensar que la apoyarían! En todos los sitios en que presentaba sus ideas sólo encontraba oposición. Aseguraban que su proyecto prolongaba inútilmente el sufrimiento de las familias, que sus pacientes tendrían secuelas psicológicas irreversibles, que era contrario a las leyes de la naturaleza, que era descabellado, que era inmoral…

¡Inmoral! Sólo recordarlo la exasperaba. ¿Acaso es inmoral implantar una mano, un ojo o un corazón artificial? ¿Cuál es el límite «moral» de prótesis que puede tener un ser humano?

¿Por qué no reemplazar un cuerpo entero?

Era cierto que crear un cuerpo humano sintético totalmente funcional era un gran desafío de ingeniería, pero podía resolverse. Lo más difícil era hacerle comprender al mundo que valía la pena hacerlo. Que ella no era ninguna «doctora Frankenstein», como la había llamado un artículo sensacionalista que afortunadamente tuvo muy poca difusión. Que no se trataba de resucitar muertos, sino de prolongar la vida.

Hasta ahora todo lo que había conseguido era el apoyo de algunos colegas, como el doctor Aranda, y el aporte financiero de unos pocos patrocinadores privados que preferían mantener el anonimato. Por lo demás, ni siquiera Marcos la había comprendido. Le reprochaba que pasara todo el tiempo en el laboratorio; muchas veces hasta dormía allí. Sus planes de matrimonio se derrumbaron cuando supo que estaba viendo a otra mujer.

Regresó y se sirvió una taza de café.

—¿Te gusta esta música? Yo la escuchaba cuando tenía tu edad. Aunque tal vez prefieras otra cosa. ¿Qué escuchas tú?

Ésta era la parte más incierta del proceso: lograr una respuesta. Despertar al paciente de su letargo. Para esto era necesaria una estimulación sistemática de la corteza sensorial.

Aranda entró al laboratorio con un paquete bajo el brazo.

—Parece que hoy madrugamos todos —dijo Ana, y tomó un sorbo de café.

—Pensé en venir a darte una mano antes de empezar en la clínica —explicó Aranda—. Ayer pasé por la casa de Lucio. La madre me dio esto.

Ana revisó el contenido del paquete. Videos, fotografías y otros recuerdos. Podía ser útil.

—¿Tuviste problemas con Ortiz por ayudarme?

—Lo de siempre. Creo que en el fondo está contigo.

—Pues lo disimula muy bien. —Tomó un disco de video y se instaló en la consola—. ¿Quieres cambiar el suero?

Aranda reemplazó el frasco casi vacío por uno lleno, que de inmediato comenzó a verter su contenido gota a gota en la sangre que volvía de la bomba cardiopulmonar.

—Creo que habría que revisar la concentración de glucosa.

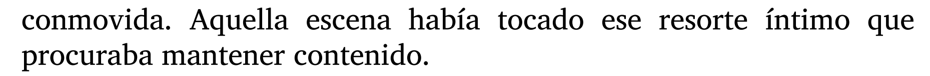
—La glucosa está bien —dijo Ana. Bostezó mientras insertaba el disco en la unidad—. Mira, Lucio, tu mamá te envía esto.

Aranda la miró. Se detuvo en los cabellos alborotados, la ropa arrugada y los ojos aún entrecerrados por el sueño. Admiraba a esa mujer. Se preguntaba si él sería capaz de los sacrificios a que ella se sometía.

—No estás descansando mucho, ¿verdad? —le dijo—. Deberías tomarte tiempo para ti misma. Salir de aquí de vez en cuando…

Ana no lo escuchaba. Estaba abstraída en las imágenes que aparecían en la pantalla, mientras Lucio las recibía directamente en su quiasma óptico. Ese pequeño con cabellos ensortijados tenía que ser él. Resultaba enternecedoramente cómico verlo corretear por la playa, adentrarse unos pasos en el mar y luego huir de las olas entre gritos y risas.

Ana sonrió. Ahora la cámara reposaba en el suelo, enfocando al niño que jugaba con su madre. No pudo evitar sentirse


conmovida. Aquella escena había tocado ese resorte íntimo que procuraba mantener contenido.

—Ana…

—¿Sí?

—Ana, mira esto…

Regresó a la realidad y miró la pantalla del encefalograma. La gráfica había cambiado por completo. Era una respuesta. Una respuesta emocional, sin duda.

—Lo lograste —sintió la mano de Aranda palmeándole el hombro, mientras notaba cómo los ojos se le humedecían.

Parecía dormida. Bruno nunca se lo había dicho, pero adoraba verla dormir. Amaba ese gesto plácido, la cabellera desparramada sobre la almohada, los ojos que abultaban levemente bajo los delicados párpados.

—Laura y Darío te extrañan —decía sin dejar de sostener su mano—. Yo también te extraño. ¿Vas a ponerte bien?

Qué tontería. Por supuesto que iba a ponerse bien. Los médicos no sabían nada. «Debe considerar la posibilidad de retirarle el soporte de vida», le habían dicho. ¿Matarla? No, claro que no lo haría. Clara solamente estaba dormida. Se la oía respirar; tenía pulso en las muñecas y color en las mejillas. La esperanza es lo último que se pierde, se repetía Bruno, y mientras hay vida, hay esperanza.

—Te extrañamos…

Una repentina sensación lo interrumpió. No, no era una sensación: era una certeza. Clara estaba apretando su mano.

—¿Clara? —le habló con tono perplejo—. Clara, mi amor, ¿puedes escucharme?

La presión se incrementó en respuesta. Bruno no cabía en sí de alegría.

—¡Doctor Nelson! —gritó eufórico. Liberó su mano y salió al corredor—. ¡Doctor Nelson!

Una enfermera se le acercó y le rogó que guardara silencio. Nelson llegó a la carrera, notoriamente alarmado.

—¿Qué sucede?

—¡Me escucha! —exclamó Bruno, feliz—. ¡Clara me escucha!

—¿Lo escucha?

—Ella… ella me apretó la mano —explicó—. ¡Me apretó la mano, doctor!

Nelson entró a la habitación. Examinó una pantalla con gesto grave. Luego separó la cabeza de la mujer de la almohada y revisó el dispositivo injertado en su nuca.

—Me temo que ha sido una falsa alarma.

—¿Una falsa alarma? ¿Cómo que… cómo que una falsa alarma?

—Es el estimulador espinal que mantiene las funciones vitales. A veces produce reacciones que no debería.

—No. —Bruno movía negativamente la cabeza, desconcertado—. No, yo sé… yo sé que ella me escucha…

—Señor Celesti, lo lamento mucho, pero su esposa no puede escucharlo.

—No le creo. ¿Cómo está tan seguro?

Nelson detestaba ser tan duro, pero en ocasiones no encontraba alternativa.

—Señor Celesti, su esposa está cerebralmente muerta. Su esposa está muerta —repitió destacando bien cada palabra.

—No es cierto —replicó Bruno con voz quebrada—. Usted está equivocado. ¿Cómo… cómo puede estar tan equivocado?

—Señor Celesti… Bruno… Entiendo que esto le resulte difícil de aceptar, pero así es. Tal vez debería…

—Usted es médico, ¿no? —lo interrumpió Bruno, trocando su congoja por indignación—. ¡Pues cúrela! Hay una familia que la necesita. —Dio media vuelta y salió airado de la habitación.

Nelson ya había visto esto. Los deudos encontraban particularmente difícil aceptar una muerte así. La sociedad lo encontraba difícil. No mucho tiempo atrás se habría necesitado un permiso judicial para desconectar el estimulador espinal.

Y ése era, en definitiva, el origen de todo. Sin esa cajita que se conecta al nacimiento de la médula, todas las funciones de respiración, circulación, digestión y demás cesarían al desmoronarse el sistema nervioso central. En ocasiones podía salvar vidas; pero cuando acaecía la necrosis del tejido encefálico, ya nada podía hacerse. Entonces el espinal sólo servía para sostener un vegetal, un cuerpo humano en el que ya no había un ser humano.

Y, para complicar aún más las cosas, tenía esos efectos motores impredecibles. Nelson había visto pacientes de que improviso sacudían sus miembros, abrían los ojos de par en par y

hasta proferían gritos desarticulados.

Tiempo atrás había tenido una idea con respecto a eso. La había discutido con sus colegas, inseguro acerca de si debía llevarla a cabo, y algunos le habían aconsejado que desistiera. Muchos otros, sin embargo, opinaban que podía ser un consuelo para las familias. Después de todo, muchos pacientes en esa situación terminaban en sus hogares, confinados durante años en una silla de ruedas o una cama, con el espinal pulsando para siempre detrás de sus cabezas.

Clara parecía dormida. Su mano derecha había vuelto a la quietud y ahora reposaba laxa sobre su abdomen. Nelson volvió a acomodarla al costado del cuerpo y decidió que el momento había llegado.

—Bien, Lucio, ¿estás listo para intentarlo de nuevo?

SI.

El avance era notable. En poco tiempo había aprendido a imprimir letras en la pantalla, a través de una conexión con su nervio facial. Ahora ensayaba con los servomecanismos de la cámara que le proporcionaba el sentido de la vista.

—Sigue mi dedo.

La pequeña cámara giraba con un zumbido eléctrico. Ya no eran los movimientos torpes y convulsivos de días atrás. Con cada práctica iba ganando exactitud y destreza. Sus reflejos eran más agudos: respondía con prontitud a los cambios súbitos de velocidad y dirección, y no tenía problemas para mantener el foco.

Ana estaba encantada. Ninguno de sus pacientes anteriores había llegado tan lejos en tan poco tiempo. Lo atribuía a la juventud y pertinacia de Lucio; aunque seguramente la experiencia acumulada tenía su peso.

No dejaba de preguntarse, sin embargo, si el muchacho tendría plena conciencia de su situación. Hasta ahora no había hecho ninguna pregunta, y era indudable la existencia de un trauma. Ana lamentaba no contar con la colaboración de un psicólogo, aunque con toda certeza la tendría muy pronto.

Alguien llamó a la puerta. Ana fue a abrir, seguida por el movimiento de la cámara.

—¡Patricia! Recibiste mi mensaje. Pasa, pasa.

Patricia entró vacilante, examinando la habitación con la mirada.

—¿Cómo… cómo está Lucio?

—Está mucho mejor. Ven, te mostraré. ¡Lucio, mira quién está aquí!

Patricia leyó, confusa, las palabras que aparecían en la pantalla que Ana le señalaba.

HOLA MAMA.

—¿Dónde está él? —pudo decir.

—Aquí, aquí mismo. Nos ve a través de esa cámara. Puedes hablarle por este micrófono. Él te escucha.



—Sí, pero ¿dónde? Quiero verlo. —Miró turbada a su alrededor y caminó resueltamente hacia una cortina que velaba un rincón del laboratorio—. ¿Está allí?

—¡No, Patricia, no entres ahí!

Patricia corrió la cortina y se horrorizó. Allí había un recipiente de vidrio, parecido a una pecera, lleno de un líquido azulado. En su interior, atravesada por tubos y cables, con el rostro horriblemente amoratado y tumefacto, estaba la cabeza cercenada de su hijo.

Giró con una mano sobre la boca, dando la espalda a aquella espantosa visión. Una oleada de repulsión le ascendía desde el estómago.

—Patricia… —trataba de explicar Ana—. Patricia, no se suponía que vieras esto…

—¡Monstruo! —explotó Patricia, y se lanzó sobre ella. Ana se esforzaba por contenerla; trataba de hablar, mientras se cubría como podía de la furiosa lluvia de golpes.



—Patricia, por favor, cálmate. Por favor…

—¿Qué le hizo? ¿Qué le hizo a… a…?

Se detuvo, exhausta y desmoralizada. Respiraba con dificultad, ahogada por el llanto.

—Patricia, esto no es…

—¡Cállese! —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo y se limpió la nariz. Se paró erguida, tratando de recuperar la dignidad.

—Mañana… no… no, hoy mismo conseguiré una orden judicial para sepultar a mi hijo. Y usted… usted… usted va a arrepentirse.

—¡Patricia, por favor, escúchame!

Fue inútil. Sólo pudo observarla impotente mientras se marchaba dando largos pasos.

La pantalla había cambiado. Se estaba llenando de una sucesión incomprensible de caracteres.

IERHBNVKASIUBCUOQPFYHVZHXGFGSGFG…

—Lucio, ¿qué te pasa?

No hubo respuesta. Ana tardó unos instantes en comprender lo que sucedía.

Estaba llorando.

El padre y los dos niños bajaron del auto y fueron hacia la entrada del hospital.

—¿Ya está bien? —saltaba frenéticamente la pequeña Laura

—. ¿Mamá ya está bien?

—Sí, Laura, mamá está bien y nos espera.

Bruno caminó por los corredores con un niño de cada mano. El doctor Nelson salía de la habitación en ese instante.

—¡Ah! Ya llegaron —los recibió con una sonrisa—. Vengan, pasen.

Lo siguieron al interior de la habitación. El rostro de Bruno se iluminó al ver a su esposa de pie junto a la cama.

—¡Clara! Mi amor, ya estás…

Iba a correr a abrazarla, pero se detuvo. Clara parecía no haber reparado en la presencia de su familia. Tenía una expresión ausente, con la mirada perdida, lejana.

Nelson la tomó suavemente del brazo y comenzó a guiarla. Clara dio un paso corto y tambaleante, luego otro, otro más, y su pierna cedió.

—¡Mamá!

—Tranquilos, tranquilos —los contuvo Nelson, mientras la ayudaba a incorporarse y ajustaba un control en el espinal—. El microprocesador se va corrigiendo a sí mismo. Verán cómo se mueve con mayor naturalidad día a día.

Darío se aferró a la mano de su padre. Laura se ocultó tras su pierna.

—Papá, tengo miedo…

—Tranquilos, todo está bien —les dijo mientras miraba aquella visión fantasmal que caminaba lentamente hacia ellos—. Mamá vuelve a casa.

Andrés Diplotti

Andrés Fernando Diplotti es Diseñador Gráfico. Nació el 24 de febrero de 1978 en Rosario, aunque hace mucho que vive en Pergamino. Fue seleccionado en tres ediciones consecutivas del concurso literario organizado por la UNR Editora (la editorial de la Universidad Nacional de Rosario). Los cuentos se llamaban “Las nubes de Saturno” (1998), “Sinapsis” (1999) y “El intruso” (2000). Ha publicado en Axxón dos episodios del poema épico-costumbrista “El Gaucho de los Anillos: La Comunidá del Anillo”, bajo el seudónimo Otis.

El Gaucho de los Anillos (3)

Otis

"En un overo rosao, // Flete nuevo y parejito…" Así comienza una de las recreaciones clásicas de la literatura argentina, el *Fausto* de Estanislao del Campo. Esta obra, compuesta después de haber asistido el autor a una representación de la ópera *Fausto* en el Teatro Colón de Buenos Aires, se recrea la epopeya del otro *Fausto*, el de Goethe, tomando las formas de la poesía gauchesca. A diferencia del otro gran poema gauchesco, el *Martín Fierro* de José Hernández, Estanislao del Campo intenta contar la historia de modo burlón y desde la óptica del gaucho.

Siguiendo esa línea, presentamos en los números 120 y 121 los dos primeros capítulos de *El gaucho de los anillos*, una recreación en formato gauchesco, de la obra ya universalmente clásica de J. R. R. Tolkien, y aquí llega el tercer capítulo…

LA COMUNIDÁ DEL ANILLO

Capítulo 3

A Isengar jue el mago Gandalf
espoleando el alazán,
pa pedirle al Sarumán
el consejo que hacía falta,
y llegó a la torre alta
que le decían Ortán.

Le contó de aquel anillo
que era el daño de Isildur;
si el patrón de Baradur
de la sortija sabía,
al humo se les venía
galopeando dende el sur.

Dijo el otro: "Tarde piaste,
el Oscuro se ha enterao.
A ese Gollum desgraciao
los orcos ya le cayeron,
y una paliza le dieron
hasta que tuito ha cantao."

"¡Amalaya!", dijo el Gris.

El Gollum lo había portao
a aquel anillo encantao
hasta que Bilbo llegó;
muy contento no quedó
pues lo tenía enviciao.

“Tus amigos los medianos
lo van a tener fulero,
que los nazgul ya salieron
tuitos juntos en malón
pa’ encontrarlo a este Bolsón
y que cante pa’l carnero.”

“¡Ahijuna!”, respondió el otro.
“¡Pero qué suerte tan ruin!
Pa’ llevar esto a su fin
y del malino escapar,
el anillo habrá que echar
en el fuego ‘el Orodruín.”

Le respondió Sarumán:
“¡Qué lo va’ queré fundí!
Andá, traemeló a mí
que yo le viá dar güen uso;
nunca naides se lo puso
como éste que está aquí.”

Al Gandalf no le gustó
que lo tome por idiota;
le vio la pata a la sota,
malició que se dio güelta,
y con atitú resuelta
jue a enfrentarlo al cararrota.

“¡Ah maula! ¡Te descubrí!
¡No tenés ningún derecho!”
El otro lo tomó a pecho:
ni lerdo ni perezoso
lo metió en un calabozo
que tenía listo en el techo.

Demientras, en la Comarca
el tiempo no se quedaba.
Sin sosiego Frodo andaba
como bola sin manija;

le quemaba la sortija
y Gandalf que no llegaba.

“Hace mucho que se jue”
le dijo a Sam un güen día.
“Nos dijo que iba y golvía,
pero esto va pa’ largo;
tenemos que hacernos cargo
mientras se pueda entuavía.”

Se colgó el anillo ‘el cuello
y encarandoló al destino,
enfiló por el camino
que pa’l este lo llevaba;
dos primos lo acompañaban,
que eran Merry y el Pipino.

“Linda noche pa’ viajar”
dijo Sam con alegría.
“No es calurosa ni fría.”
Y al parar de hablar al cuete
oyeron el paso e’ un flete
que dende atrás los seguía.

Vieron venir al jinete
ocultos en la maleza,
que montaba con destreza
en un oscuro tapao,
de negro todo empilchao
de los pies a la cabeza

Capucha tapando el mate,
botas de cuero en las patas,
un facón con cabo e’ plata
bajo el poncho le asomaba,
y el aire el coso vichaba
con mucho barullo e’ ñata.

Y siguió por el camino
hasta que se perdió e’ vista.
“Éste nos sigue la pista”,
vino Frodo a maliciar,
y propuso pa’ escapar
dejar la ruta prevista.

El paisano Meriadoc
quiso darles un consejo:
“Si queremo’ llegar lejos
un camino más existe:
si la tropa lo resiste,
agarremo’ el Monte Viejo.”

Jue a responderle el Pipino:
“¿Qué te pasa? ¿Ta’s mamao?
Ese monte está embrujao,
maldito hasta lo projundo;
ni por tuito el oro ‘el mundo
le paso ni por al lao.”

Al fin decidió el Frodo:
“Otra eleción no tenemos,
atrapaos acabaremos
si seguimo’ este camino;
endijpué del Brandivino
por el Monte tomaremos.”

Y siguieron caminando
los compañeros pa’l este,
bajo una esfera celeste
más oscura ahura que antes;
derecho, siempre adelante
iban, cueste lo que cueste.

Continuará…

***Otis* es el seudónimo de un activo participante de la lista Axxón y del taller literario. Seguramente tendremos más noticias de él…**

Andernow

Waquero

WAQUERO – Hola Baldor, me alegra verte tan temprano, tenemos algunos problemas…

BALDOR – ¿Sólo algunos? Ya te contaré, ya… Pero vayamos primero con los tuyos.

WAQUERO – Se trata del Guanaco, pensé que estaría mas calmado ahora que hay más gente en el Ander, pero no es así.

BALDOR – ¡Uf, qué alivio! Creí que era normal el que intentara pegar un mordisco a Sorn cada vez que están juntos. Aunque claro, el que Sorn lo utilizara como almohadón durante tres semanas no debe haber favorecido mucho la convivencia.

WAQUERO – Seguro, pero el tema es Moony, aparentemente el Guanaco está… ¿cómo se dice en España cuando alguien está “metejoneado”, encaprichado con una chica?

BALDOR – Hummmm… No estoy seguro. Depende del punto de vista. Para el implicado tal vez sea “encandilado”, pero los demás seguro que apuestan por “enchochado”.

WAQUERO – Enchochado entonces. Shhhh… Cuidado que ahí viene…

GUANACO – Buenas, buenas… ¿Alguien vio al oso apestoso?

AMERICANDER, by Waquero

Teatro de Revistas

No es lo lógico hablar de libros en este espacio si no fuera que el magnífico Bilal piensa transformarlos en un book de historietas, las novelas son:



La Ciudad de las Bestias, de Isabel Allende

Alex vivirá una aventura en busca de una raza de bestias gigantes por el Amazonas acompañado de su abuela y Nadia, una adolescente de su misma edad en la nueva novela de Isabel Allende, quien por vez primera escribe una novela de aventuras para todos los públicos.

Siempre es un placer leer una novela de Isabel Allende y esperaba la oportunidad de echarle un vistazo a esta novela para ver qué hacía en un género en el que no se había adentrado hasta ahora.

El resultado, con algún desacierto que otro, no puede ser más satisfactorio.

Su prosa es tan brillante como siempre y da gusto leer lo que escribe sólo por disfrutar de la belleza de la calidad estilística de sus párrafos. Además que luego lo que cuenta con tanta calidad, también es sorprendente.

Su argumento es simple.

En primer lugar, los niños protagonistas que inician su viaje iniciático a la madurez y tal en la historia son mucho más profundos, tienen sentimientos reales y no son, ni de lejos, los típicos niños modernosos que suelen protagonizar estas historias.

La aventura que viven tiene mucho de ecología y del realismo mágico del que hace gala esta escritora y no se hace pesada, con lo cual se corre el peligro de que el lector se pueda terminar demasiado rápido este corto libro (recordemos que Allende lo escribió pensando en los niños como principales lectores).

Como contra, también adolece de unos cuantos defectos que no podía dejar de reseñar: Algunos personajes están muy estereotipados, como los malos representados en el terrateniente y los corruptos soldados o los indios, todos muy buenos y espirituales (demasiado para mi gusto).

También está por qué Alex viaja al Amazonas, que todavía no entiendo la actitud de su padre del “Hijo, como tu madre se está

muriendo de cáncer, ¿por qué no te vas de aventuras a la selva con tu abuela?”.

Como consuelo, deja mucho que desear pero en fin… Por lo demás, una lectura muy recomendable.

BALDOR – Vaya, sí que le ha dado fuerte. Me he escapado del bocado por milímetros. Definitivamente, la palabra era enchochado.

WAQUERO – Sí, lo que pasa es que Moony es una chica muy bella. ¡Mirá, ahí viene!

MOONY – Hola chicos…

BALDOR – Hola Moo… ¡MOONY! Gaahh, glup.



¿No te molesta verme desnuda?

MOONY - ¿Sabés qué pasa, Baldorcito? Yo soy una gata en realidad y mi costumbre es vivir desnuda. ¿No te molesta verme desnuda?

BALDOR – Eeeeh… No… en realidad, ejem… no. Es que… esto… sí, de donde vengo es ahora invierno y me ha… esto… me ha sorprendido, sí.

MOONY – Me alegra, mirá Waquero como se acostumbró.

WAQUERO – Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…



Noches Nabateas
Por José Miguel Pallares.

Consta de una novela larga que da título al libro, un puñado de magníficos relatos, cinco de ellos inéditos y una novela breve, «El salario de la bailarina», escrita junto al gran Armando Boix y Faustino Lobo.

Casi era de esperar, puesto que parece una constante: cada dos años Pallarés publica un libro de literatura. Así sucedió con «En breve conquistaré esta tierra» (1996), «El ayer vacío» (1998), «Bula Matari» (2000), coescrita con León Arsenal, y «Noches nabateas» (2002). A tenor de lo leído, despacio, con tesón y sin hacer ruido, el autor ha madurado hasta el punto que podemos afirmar que su pluma puede convertirse en una referencia del fantástico en castellano.

Conforme van pasando los títulos se evidencia una creciente pasión por los clásicos en voluntad y formas, un marcado gusto por el exotismo y una acusada querencia hacia la aventura. No obstante, y frente al pesimismo del que había hecho gala en su producción anterior, llama la atención su apuesta por la redención individual, la presencia de un punto de luz al final del túnel. Otro aspecto destacado es la mayor contención estilística, que se agradece notablemente, así como una variedad temática poco común.

La historia se desarrolla en un Marte ficticio, lugar al que ha trasladado la mítica ciudad de Petra y a sus gobernantes, los nabateos. No se lee, es tan adictiva que se pasan las páginas a toda velocidad; ofrece una crueldad explícita pero contenida; revive el exotismo no sólo por el escenario que nos ofrece, sino por la utilización de la riqueza léxica del castellano, que en lugar de molestar, gusta; consigue explotar satisfactoriamente esa veta menos sobada del vampiro al aunarlo con su faceta de gobernante y la maldición que sufre el planeta es un metáfora sobre la desigualdad.

Me quedo con la máxima: «Siempre se obtiene algo si se pelea».

En cuanto a los relatos, al margen del premiado «Escurzón», muestran una variedad temática más que interesante. «La ciudad de las sombras» homenajea a Calvino de forma más que digna. «Sandalias de hierro» bebe de «Las mil y una noches» y de la tradición del relato oral, siendo de una hermosura inhabitual. La mala onda de «Linaje de mi pluma» convence.

Por supuesto, hay de todo como en botica.

En resumen, una lograda novela y una antología consistente.

De estas dos novelas Enki Bilal en un trabajo independiente las adaptará a formato viñeta en su ya clásica forma de manejar los óleos como él solo sabe hacer. Se espera este producto para fines de este año.

GUANACO - ¡Salí de donde estás… Puedo olerte!

SORN – No es ninguna hazaña, hasta un besugo constipado podría hacerlo… sin salir del agua. El olor forma parte de mi personalidad. Por cierto, no sabía que poseías una personalidad tan acusada, Guanaco.

GUANACO - Es que no tuve tiempo de bañarme. Hoy le llegó un ramo de flores a Moony. ¿Se lo mandaste vos?

SORN – ¿Yoooo? ¿Acaso tengo pinta de ir a una tienda, encargar un ramo con rosas rojas y blancas, salpicado con lirios y atado con un gran lazo violeta, y dejarlo frente a su puerta, elegantemente inclinado para que se aprecie mejor el efecto?

GUANACO – ¡¡¿¿HEE…??!! Mirá oso libidinoso. Mantené tus garras lejos de Moony, o si no…

SORN – No te creas, estoy temblando… Pero como tengo mucho pelo no se me nota. ¿Y tú cómo tiemblas?



¿No son monas?

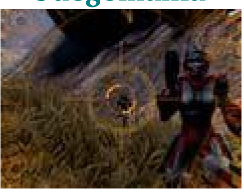
MOONY - ¡Chicos, no se peleen! No soy la única chica del mundo. Miren, acá estoy con unas amigas en la terraza de casa tomando un poquito de sol. ¿No son monas?

SORN – No, son gatas, y qué gatas. Ggrrrrrrrr.

GUANACO – Como diría Waquero: Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…



Juegomanía



Unreal II: The Awakening, el esperado FPS de Infogrames actualmente en desarrollo por Legend Entertainment. En un video se podrán ver algunas de las características que se encontrarán en el juego Full.

En Unreal II: The Awakening el jugador asumirá el rol de John Dalton, un ex-marine asignado a patrullar el borde del espacio conocido por la humanidad. De pronto Dalton se ve envuelto en una guerra entre razas extraterrestres por el control del Universo, y él será el único representante de la Tierra.

Unreal II: The Awakening está siendo desarrollado por Legend Entertainment, y se espera esté en tiendas de venta de juegos en EE.UU. a mediados de Febrero por un precio aproximado de u$s 49,99. No dejes de ver el video. Más información sobre este juego en su sitio Web oficial.

¿Y quién podrá destronar a The Sims?

Ya todos sabíamos de la “poca popularidad” que había tenido hasta ese momento el juego The Sims Online. Pues bien, esta semana ya está entre los 10 más vendidos, echando por tierra cualquier especulación hecha. En primero lugar está el juego The Sims Deluxe, de Electronic Arts. En el segundo lugar está The Sims: Unleashed, de la misma empresa. Y por último en tercer lugar se mantiene Harry Potter and the Chamber of Secrets. Para tristeza de La Strega que es fanática de este juego.

Esta semana tenemos cuatro juegos de The Sims en los Top Ten, y dos de ellos en los primeros tres lugares, lo que ya es más que costumbre. Y entonces formulo la pregunta: ¿habrá un juego que destrone por un tiempo prolongado a los famosos The Sims? Con el tiempo veremos si algún Doom 3 o Unreal II logra lo imposible.

VAYAMOS POR PARTES, FRANKIE
Novelas en capítulos

APUNTES SOBRE LA VIDA SEXUAL DE UN ÁNGEL

Por Angel Eduardo Milana

PRESENTACIÓN

Había viajado a los Estados Unidos para promocionar la edición en inglés de uno de mis libros. Estaba en Miami y mi primera actividad en ese país era entrevistarme con el representante del editor para que me diera las instrucciones y el itinerario previsto, pero calculé mal el tiempo para ir desde mi hotel a su oficina y llegué media hora antes.

Dos jovencitas conversaban animadamente en “espanglés” en la recepción. Supuse que alguna de ellas sería la secretaria y me presenté.

—Ah, señor Milana, llega temprano, pero hay una persona en Los Ángeles que me encargó que lo comunicara ni bien llegara. Si me permite, lo haré y le pasaré la comunicación a aquel teléfono.

Le di mi aprobación y me corrí al otro teléfono. Alcancé a oír a la secretaria que le decía a la otra con un suspiro, mientras obtenía la comunicación:

—Este gallo tiene una voz tan agradable que parece que te estuviera acariciando. Me hace palpitar allá abajo.

Cuando recibí la comunicación, la voz me pareció muy agradable, pero de allí a hacerme palpitar… Bueno, yo no soy mujer y nunca tuve inclinación por los hombres. Reconocí la forma de hablar de un argentino, pero con cierto aire cubano o centroamericano.

—Señor Milana —me dijo luego de presentarse como Julián Navarro y de un breve elogio de mis novelas y cuentos—, me ha gustado la forma en que presenta a sus ángeles y demonios y quisiera que escriba algo sobre mí, pues, verá usted, yo soy un ángel.

—Caramba, ¿en qué se basa usted para hacer tal afirmación?

—En varios hechos. ¿Que diría usted de alguien que, con más de cien años de edad, deja embarazadas a sus amantes?

—Diría que es un hecho extraordinario, pero de allí a deducir que es un ser sobrenatural… Por otra parte, mis ángeles son imaginarios.

—Ya verá usted cuando me conozca personalmente. Desearía entrevistarlo en San Francisco e invitarlo a mi casa en Los Ángeles.

—Disculpe, aún no conozco mi itinerario.

—Yo sí, por eso sé que el viernes próximo estará en San Francisco. No se comprometa para el fin de semana.

—Le informo que viajo con mi esposa.

—Ah. ¿Qué edad tiene su esposa?

—Setenta años, lo mismo que yo.
—Perfecto, no habrá ningún peligro.
—¿Peligro de qué?
—De que quiera acostarse conmigo. No tengo influencia con las mujeres mayores de cincuenta años. No lo molesto más, lo veré el viernes en su hotel.
Así se despidió. Yo pensé: “en USA hay locos de todo tipo”, y me olvidé del asunto.
El viernes por la tarde, en San Francisco, al llegar al hotel, luego de una agitada semana de trabajo saltando de ciudad en ciudad, me informaron que tenía un mensaje:
“Por favor, aguarde mi llegada en su hotel. Julián Navarro”.
Recién entonces me acordé del tipo que se creía un ángel y se lo conté a mi esposa.
Más tarde bajamos para salir a cenar, pues teníamos hambre y no pensábamos esperarlo demasiado. Al pasar por el lobby mi esposa me señaló una pareja:
—Esos dos deben ser artistas de cine. Ella se parece a Rita Hayworth y él…
Se interrumpió porque la pareja, al vernos, se encaminó directo hacia nosotros.
—Buenas noches, señora y señor Milana.
Reconocí la voz de Julián Navarro. Nos presentó a su esposa Carmen (no era la Hayworth, se la veía más exuberante y hablaba con fuerte acento cubano) y se disculpó por llegar un poco atrasados por el tránsito. Inmediatamente nos invitaron a cenar y, mientras tanto, hablar de negocios.
La pareja irradiaba tal atractivo que no pudimos menos que aceptar. Yo pensé: “si es un loco, no lo parece, y aparenta tener guita”.
Luego de ordenar la comida y la bebida, el señor Navarro me espetó, a boca de jarro:
—Señor Milana, le ofrezco cien mil dólares por escribir mi historia.
No exclamé ¡cien mil dólares! porque me quedé sin voz al oírlo. Espero no haberme quedado con la boca abierta. Él continuó hablando:
—Claro, será con algunas condiciones: Cincuenta mil ahora y el resto cuando yo apruebe el original. Si luego de un tiempo prudencial no lo he aprobado o decido no publicarlo, lo mismo cobrará, pero me entregará todas sus notas y apuntes y no podrá publicar nada de lo que yo le he contado.
Yo ya me había repuesto.
—Seré franco con usted: es la primera vez que alguien me paga

por anticipado y jamás esperé ganar tanto por un trabajo literario. Nunca he escrito por encargo y no sé cuales serán los resultados.

—Yo correré el riesgo. Usted tiene libre el fin de semana, venga a pasarlo con nosotros, yo le contaré mi historia y el lunes podrá continuar su itinerario en Los Ángeles, que es su próxima ciudad.

—-Por lo visto se ha informado bien de mi itinerario.

—Bueno —intervino la esposa—, es que nosotros lo hicimos. Nuestra empresa posee el treinta por ciento de la editorial.

Acepté. ¿Cómo iba a rechazar la propuesta tan generosa de unos patrones tan simpáticos? Aquí está la versión novelada de lo que me contó Julián Navarro. Si es o no es un ángel, decídalo usted.

MENDOZA, Junio de 2009

CAPÍTULO I

HUÍDA HACIA EL SUR

El recuerdo más antiguo de Julián es el de estar bebiendo agua sumergido en el recodo pantanoso de un río, sumamente cansado y con ardores en todo el cuerpo debido a las quemaduras del sol. Detrás de él se extendían las dunas de un desierto sobre las que se veía un rastro irregular. Los últimos metros los había hecho de rodillas. El sol, cercano al horizonte, todavía deslumbraba. Julián estaba totalmente desnudo.

Poco a poco fue recuperando las fuerzas, aliviados sus dolores por el agua, que sostenía en parte su peso y mucho más fresca que las arenas por las cuales se había desplazado, quién sabe por cuánto tiempo. Una sombra pasó por su campo visual, con esfuerzo consiguió enfocar su vista: era un ave que planeaba sobre unos pajonales. Su mente y su estómago le dijeron ¡comida! y comenzó a arrastrarse entre el barro, el agua y las plantas acuáticas hacia ese lugar.

El pantano no era profundo, podía hacer pie en todo momento y a veces había islotes fangosos. En uno de ellos encontró un nido con huevos. ¡Comida!, volvió a decirle el estómago. Arrebató un huevo y le hincó el diente con cáscara y todo. Adentro había un embrión en formación, pero no se hizo problemas: cáscara, líquido y embrión fueron a parar a su absolutamente vacío estómago. Luego del tercer huevo se tranquilizó un poco y al cuarto le sacó la cáscara.

Satisfechas las necesidades primarias se colocó de espaldas en el húmedo islote y se quedó dormido. Despertó desorientado, con el sol alto del otro lado del río. Trató de recordar por qué estaba allí. Todos sus recuerdos se resumían en lo relatado. De lo anterior, no recordaba absolutamente nada.



Se había despertado porque oyó ruidos y voces que provenían desde el lugar en que sus huellas se internaban en el río. Atisbó entre las pajas y vio un grupo de hombres a caballo que se habían detenido en ese lugar y miraban hacia el río, conversando entre ellos. Algo le dijo que lo buscaban a él y que no debían encontrarlo, pues su libertad o su vida corrían peligro. Afortunadamente estaba todo cubierto de barro y sería muy difícil distinguirlo entre las plantas desde esa distancia, unos doscientos metros.

Uno de los que estaban en la orilla trató de meterse al río con su caballo pero éste se resistió. Lo azuzó y el caballo obedeció, pero a los cinco metros sus patas delanteras se hundieron profundamente en el barro. Una violenta reculada dio por tierra con el jinete y un relincho de terror puso sobre aviso a los otros caballos que se removieron inquietos.

Cuando caballo y caballero regresaron a la orilla, el que parecía el jefe dio una orden y se encaminaron todos juntos río arriba. Julián se sintió aliviado, se acercó al agua para beber y luego se volvió a lo más espeso del pajonal, hundiéndose en el fresco barro. En todo el recorrido se había cuidado de no quebrar los juncos y éstos cubrieron rápidamente su rastro.

Otra vez lo despertó un ruido de caballos pero ni se movió. El sol estaba alto en el cielo y ya había cruzado a la otra orilla del río. Él no los vio, pero ahora los jinetes avanzaban por ambas márgenes y por el medio iba una barca con tres personas. Cerca de donde Julián estaba no había profundidad suficiente para navegar, por lo que no lo vieron. Los tres grupos pasaron río abajo y no regresaron, al menos, mientras estuvo alerta.

Volvió a despertarse, ahora por un batir de alas próximo. El sol estaba nuevamente cerca del horizonte y las aves regresaban a sus nidos. Tomó nota de dónde acuatizaban y a la noche, desplazándose como una serpiente, llegó hasta un nido y dio cuenta de sus

ocupantes. Las plumas le dieron más trabajo que la cáscara de los huevos y la carne era más dura, pero su estómago consideró esta cena más sustanciosa que la anterior.

La comida y el descanso le habían hecho recuperar fuerzas y el barro estaba curando sus quemaduras, pero una sensación de inquietud lo dominaba: sentía que tenía que seguir huyendo, alejándose de quienes lo perseguían, no sabía por qué. Ya era noche cerrada y los únicos ruidos que se oían provenían de los insectos del pantano. Se puso de pie y miró todo a su alrededor. Cerca del horizonte, desde donde venía el río, le llamó la atención un grupo de estrellas y decidió que ese era el camino que debía seguir.

Las estrellas eran la Cruz del Sur y el río, el Nilo. Esto lo averiguó años más tarde, cuando volvió a vivir entre gente civilizada. Por la posición de esas estrellas dedujo que debió haber llegado al Nilo al sur de Luxor, cerca de Asuán, que por esa época no tenía represa, ergo, alrededor del mil novecientos.

Aunque no tenía memoria de lo que le había ocurrido, ni ningún otro recuerdo anterior a lo ya narrado, conservaba varias habilidades de su vida previa, que fue descubriendo poco a poco, y que le fueron de mucha utilidad más adelante. También había cosas que le resultaron fundamentales para conservar la vida y que en su momento no le llamaron la atención pero que, cuando tuvo la oportunidad de reflexionar sobre ellas, le dieron la pauta de que no era una persona normal. Por ejemplo, el que los animales, domésticos o salvajes, no lo atacaran, y que le permitieran acercarse y tocarlos sin huir. ¡Hasta los insectos lo ignoraban!

Es decir, los animales no lo ignoraban, pues lo seguían con la vista. En más de una oportunidad, al pasar junto a un perro o un gato, los acariciaba y ellos respondían a la caricia según su costumbre: agitando la cola o ronroneando. A veces algún perro lo acompañaba unos metros, como con desgano, y nada más.

Inició el viaje siguiendo una pauta que mantuvo por mucho tiempo, hasta que se sintió seguro: viajaba de noche, siempre por las proximidades del río, que le proveía comida, bebida y, en muchas ocasiones, un refugio durante el día. Evitaba cuidadosamente a los seres humanos, aunque a veces se acercaba sigilosamente a sus casas, para conseguir algún ave o pequeño animal para alimentarse. Desde mucho antes del amanecer buscaba un escondite y, si no lo hallaba, no seguía hacia adelante sino que se volvía hasta el último lugar que le ofreciera donde ocultarse del sol y de las personas.

Descubrió que a veces el río cambiaba de dirección pero que luego retomaba el rumbo que él deseaba. En ocasiones trataba de acortar camino apartándose del río y siguiendo rectamente hacia el sur pero, si a mitad de la noche no lo encontraba nuevamente, no se

arriesgaba a continuar y regresaba. Había aprendido una lección de supervivencia: mantenerse cerca de las fuentes de agua.

No llevó la cuenta de cuánto tiempo duró su fuga, pero estimó que habrá sido más de un año, hasta que el paisaje cambió. Poco a poco el desierto se convirtió en bosque y el lejano plano del horizonte se convirtió en sierras y montañas cercanas. En esa zona, aunque no abandonó las precauciones, se sintió más seguro.

Cierto día lo despertaron en su refugio risas y gritos de seres humanos. Miró entre las ramas y vio que en una ensenada o pequeña laguna que formaba el río, había un grupo de indígenas jugando en el agua y en las orillas. Era la primera vez que veía otras personas completamente desnudas, como él lo había estado en todo su viaje. Luego advirtió que los que llegaban o se retiraban lo hacían con un taparrabos que se sacaban antes de unirse al grupo. Por momentos, alguna que otra pareja se metía entre los árboles y se abrazaban y jugaban solos. Sintió una intensa atracción y necesidad de unirse al grupo, algo tiraba de él irresistiblemente y salió de su escondite. El color de su piel, aunque muy curtido por el sol, era notablemente distinto al de los del grupo.

Cuando lo vieron no cundió la alarma pero cesaron todos en su actividad. La actitud en que se presentó no era ofensiva sino excesivamente amistosa: sonriendo, totalmente desnudo y con el pene firmemente erecto. ¡Lo que lo atraía, sin que él lo supiera, era un fuerte deseo sexual al ver a tantas hembras desnudas! Se acercaron mutuamente, los del grupo mirando hacia sus piernas y haciendo comentarios risueños que él no entendió.

Lo rodearon a cierta distancia. Una de las mujeres de más edad se acercó y bailó frente a él, con gran algarabía por parte de los demás. Otras mujeres la imitaron, mientras los restantes hacían una ronda. La primera mujer fue más atrevida y frotó sus nalgas contra el pene. Eso fue demasiado para Julián, quien la abrazó, sin resistencia por parte de ella, y se tiraron al suelo. Afloró en él una de las habilidades naturales que no había olvidado y consumó el acto en medio de otras parejas que los imitaban y del batir de palmas de los que no lo hacían.

Luego de esto la mujer, satisfecha, anunció a los otros que tomaba posesión de ese hombre y que estaba dispuesta a prestarlo a quien pagara su precio. Julián se enteró de eso más adelante.

No solamente la mujer, toda la tribu lo adoptó y se benefició con ello. Demostró tener una excelente puntería tirando con arco y flecha, lo que les proporcionaba muy buenos resultados en las cacerías. El tipo de arco que usaban los indígenas no era de su agrado, buscó las maderas apropiadas y se construyó un arco de mayor tamaño y potencia, lo que le permitió mayor alcance.

Introdujo pequeñas mejoras en la vida cotidiana de la tribu y, cuando aprendió el idioma, comenzó a hacer preguntas acerca de los alrededores. La sensación de persecución había desaparecido, pero quería seguir viaje hacia el sur. Lo único que sabían era que en esa dirección había una gran extensión de agua y montañas hacia el este y el oeste.

Estuvo con estos indígenas al menos un año pues, antes de que partiera, varias mujeres habían dado a luz niños con la tez bastante más clara que la de sus padres, para beneplácito de todos. Cuando insistió en que quería continuar viaje le dijeron que le conseguirían guías de otra tribu que vivía más al sur para que lo acompañaran. Poco después llegó una comitiva desde el sur trayendo objetos, tejidos y animales domésticos que intercambiaron con los residentes. Luego de dos días de permanencia regresaron por donde habían venido, acompañados por Julián y sin los animales domésticos. Le permitieron llevar el arco, pero no quisieron que llevara consigo una lanza y un tosco cuchillo de piedra que también había fabricado.



Luego de dos días de viaje a paso rápido desembocaron de improviso ante la mayor extensión de agua que había visto desde que tenía memoria. Mucho tiempo después, al reconstruir su viaje con ayuda de mapas, determinó que era el Lago Alberto, en la orilla de lo que ahora es El Zaire.

Al llegar a la aldea de sus acompañantes hubo una gran fiesta y le pidieron que hiciera uso de sus mujeres. Nunca se había resistido a eso y no lo hizo ahora. Luego de un par de meses de estadía manifestó su deseo de continuar viaje, pero le dijeron que eso era imposible: habían pagado un buen precio por él y tenía que cumplir con sus obligaciones. ¡En ese momento se enteró de que era un esclavo! Y, a partir de esa noche, un prisionero, pues lo encerraron junto con la mujer a quien debía dejar embarazada.

Hacía tiempo que no se preocupaba por su libertad, porque no

la había visto restringida tan evidentemente, pero esa noche tomó la determinación de huir. La choza en donde lo encerraron no era una prisión que pudiera contenerlo por mucho tiempo. Fue aflojando discretamente las ataduras de los palos hasta que, pocos días después, cuando todos dormían, huyó. Durante tanto tiempo había viajado de noche que su visión nocturna era excelente, así como su capacidad para moverse sigilosamente.

Fue hasta la choza del jefe, recuperó su arco, carcaj y flechas, se apropió del único cuchillo metálico de toda la tribu, saltó el vallado y se dirigió directamente hacia el sur.

(continuará...)



La Luna de Hueso
by La Strega

LA STREGA - ¡¡¡Moony!!!.

MOONY -¿Qué gordita?

LA STREGA -¡¡¡Ay!!! ¿Por qué gordita? ¿Se me notan mucho los kilitos que engordé en las fiesta?



Me estoy complicando bastante para vestirme



aunque también me lo

puse un poquito mal

MOONY -Pero no, bomboncito, es una forma de decir… Además, en cuanto nos pongamos a bailar en el carnaval que se viene te puedo asegurar que recuperás la silueta, ni el "Rey Pomo" se salva.

LA STREGA – Vos tenés la idea fija, Moony; es el Rey Momo no "pomo".

MOONY - ¿Ah sí? risa contenida

LA STREGA - Lo que quería preguntarte, Moony, es si sabés como se pone mi disfraz, porque me estoy complicando bastante para vestirme.

MOONY -Nada… ¡Guapísima! Déjatelo así que estás hermosa, mirá qué bien me queda el mío, aunque también me lo puse un poquito mal.

LA STREGA – Y eso que es un bikini… ¡Apurémos porque la carroza se va a ir sin nosotros!

CARNAVAL (El Padre de todas las…)

MOONY – ¡Las Jodas!

LA STREGA -¡¡MOONY!! El Padre de todas las Fiestas.

MOONY – Huuuummm… Fiesta… Que linda palabra.

"Carnem levare" (literalmente: "la carne levantar" o quitar la carne) se abrevió en "carnelevare", se alteró en "carnelevale", pasó del latín al italiano (alterado de nuevo) como "carne y vale" que quiere decir "carne a Dios" indicando la excesiva sensualidad de los días carnavalescos.

Otros aseguran que deriva de "carro navale" o sea "carro naval". En la Edad Media lo llamaban "fasnachat" o "fesenach", fiesta de locura.

El Carnaval como celebración anual deriva de los Saturneles Romanas. Pero de un modo general se encuentran vestigios de estas fiestas en todos los pueblos desde la más remota antigüedad.

La costumbre de usar máscaras tuvo origen religioso espiritual que derivaba del culto a los muertos.

Aquel personaje que personificaba a los espíritus se vestía de blanco y se cubría el rostro con una máscara. De esta manera se fue instalando en el pueblo la costumbre de disfrazarse para esta celebración, tradición que hasta hoy tiene vigencia.

El Papa Carlos V en el año 1525, y Felipe V en el año 1916

también, alarmados por la violencia de algunos hombres, prohibieron la celebración del carnaval. Los burgueses mientras tanto llevaron las celebraciones a puertas cerradas. En sus lujosísimos salones bailaban hasta tarde escondidos detrás de las enigmáticas máscaras y espectaculares disfraces. Las clases populares, sin embargo continuaron festejándolos en las calles.



Fiesta… Qué linda palabra

El Dios Momo

En la Roma antigua se rendía culto a un dios denominado Momo, que según la leyenda era el dios de "las chanzas y de las burlas; hijo del sueño y la noche; era, en fin, el dios de la locura que con chistes y agudezas y con mímica grotesca divertía a las mil maravillas a los excelsos dioses del Olimpo".

Era hijo de Hipnos y de Nix o de Eris. Se encargaba de corregir con sus críticas, aunque sarcásticas, a los hombres y también a los dioses.

Se lo consideró especial protector de los escritores y los poetas. Una vez bromeó acerca de unos inventos que habían creado Poseidón, Hefesto y Atenea. Poseidón había creado al toro y Momo se rió de él por haberlo hecho con los cuernos mal colocados. De Hefesto se mofó porque a su obra, el hombre, le faltaba una ventanilla en el corazón para poder conocer sus intenciones y pensamientos secretos. A Atenea la criticó sardónicamente porque la casa que había construído era demasiado pesada si el propietario quería trasladarse a causa de unos molestos vecinos. Estas mofas de los dioses fueron las últimas que toleraron a Momo, que rápidamente fue expulsado del Olimpo. También se cuenta que se burló de Afrodita porque hablaba mucho y porque sus sandalias hacían mucho ruido al andar.

Habitualmente se le representa vestido de arlequín, escondido tras una máscara que levanta de los rostros de lo demás, o del suyo propio, y acompañando cada una de sus manifestaciones con un "palitroque" terminado en forma de cabeza de muñeco, símbolo de la locura.

El carnaval y el sexo son dos combinaciones peligrosas: El Carnaval de Entre Ríos (sólo hablamos de sexo)

El calor de la fiesta aumenta y la alegría también, con miles de recomendaciones de protección de salud que promueven algunas instituciones y agrupaciones. El sida es la mayor preocupación. Los locales nocturnos se alistan para recibir a muchos visitantes. Mientras, 14 hoteles consultados por Moony aseguran que la clientela no se incrementa masivamente en esta fecha por culpa de, en fin, ya en el mundo saben como estamos en la Argentina.

Ya se escuchan los ritmos de bandas en toda la ciudad, mientras se incrementa el furor carnavalero de la gente que se alista con muchas energías para los días de jolgorio.

Ropa cómoda, pistolas de agua, bombitas de agua y muchas bebidas alcohólicas ya están reservadas para esos días que al comienzo de la tarde se inicia el consumo mientras dura el baile.

Con pareja o sin pareja, con comparsa o sin ella igual se participa recorriendo las calles de la ciudad para culminar la noche mojados y tal vez con alguna pareja a la que apenas conoce.

Los centros de Maternidad aseguran que durante el mes de noviembre, nueve meses después del carnaval, hay un incremento del 30 por ciento en los nacimientos de embarazos deseados y no deseados. Y es que en esa época, la “industria” del sexo toma fuerza.

Los locales nocturnos y los hoteles están a la espera de mayores ganancias. Aunque más de diez administradores de hoteles consultados creen que para estas fiestas no tendrán muchos clientes, ya que —según ellos— mucha gente estará ocupada en su propias actividades o se irá de viaje.

Jorge Chávez, administrador de Puros Bar, sabe perfectamente que la sensualidad es un buen negocio. Pero también tiene plena certeza de que unos tragos demás y los bien esculpidos cuerpos de las diez bailarinas de su local pueden ser una combinación peligrosa. Es precisamente por eso que durante los tres días de farra esperan con ansiedad para hacer alguna diferencia económica.

En ese marco, el representante de la comparsa coronadora Cachafaces, Ivan Uribe, indicó que este año uno de los objetivos de la agrupación es promover el uso del preservativo para educar y promover la salud.

A su vez el representante del Programa SIDA Prevenir dijo: “Queremos recordar la importancia de prevenir esa enfermedad. El SIDA es una epidemia que se está incrementando, donde hasta el año 2000 se registraron trescientos cuatro casos. El SIDA no tiene fronteras, raza ni estratos sociales, está en todas partes, necesitamos hacer una prevención masiva entre pobres y ricos”.



Y vamos a desfilar así. ¿Te prendes?

MOONY – Mirá, con las chicas decidimos armar nuestra propia figura para la carroza y vamos a desfilar así. ¿Te prendés?

LA STREGA – Sí, pero te aviso que no llegamos ni a la esquina.

La Luna de Papel

La Reina Por José Emilio Pacheco

Oh reina, rencorosa y enlutada
PORFIRIO BARBA JACOB

Adelina apartó el rizador de pestañas y comenzó a aplicarse el rimmel. Una línea de sudor manchó su frente. La enjugó con un clínex y volvió a extender el maquillaje. Eran las diez de la mañana. Todo lo impregnaba el calor. Un organillero tocaba el vals Sobre las olas. Lo silenció el estruendo de un carro de sonido en que vibraban voces incomprensibles. Adelina se levantó del tocador, abrió el ropero y escogió un vestido floreado. La crinolina ya no se usaba pero, según la modista, no había mejor recurso para ocultar un cuerpo como el suyo.

Se contempló indulgente en el espejo. Atravesó el patio interior entre las macetas y los bates de béisbol, las manoplas y gorras que Óscar dejó como para estorbarle el camino, entró en el baño y subió a la balanza. Se descalzó. Pisó de nuevo la cubierta de hule junto a los números. Se quitó el vestido y probó por tercera vez. La balanza marcaba 80 kilos. Debía estar descompuesta: era el mismo peso registrado una semana atrás al iniciar los ejercicios y la dieta.

Caminó otra vez por el patio, que era más bien un pozo de luz con vidrios traslúcidos. Un día, como predijo Óscar, el patio iba a

desplomarse si Adelina no adelgazaba. Se imaginó cayendo en la tienda de ropa. Los turcos, inquilinos de su padre, la detestaban. Cómo iban a reírse Aziyadé y Nadir al verla sepultada bajo metros y metros de popelina.

Al llegar al comedor vio como por vez primera los lánguidos retratos familiares: ella a los seis meses, triunfadora en el concurso El bebé más robusto de Veracruz. A los nueve años, en el teatro Clavijero, declamando Madre o mamá de Juan de Dios Peza. Óscar, recién nacido, flotante en un moisés enorme, herencia de su hermana. Óscar, el año pasado, pítcher en la Liga Infantil de Golfo. Sus padres el día de la boda, él aún con uniforme de cadete. Guillermo en la proa de Durango, ya con gorra e insignias de capitán. Guillermo en el acto de estrechar la mano al señor presidente en ocasión de unas maniobras navales. Hortensia al fondo, con sombrilla, tan ufana de su marido y tan cohibida por hallarse entre la esposa del gobernador y la diputada Goicochea. Adelina, quince años, bailando con su padre el vals Fascinación. Qué día. Mejor ni acordarse. Quién la mandó invitar a las Osorio. Y el chambelán que no llegó al Casino: prefirió arriesgar su carrera y exponerse a la hostilidad de Guillermo —su implacable y marcialmente sádico profesor en la Heroica Escuela Naval— antes que hacer el ridículo valseando con Adelina.

Qué triste es todo, se oyó decirse. Ya estoy hablando sola. Es por no desayunarme. Fue a la cocina. Se preparó en la licuadora un batido de plátanos y leche condensada. Mientras lo saboreaba hojeó Huracán de amor. No había visto ese número de la Novel Semanal, olvidado por su madre junto a la estufa. Hortensia es tan envidiosa ¿Por qué me seguirá escondiendo sus historietas y sus revistas como si yo todavía fuera una niñita?

No hay más ley que nuestro deseo, afirmaba un personaje en Huracán de amor. Adelina de inquietó ante el torso desnudo del hombre que aparecía en el dibujo. Pero nada comparable a cuando encontró en el portafolios de su padre Corrupción en el internado para señoritas y La seducción de Lisette. Si Hortensia —o peor: Guillermo— la hubieran sorprendido…

Regresó al baño. En vez de cepillarse los dientes se enjuagó con Listerine y se frotó los incisivos con la toalla. Cuando iba hacia su cuarto sonó el teléfono.

—Gorda…

—¿Qué quieres, pinche enano maldito?

—Cálmate, gorda, es un recado de our father. ¿Por qué amaneciste tan furiosa, Adelina? Debes de haber subido otros cien kilos.

—Qué te importa, idiota, imbécil. Ya dime lo que vas a decirme.

Tengo prisa.

—¿Prisa? Ah sí, seguramente vas a desfilar como reina del carnaval en vez de Leticia, ¿no?

—Mira, estúpido, esa negra, débil mental, no es reina ni es nada. Lo que pasa es que su familia compró todos los votos y ella se acostó hasta con el barrendero de la Comisión Organizadora. Así quién no.

—La verdad, gorda, es que te mueres de envidia. Qué darías por estar ahora arreglándote para el desfile como Leticia.

—El desfile? Ja, ja, no me importa el desfile. Tú, Leticia y todo el carnaval me valen una pura chingada.

—Qué lindo vocabulario. Dime dónde lo aprendiste. No te lo conocía. Ojalá te oigan mis papás.

—Vete al carajo.

—Ya cálmate, gorda. ¿Qué te pasa? ¿De cuál fumaste? Ni me dejas hablar. Mira, dice mi papá que vamos a comer aquí en Boca del Río con el vicealmirante; que de una vez va ir a buscarte la camioneta porque luego, con el desfile, no va a haber paso.

—No, gracias. Dile que tengo mucho que estudiar. Además ese viejo idiota del vicealmirante me choca. Siempre con sus bromitas y chistecitos imbéciles. Pobre de mi papá, tiene que celebrárselos.

—Haz lo que te dé la gana, pero no tragues tanto ahora que nadie te vigila.

—Cierra el hocico y ya no estés chingando.

—¿A que no le contestas así a mi mamá? A que no, ¿verdad? Voy a desquitarme, gorda maldita. Te vas a acordar de mí, bola de manteca.

Adelina colgó furiosa el teléfono. Sintió ganas de llorar. El calor la rodeaba por todas partes. Abrió el ropero infantil adornado con calcomanías de Walt Disney. Sacó un bolígrafo y un cuaderno rayado. Fue a la mesa del comedor y escribió:

Queridísimo Alberto:

Por milésima vez hago en este cuaderno una carta que no te mandaré nunca y siempre te dirá las mismas cosas.

Mi hermano acaba de insultarme por teléfono y mis papás no me quisieron llevar a Boca del Río. Bueno, Guillermo seguramente quiso, pero Hortensia lo domina. Ella me odia, por celos, porque ve cómo me adora mi papá y cuánto se preocupa por mí.

Aunque si me quisiera tanto como yo creo ya me hubiera mandado a España, a Canadá, a no sé dónde, lejos de este infierno que mi alma, sin ti, ya no soporta.

Se detuvo. Tachó que mi alma, sin ti, ya no soporta.

Alberto mío, dentro de un rato voy a salir. Te veré de nuevo, por más que no me mires, cuando pases en el carro alegórico de Leticia. Te lo digo de verdad: Ella no te merece. Te ves tan, tan, no sé cómo decirlo, con tu uniforme de cadete. No ha habido en toda la historia un cadete como tú. Y Leticia no es tan guapa como supones. Sí, de acuerdo, tal vez sea atractiva, no lo niego, por algo llegó a ser reina del carnaval. Pero su tipo resulta, cómo te diré, muy vulgar, muy corriente. No te parece?

Y es tan coqueta. Se cree muchísimo. La conozco desde que estábamos en kinder. Ahora es íntima de las Osorio y antes hablaba muy mal de ellas. Se juntan para burlarse de mí porque soy más inteligente y saco mejores calificaciones.

Claro, es natural: no ando en fiestas ni cosas de éstas, los domingos no voy a dar vueltas al zócalo, ni salgo todo el tiempo con muchachos. Yo sólo pienso en ti, amor mío, en el instante en que tus ojos se volverán al fin para mirarme.

Pero tú, Alberto, ¿me recuerdas? Seguramente ya has olvidado que nos conocimos hace dos años —acababas de entrar en la Naal—, una vez que acompañé a mi papá a Antón Lizardo. Lo esperé en la camioneta. Tú estabas arreglando un jeep y te acercaste. No me acuerdo de ningún otro día tan hermoso como aquel en que nuestras vidas se encontraron para ya no separarse jamás.

Tachó para ya no separarse jamás.

Conversamos muy lindo mucho tiempo. Quise dejarte como recuerdo mi radio de transistores. No aceptaste. Quedamos en vernos el domingo para ir al zócalo y a tomar un helado en el Yucatán.



Lo esperé en la camioneta. Tú estabas arreglando un jeep

Te esperé todo el día ansiosamente. Lloré tanto esa noche… Pero luego comprendí: no llegaste para que nadie dijese que tu interés en cortejarme era por ser hija de alguien tan importante en la Armada como mi padre. En cambio, te lo digo sinceramente, nunca podré entender por qué la noche del fin de

año en el Casino Español bailaste todo el tiempo con Leticia y cuando me acerqué y ella nos presentó dijiste: mucho gusto.

Alberto: se hace tarde. Salgo a tu encuentro. Sólo unas palabras antes de despedirme. Te prometo que esta vez sí adelgazaré y en el próximo carnaval, como lo oyes, yo voy a ¡ser La Reina! (Mi cara no es fea, todos lo dicen.) Me llevarás a nadar a Mocambo, donde una vez te encontré con Leticia? (Por fortuna ustedes no me vieron: estaba en traje de baño y corrí a esconderme entre los pinos.) Ah, pero al año próximo, te juro, tendré un cuerpo más hermoso y más esbelto que el suyo. Todos los que nos miren te envidiarán por llevarme del brazo.

Chao, amor mío. Ya falta poco para verte. Hoy como siempre es toda tuya.

Adelina

Volvió a su cuarto. Al ver la hora en el despertador de Bugs Bunny dejó sobre la cama el cuaderno en que acaba de escribir, retocó el maquillaje ante el espejo, se persignó y bajó a toda prisa las escaleras de mosaico. Antes de abrir la puerta del zaguán respiró el olor a óxido y humedad. Pasó frente a la sedería de kis turcos: Aziyadé y Nadir no estaban: sus padres se disponían a cerrar.

En la esquina se encontró a dos compañeros de equipo de su hermano. (¿No habían ido a Boca del Río?) Al verla maquillada le preguntaron si iba a participar en el concurso de disfraces o había lanzado su candidatura para Rey Feo.

Respondió con una mirada de furia. Se alejó taconeando bajo el olor a pólvora de buscapiés, palomas, y brujas. No había tránsito: la gente caminaba por la calle tapizada de serpentinas, latas, y cascos de cerveza. Encapuchados, mosqueteros, payasos, legionarios romanos, ballerinas, circasianas, amazonas, damas de la corte, piratas, napoleones, astronautas, guerreros aztecas y grupos y familias con mascaras, gorritos de cartón, sombreros zapistas o sin disfraz avanzaban hacia la calle principal.

Adelina apretó el paso. Cuatro muchachas se volvieron a verla y le dejaron atrás. Escuchó su risa unánime y pensó que se estarían burlando de ella como los amigos de Óscar. Luego caminó entre las mesas y los puestos de los portales, atestados de marimbas, conjuntos jarochos, vendedores de jaibas rellenas, billeteros de la Lotería Nacional.

No descubrió a ningún conocido pero advirtió que varias mujeres la miraban con sorna. Pensó en sacar el espejito de su bolsa para ver si, inexperta, se había maquillado en exceso. Por vez primera empleaba los cosméticos de su madre. Pero, ¿dónde se

ocultaría para mirarse?

Con grandes dificultades llegó a la esquina elegida. El calor y el estruendo informe, la promiscua continuidad de tantos extraños le provocaba un malestar confuso. Entre aplausos apareció la descubierta de charros y chinas poblanas. Bajo gritos y música desfiló la comparsa inicial: los jotos vestidos de pavos reales. Siguieron mulatos disfrazados de vikingos, guerreros aztecas y penachos de rumbera.

Desfilaron cavernarios, kukluzklanes, la corte de Luis XV con sus blancas pelucas entalcadas y sus falsos lunares, Blancanieves y los Siete Enanos (Adelina sentía que la empujaban y las manoseaban), Barbazul en plena tortura y asesinato de sus mujeres, Maximiliano y Carlota en Chapultepec, pieles rojas, caníbales teñidos de betún y adornados con huesos humanos (la transpiración humedecía su espalda), Romeo y Julieta en el balcón de Verona, Hitler y sus mariscales llenos de monóculos y eswásticas, gigantes y cabezudos, James Dean al frente de sus rebeldes sin causa, Pierrot, Arlequín y Colombina, doce Elvis Presleys que trataban de cantar en inglés y moverse como él. (Adelina cerró los ojos ante el brillo del col y el caos de épocas, personajes, historias.)

Empezaron los carros alegóricos, unos tirados por tractores, otros improvisados sobre camiones de redilas: el de la Cervecería Moctezuma, Miss México, Miss California, notablemente aterrada por lo que veía como un desfile salvaje, las Orquídeas del Cine Nacional, el Campamento Gitano-niñas que lloriqueaban por el calor, el miedo de caerse y la forzada inmovilidad-, el Idilio de los Volcanes según el calendario de Helguera, la Conquista de México, las Mil y una Noches, sedilla de cartón, lentejuelas y trapos.

La sobresaltaron un aliento húmedo de tequila y una caricia envolvente: -Véngase, mamasota, que aquí está su rey-. Adelina, enfurecida, volvió la cabeza. ¿Pero hacia quién, cómo descubrir al culpable entre la multitud burlona o entusiasmada? Los carros alegóricos seguían desfilando: los Piratas en las isla del Tesoro, Sangre Jarocha, Guadalupe la Chinaca, Rza de Bronce, Cielito Lindo, la Adelita, la Valentina y Pancho Villa, los Buzos en el país de las sirenas, los astronautas y los extraterrestres.

Desde un inesperado balcón las Osorio, muertas de risa, se hicieron escuchar entre las músicas y gritos del carnaval: —Gorda, gorda, sube. ¿Qué andas haciendo allí abajo, revuelta con la plebe y los chilangos? La gente decente de Veracruz no se mezcla con los fuereños, mucho menos en carnaval.

Todo el mundo pareció descubrirla, observarla, repudiarla. Adelina tragó saliva, apretó los labios: Primero muerta que dirigirles la palabra a las Osorio. Por fin, el carro de la reina y sus princesas,

Leticia Primera en su trono bajo las espadas cruzadas de los cadetes. Alberto junto a ella muy próximo. Leticia toda rubores, toda sonrisitas, entre los bucles artificiales que sostenían la corona de hojalata. Leticia saludando en todas direcciones, enviando besos al aire.

Cómo puede cambiar la gente cuando está bien maquillada, se dijo Adelina. El sol arrancaba destellos a la bisutería del cetro, la corona, el vestido. Atronaban aplausos y gritos de admiración. Leticia Primera recibía feliz la gloria que iba a durar unas cuantas horas, en un trono destinado a amanecer en un basurero. Sin embargo Leticia era la reina y estaba cinco metros por encima de quien la observaba con odio.

—Ojalá se caiga, ojalá haga el ridículo delante de todos, ojalá de tan apretado le estalle el disfraz y vean el relleno de hulespuma en sus tetas —murmuró entre dientes Adelina, ya sin temor de ser escuchada.

—Ya verá el año que entra, los lugares van a cambiarse. Leticia estará aquí abajo muerta de envida y… —Una bolsa de papel arrojada desde quién sabe dónde interrumpió el monólogo sombrío: se estrello en su cabeza y la baño de anilina roja en el preciso instante en que pasaba frente a ella la reina. La misma Leticia no pudo menos que descubrirla entre la multitud y reírse. Alberto quebrantó su pose de estatua y soltó una risilla.

Fue un instante. El carro se alejaba. Adelina se limpio la cara con las mangas del vestido. Alzo los ojos hacia el balcón en que las Osorio manifestaban su pesar ante el incidente y la invitaban a subir. Entonces la baño una nube de confeti que se adhirió a la piel humedecida. Se abrió paso, intentó correr, huir, hacerse invisible.

Pero el desfile había terminado. Las calles estaban repletas de chilangos, de jotos, de maringuanos, de hostiles enmascarados y encapuchados que seguían arrojando confeti a la boca de Adelina entreabierta por el jadeo, bailoteaban para cerrarle el paso, aplastaban las manos en sus senos, desplegaban espantasuegras en su cara, la picaban con varitas labradas de Apizaco.

Y Alberto se alejaba cada vez más. No descendía del carro para defenderla, para vengarla, para abrirle camino con su espada. Y Guillermo, en Boca del Río, ya aturdido por la octava cerveza, festejaba por anticipado los viejos chistes eróticos del vicealmirante. Y bajo unas máscaras de Drácula y de Frankenstein surgían Aziyadé y Nadir, la acosaban en su huida, le cantaban, humillante y angustiosamente cantaban, un estribillo improvisado e interminable:
—A Adelina/le echaron anilina/por no tomar Delgadina. / Poor noo toomaar Deelgaadiinaa.

Y los abofeteó y pateó y los niños intentaron pegarle y un

Satanás y una Doña Inés los separaron. Aziyadé y Nadir se fueron canturreando el estribillo. Adelina pudo continuar la fuga hasta que al fin abrió la puerta de su casa, subió las escaleras y halló su cuarto en desorden: Óscar estuvo allí con sus amigos de la novena de beisbol, Óscar no se quedó en Boca del Río. Óscar volvió con su pandilla. Óscar también anduvo en el desfile.

Vio su cuaderno en el suelo, abierto y profanado por los dedos de Óscar, las manos de los otros. En las páginas de su última carta estaban las huellas digitales, la tinta corrida, las grandes manchas de anilina roja. Cómo se habrán burlado, cómo se estarán riendo ahora mismo, arrojando bolsas de anilina a las caras, puñados de confeti a las bocas, rompiendo conferida por sus máscaras y disfraces.

—Maldito, puto, enano cabrón, hijo de la chingada. Ojalá te peguen. Ojalá te den en toda la madre y regreses chillando como un perro. Ojalá se mueran tú y la puta de Leticia y las pendejas de las Osorio y el cretino cadetito de mierda y el pinche carnaval y el mundo entero.

Y mientras hablaba, gritaba, gesticulaba con doliente furia, rompía su cuaderno de cartas, pateaba los pedazos, arrojaba contra la pared el frasco de maquillaje, el pomo de rimmel, la botella de Colonia Sanborns.

Se detuvo.

En el espejo enmarcado por figuras de Walt Disney miró su pelo rubio, sus ojos verdes, su cara lívida cubierta de anilina, grasa, confeti, sudor, maquillaje y lrimas. Y se arrojó a la cama llorando, demoliéndose, diciéndose:

—Ya verán, ya verán el año que entra.

La Luna de Miel

LA STREGA - ¡Ayyy! Como me duele la cabeza con tanta comparsa y tanto baile…

MOONY – Y tanto pito y tanta matraca…

LA STREGA – Hmmm… Me pregunto si estamos hablando de lo mismo. Bueno vamos a ponernos un poco serias que ya termina La Luna y quiero despedirme de nuestros divinos lectores.



¿Qué te parece? ¿Es lo suficientemente formal?

MOONY – ¿Serias? Esta bien entonces me voy a vestir y con un trajecito tipo secretaria superformal.

LA STREGA – Me parece muy bien. Bueno amadísimos lectores, nos vemos en la próxima Luna donde los esperaremos con otro artículo y muchas chicas monas. Un delicioso besito en sus trompitas.

MOONY – Listo, ¿qué te parece? ¿Es lo suficientemente formal?

LA STREGA – Ayy… Moony, pensar que vas a cambiar es como frenar el carnaval. Imposible.

EL LABORATORIO DEL DOCTOR ELEPHANT

¿Quién no recuerda las aventura de la bellísima y sensual Aika? Bien, la Compañia Ligth and Magic planea un largometraje con nuestra heroína. ¿Spielberg en el medio? No se sabe, pero sí está su producción husmeando un cachito por el guardarropa de Aika. Pero, ¿quién es Aika? ¿Puede que alguien aun no la conozca?



La Historia

La historia de Aika se sitúa en el 2036, después de un gran desastre a nivel mundial se derritieron los polos y esto produjo la inundación de todas las zonas costeras. Japón quedó bajo las aguas en un 90%, cuyo hecho dio origen a una nueva profesión: “Salvager”. Esta profesión consta de personas especialmente entrenadas para recuperar objetos e información que quedaron sumergidos tras la tremenda catástrofe. Al iniciarse esta profesión se encuentra a Aika Sumeragi, una extraordinaria mujer que se encuentra en la posición de una de las mejores “Salvager” de los tiempos. Al enterarse de esto una empresa con fines malévolos la contrata para hacerla recuperar un objeto ansiosamente deseado por varias empresas llamado “Ragg”. Este es un extraño metal el cual tiene la capacidad de volver todo el planeta Tierra a su estado inicial, deshaciendo lo que el hombre le ha provocado, además de tener una energía sorprendente… Aika para impedir esto va a tener que pasar por varias etapas, las cuales no van a ser nada fácil y más de una vez casi le cuesta la vida…



Personajes principales

Aika Sumeragi

Esta sensual, coqueta, tierna, alegre, bella mujer es la protagonista de esta fabulosa serie. Se destaca, como ya dijimos, por ser una de las mejores “Salvager” de estos tiempos. También posee un extraño metal llamado “ortanto”; éste tiene la capacidad de apoderarse del cuerpo de la persona que lo posea y convertirlo en una maquina de destrucción total. Con este metal tan extraño podrá salvar al mundo de la destrucción total, que se ve amenazado por un científico llamado Dr. Haggen, el cual quiere para variar destruir el mundo con este extraño mineral. En realidad no quiere destruirlo solo quiere destruir lo que el hombre ha construido, y también con este metal todo lo que el hombre ha hecho como la contaminación y todo el bla, bla, en fin, una buena persona; este metal lo destruye todo y todo vuelve a ser como estaba antes. Aika es una mujer muy

apasionada, muy fácil de conquistar. Se enamora muy fácilmente de cualquier hombre que la trate con palabras bonitas. Si alguien ha visto la serie completa sabrán porque digo esto. O sea… Medio facilonga la loca… Me hace acordar a… Mejor no dar nombres.

Rion Aida

Esta chica es la mejor amiga de Aika Sumeragi. Siempre acompaña a Aika a su trabajo, y además siempre esta preocupada de lo que le pasa. Es hija de Gozo Aida el cual tiene un empresa de recuperación de objetos perdidos por el desastre catastrófico que dejó todo bajo el agua, en donde trabaja Aika (por eso la amistad tan cercana). Siempre intenta rescatar a Aika de sus problemas y siempre termina siendo rescata por Aika…



Gozo Aida

Este hombre es el dueño de la empresa donde trabaja Aika y su hija Rion. Siempre se preocupa de Aika, cuando ésta cumple su labor como “Salvager”. Siempre selecciona bien sus trabajos después de una accidente ocurrido cuando hacían uno no muy honrado. Es muy trabajador y muy bueno para beber, además le encanta apostar en los casinos, cuando tiene dinero y es muy sobreprotector con Rion. Además le encanta cantar (pésimo).

Shuntaro Michikusa

Este “extraño” personaje (recalco el extraño) es uno de los integrantes de la empresa de Gozo Aida. Es muy callado, sólo habla puras huevadas y sólo dice lo justo y necesario. Tiene un muñeco, el cual siempre lleva consigo (nadie sabe por qué). También tiene esa extraña manía de vestirse como mujer cuando puede. Todo el mundo lo encuentra normal. Además de ser muy gracioso siempre se manda sus metidas de patitas y desde que llegó a la empresa la serie se volvió más chistosa.

Algunos Conceptos

"Ragg"



La nueva Rion

Este metal, es uno de los mas preciados de este planeta. Tiene la capacidad de volver a regenar el planeta tierra a su estado inicial, donde no existía la contaminación y todo lo que existe de forma dañina en la Tierra actualmente. También tiene la capacidad de dominar el metal ortanto, y disponer de él cuando quiera, haciendo de la persona que lo trae puesto un esclavo. Este extraño metal también posee una extraordinaria fuerza destructiva, la cual desearía todo maleante. Este metal es el que la organización de el Dr. Haggen tiene en su mira, porque con él podrá llevar a cabo su maléfico plan que es el de conquistar el mundo (para qué, me pregunto para qué, en fin).

Metal Ortanato



La nueva AIKA

Este es una especie de ropa extraña, que Aika posee. Es como un sostén de color amarillo que siempre lleva puesto. Este metal/tela, es muy preciado, ya que la persona que lo posea se puede convertir en una máquina de destrucción dominando al que lo lleva puesto, es como si una persona muy fuerte se acople con vos y los dos formen una sola, pero la otra es la que domina. También este metal tiene una habilidad de sacar una especie de ganchos-tentáculos medio

raros que están a plena disposición. También esos ganchos se pueden fusionar tomando formas variadas. Es muy útil cuando se trata de vencer al enemigo. Lo más importante a destacar es que, para que Aika pueda transformarse, este metal tiene que desnudarla completamente. Eso sí que es bueno…

WAQUERO – En fin parece que con esta especie de desfile de Moony y sus amigas por todo el Ander logró calmar a los muchachos.

BALDOR – No sé, no sé. Los veo más bien como hipnotizados. Espera a que se les pase el primer efecto y verás como sienten la necesidad de multiplicar sus exhibiciones.

WAQUERO - ¡Wow! No me da mucha tranquilidad lo que decís…

BALDOR – Es una cuestión muy preocupante. Podríamos… ya sabes, tomar medidas drásticas. Con los gatos funciona. Aunque bueno, las garras de los gatos, después de todo sólo miden unos milímetros, y no unos centímetros como las de Sorn. Tal vez deberíamos pensar en alguna alternativa.

WAQUERO – Yo me preocuparía más por las escupidas del Guanaco. Bien, preguntémosle a La Strega a ver si tiene una poción magica o algo así para calmar los ánimos

LA CUARTA PARED

WAQUERO – Quiero darle la bienvenida en nombre de los Ander tanto de América como de Europa a una de las colaboradoras más especiales que podrían hacernos el honor de convivir en estas páginas. Con ustedes la señorita Daniela Luquez. Dany de ahora en más será la encargada de la Cuarta Pared. Deleitándonos con sus conocimientos de teatro en lo cual es una profesional en todas sus disciplinas.

GUANACO – Sin contar que esta re-fuerte la rubia.

WAQUERO - ¡¡¡¡¡GUANACO!!!!!!

TEATRO Y ESCENOGRAFIA
by Daniela Lúquez

La escenografía ha sido y es una de las artes mayores cuyo desarrollo ha acompañado la evolución histórica de las artes en general, de la arquitectura, de la ópera, del teatro y del ballet, en forma particular.

A grandes pasos el arte de la escenografía en la Argentina se ha puesto al nivel del incesante desarrollo escenotécnico en el mundo, tan fructuosamente agitado en lo que va del siglo, en el verismo como en el simbolismo; por evoluciones, regresiones y audacias impresionistas y expresionistas, devolviéndosele al cabo al teatro su calidad onírica y mágica de inefable reino de ilusión. Actúa vibrante hoy entre nosotros una inteligentísima pléyade especializada que domina lo que es en sí la difícil ciencia geométrica y plástica, mientras cada uno desea singularizarse según las tendencias estéticas adoptadas. Actividad responsable que, no cabe duda, jerarquiza al teatro.

Cuando se levanta el telón en un teatro, el dueño absoluto del escenario por unos segundos, es el escenográfo. Es el primer impacto que recibe el espectador y lo predispone a continuar su contemplación durante la recitación de la obra.

Sabemos que el teatro es verbo, concepto, actuación y clima. Y una parte importante del clima lo da la escenografía. Es necesario combinar un extremado refinamiento estético con una solvencia técnica solidísima. Ese poético espacio perceptible es la consecuencia de una mirada atenta y profunda hacia la literatura, la pintura y el cine los cuales generan un manejo del espacio en donde se vislumbra el conocimiento y el buen gusto necesarios para lograr sensaciones.

La escenografía es la magia de la visión y el color para dar relieve a las palabras representadas en el escenario. Simbiosis, creación integración con un texto y los hechos: eso deben mostrar los dibujos, bocetos, telas, luces, al fin y al cabo materia inerte que sólo renacerá noche tras noche por el toque mágico de la imaginación bien empleada.

El arte teatral es a la vez un don del espíritu y el fruto del estudio. Por eso debe reinar en él la más absoluta libertad. Las disciplinas nacen de una necesidad, que para el artista es, a la vez, exterior e interior. La utilización de lo que han podido llamarse las relaciones psico-visuales y psico-auditivas del hombre, deben despertar en el espectador pensamientos y sensaciones.

En el plano de la escenografía la tendencia moderna se inclina hacia una simplificación artística, tanto en el material pictórico como en la elección de los elementos que componen el decorado. El elemento estilizado sustituye la acumulación de detalles. Armonizando con la forma plástica del actor, se trata de inventar una forma plástica de escenografía y de traje. Y esta debe coordinarse por sí misma con la de la acción en general. El decorado no debe servir de marco sino que debe ser un elemento de la representación, parte integrante de ella. La escena es un relieve con

movimiento.

Si el actor desciende a la platea, si tiene la curiosidad de mirar al escenario, ese cadalso donde minutos después va a pagar su tributo al arte dramático y a la sociedad, sólo verá el decorado. La impresión que siente sólo tiene valor en la medida en que esa "disposición" aumente en él el deseo de actuar, le incita a subir al escenario para comenzar a vivir su vida artificial, vendrán a buscar en ese ámbito una impresión, una excitación para sus juegos, una sugestión para su vida transitoria.

La historia del teatro es la historia de la transmutación del hombre: el hombre como actor que representa tantos hechos corporales como psicológicos, y que pasa de la ingenuidad a la reflexión, de la naturalidad a la afectación. La forma y el color se suman a esta transformación de la silueta. Si el autor crea sus criaturas teatrales, el escenográfo crea el mundo que les corresponde.

Creo fehacientemente que la escenografía no sólo debe representar sino crear un mundo, un mundo de verdad, teatralmente verdadero. Crear mundos insospechados depositando en ellos a "esas criaturas teatrales". Es el dibujo de las formas con que el espectáculo se materializa ante el público.



LA BROCHA

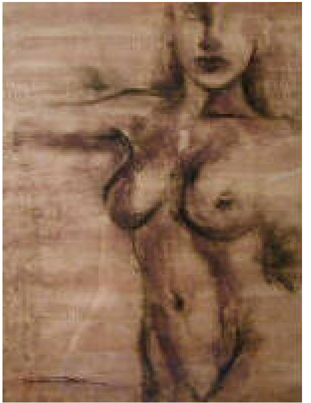
JUAN GIRALT



Si uno se fija en los cuadros, papeles, recortables, collages, que Juan Giralt realizaba en los últimos años del 60 y los primeros 70, llama poderosamente la atención el estallido de originalidad, de expresividad nueva, de frescura creativa, de maestría, en suma, que ya entonces Juan Giralt ponía de relieve en cada uno de sus trazos, en sus ideas plásticas, en esas composiciones que todavía hoy chisporrotean como el primer día. Toda una época se nos viene, como una oleada, al conjuro de esas obras. Pero no es sólo eso. Es que, además, Juan Giralt, en esos años cruciales de la pintura estaba contribuyendo como pocos a los cambios estéticos y expresivos más promisorios; y su contribución no era en absoluto menor que la de otros artistas coetáneos que tal vez nos resultan más conocidos sólo porque sus nombres se han filtrado con más facilidad en las "nomenclaturas".

Pero los registros onomásticos son de naturaleza demasiado fútil, se rehacen cada año, y el tiempo pasa. Y lo que ahora tenemos de Juan Giralt es la obra de hace veinte años, pero sobre todo la de estos últimos. Hay en ésta muchas cosas que me fascinan, pero no sé si acertaré a expresarlo; la tarea no es fácil. Empezaría por algo muy simple. Diría que es la obra de un ensimismado, en el sentido de que el artista ha ido labrando en su interior todo un universo de formas y paisajes que, en cada uno de su cuadros, explora una y otra vez, sin esquivar ninguna de las rutas posibles. Nada queda en ella de las conflagraciones que eran, en otro tiempo, sus muñecos, sus figuras inverosímiles, sus pequeños escenarios de la esquizofrenia, a caballo entre la viñeta de un cómic y las explosiones que conmovían al mundo en el atolón de Muroroa. el inmenso hongo se disolvió en la estratosfera, y lo que de él subsiste es sólo una imagen fantasmática de documental repetitivo. Pero queda algo todavía más importante: el largo crepúsculo, con sus imágenes fantasmales, es, creo yo, lo que da un especial carácter a la obra última de Juan Giralt, lo que hace de sus cuadros compendios de una manera muy personal de

ver y vivir nuestro tiempo. Es como si los colores se neutralizasen, y lo que quedase en el recuerdo fuera un verde profundo que nace de una tierra empapada. Pues bien, en ese paisaje que es sólo una idea —mejor, una ideo-vivencia—, afloran, discretamente, las escenas más diversas; escenas casi soñadas, que nos transportan por el diario de un viajero que efectúa su larga marcha, a la vez, por el ancho mundo y por las cuatro paredes de su estudio.



Decía que sus cuadros son compendios de visiones que se entrelazan libre, espontáneamente, que en ellos se trazan y combinan rutas muy diversas, con esos guiños que nos formulan las casuales figuras de collage o de letras que a menudo se destacan, extrañando, medidamente, el paisaje. Y hay huellas de muy especial naturaleza. En esas manchas inquietantes está tal vez lo esencial. a veces se nos antojan las marcas que nuestros pies dejan en la tierra, y nos hacen pensar en todos esos parajes sagrados - del budismo, del islamismo, del cristianismo - donde se rinde culto a las huellas de los pies. Pero a veces en esas huellas características de la pintura última de Giralt pugna por aflorar un rostro, o un objeto de uso cotidiano cuya forma rápidamente desaparece para reaparecer en otro momento cualquiera, llevándonos de la superficie al fondo; de una superficie sabiamente estructurada al fondo crepuscular donde los colores se neutralizan.



Juan Giralt nació en Madrid en 1940. Cursó estudios de pintura en Londres con el pintor Rohert Miller. En 1968 le concedieron una

Beca March para la realización de estudios en París y obtuvo un premio en la Bienal Internacional de Grabado de Tokio. En el año 1979 el Ministerio de Cultura le concedió una Beca para la Creación Artística y en 1980 obtuvo una Beca Fullbright para trabajar en New York. Premio Adquisición, 12 Bienal de Zamora (1995). Primer Premio XII Edición Premio de Pintura L'Oreal, Madrid (1996). Mención Honorífica Premio Nacional de Grabado, Madrid (1998).

Ha expuesto individual y colectivamente en diversas galerías, entre ellas: Galería Fernando Fe (Madrid), Galería Abril (Madrid), Galería Mokum (Amsterdam), Galería Vandrés (Madrid), Galería Temps (Valencia), ART'76, Galería Fauna's (Madrid), Stadtturm Galerie (Innsbruck, Austria), Z Gallery Inc (New York), Palacio Revillagigedo Caja de Asturias (Gijón), Bienal Venecia 1966, Galería Juan Aizpuru (Sevilla), Galería Juana Mordó (Madrid), Círculo de Bellas Artes (Madrid), Galería Metta (Madrid), Museo de Bellas Artes (Bilbao), Galería Antonio Machón (Madrid). Galería Miguel Marcos (Barcelona), Galería Du Fleuve (París). Galería Marianne Meyer, Bayreuth (Alemania). Galería Alfredo Viñas (Málaga), Galería Trindade, Porto (Portugal) … y en la Galería Arco Romano de Medinaceli

Tienen obras suyas los siguientes Museos y entidades:

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid. Museo de Arte Abstracto, Cuenca. Museo de Arte Contemporáneo, Sevilla. Museo de Arte Contemporáneo Castillo de San José, Arrecife, Lanzarote. Museo de Navarra, Pamplona. Museo de Bellas Artes, Granada. Museo de Arte Contemporáneo, Sâo Paulo, Brasil. Museo de Arte Contemporáneo, Skopje, Macedonia. Museo Salvador Allende, Santiago de Chile. Sala de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid. Real Academia de San Fernando, Madrid. Smithsonian Institute, Washington. New York Archival Society, New York. Colección Universidad Autónoma de Santo Domingo República Dominicana. Fundación March, Madrid. Fundación Santillana, Madrid, Santander. Fundación Jorge Castillo, Madrid. Colección Banco de España, Madrid. Colección Argentaria, Madrid. Colección Deustsche Bank, Frankfurt. Colección de Pintura Contemporánea CGIL, Roma. Junta de Castillo y León, Valladolid. Colección Telefónica, Publicidad e Información, SA. Colección Fundación CocaCola, Madrid. Coleccción L'Oreal, Madrid. Museo de Arte contemporáneo Unión Fenosa, La Coruña.

Premios y Becas:

Beca March para estudios en París 1968. Premio de Grabado The 6th International Biennal Exhibition of Prints in Tokyo The Museum

Modern Art, Tokio 1968. Beca ayuda a la Creación Artística Ministerio de Cultura, Madrid 1979, Premio Adquisición 12 Bienal de Zamora 1995. Primer Premio XII Edición Premio de Pintura L'Oreal, Madrid 1996. Adquisición V Mostra Unión Fenosa, La Coruña 1997.

GRAN CONCURSO GRAN
Ganador

BALDOR - Bueno Waquero que anderando se hace el camino, este mes lo voy a tener realmente ocupado con este oso que cada día anda... En fin...

WAQUERO - No creo que convenga hablar en voz muy alta, amigo mío. Tu oso y mi Guanaco andan chusmeando de aquí para allá, andá a saber en qué andan.

BALDOR – Ay, ay. Espero que no hayan oído lo de la solución de antes. En fin, no puede hacerse nada ahora. Será mejor que sigamos. He aquí para El Gran concurso un ¿relato?, dejémoslo un escrito. Es de un argentino, Alejandro Murgia (del cual ya publicasteis un relato, "El invierno de 1311" en el número 104, hace más de dos años. Sin embargo el relato tiene su contestación, siguiéndole en parte el juego en Las Catacumbas de Narramundo en el Eurander un poquillo más abajo.

WAQUERO - Lo leí, y el cuento de Alejandro, creo que los lectores coincidirán, por originalidad, humor y dialéctica merece el primer puesto.

Petición de auxilio
por Alejandro Murgia

¡Auxilio!

Mi nombre, Nautilo Averroez, probablemente nada le diga al receptor de tan inopinada nota. Confío, empero, en que habrá tenido noticia del naufragio del bergantín "Buen Augurio", con ruta al archipiélago de Tuamotu. Yo me encontraba a bordo cuando el choque contra la formación coralina. El piloto, indudablemente, había bebido mucho, y no vio el peligro ni pudo obrar a tiempo.

¿Dónde aconteció el hundimiento? Ojalá pudiera indicarlo. Calculo que aún faltaba mucho para ver aparecer a Tahití en el horizonte. Atiné a aferrarme a un madero, y anduve a merced del oleaje durante un tiempo que me pareció eterno. Llegué, cuando todo parecía perdido, al cayo o promontorio donde me encuentro (la exigüidad del área que ocupa me impide llamarlo de otro modo);

ignoro el nombre o la ubicación exacta del peñón; mi impericia en el conocimiento del cielo nocturno me impiden dar otro dato.

El providencial hallazgo de un lago de origen pluvial me valió continuar con vida. Aunque parezca increíble, hallé en una cueva del cayo una máquina portátil Remington, un block de papel de carta, y una botella (únicamente el Padre Eterno puede decir de dónde vinieron; tal vez hubo otro náufrago aquí). Por tal motivo he aprovechado y mecanografiado el actual pliego; un único problema tuve, que me ha tenido en vilo durante todo el tiempo que me llevó componer el pedido de auxilio que lee mi atónito lector: a la máquina le falta una tecla, la que aparece normalmente entre la A y la D.



EURANDER, by Baldor

Waquero – Creo que es una idea genial que todos aquellos que quieran comunicarse con Baldor (O con Sorn) tengan la posibilidad de hacerlo a baldormars@yahoo.es, así que, lectores del mundo… a hacerlo.

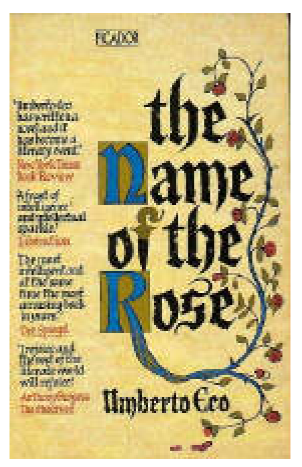
Drimguorcs

BALDOR – En esta edición del Eurander no tendremos la sección de Drimguorcs porque Esteban Espilberto ha estado completando cierto trabajillo que le hemos encargado. Mientras prepara los últimos detalles dejadme presentaros una pequeña reseña de la extraordinaria novela "El Nombre de la Rosa" de Umberto Eco, libro que nos ocupará buena parte de esta entrega del Eurander.

SORN – El nombre de la rosa es Moony. ¡Ay no! Ese era el nombre de la etiqueta de las rosas.

GUANACO - ¡Traidor! ¡Sput!

El nombre de la rosa
Umberto Eco (1980)



Lo más llamativo del título de esta primera novela del italiano Umberto Eco es su total carencia de relación con el texto. ¿Por qué es importante ese nombre? ¿Qué rosa? Si esperamos encontrar respuestas a estas preguntas en las páginas de este excepcional libro andamos listos. Porque el autor pretendía algo muy concreto al bautizar así a su obra. Esa intención no era otra que evitar constreñir las posibles lecturas mediante una etiqueta que proclamara a las claras: "Ésta es una novela de detectives"; o "ésta es una novela sobre la iglesia en la edad media"; o "ésta es una novela sobre libros". El nombre de la rosa es todo eso y más, pero somos nosotros, los lectores, quienes tenemos que decidirlo. Eco no nos va a poner las cosas fáciles. Él sólo pone a nuestra disposición la abadía para que la exploremos junto a Guillermo de Baskerville… y saquemos nuestras propias conclusiones.

¿Quiere todo lo anterior decir que no puede leerse como una historia de crímenes a lo Agatha Christie o Conan Doyle? ¡En absoluto! El mismo apellido de fray Guillermo, Baskerville, hace clara referencia al detective creado por Doyle, y el personaje de Adso cumple perfectamente los papeles de ayudante, discípulo, amigo y cronista, desempeñados con la eficacia de un doctor Watson. Pero hay algo más (y algo menos) escondido entre las páginas de esta novela.

Está la ambientación, por ejemplo. Muy a menudo el marco histórico se convierte en un simple escenario donde los protagonistas recitan sus líneas y viven sus pasiones preconcebidas. En El nombre de la rosa, sin embargo, nada tiene sentido si lo separamos del año 1327, en que discurre la acción. Los personajes son hijos de su época, sujetos a las ideas, circunstancias y

condicionantes de la Historia; desde el abad Abbone hasta el infeliz Salvatore. Tan sólo hay dos excepciones a esta regla. Por una parte tenemos al propio fray Guillermo, un monje franciscano que se sitúa —y nos sitúa— en una posición de privilegio, no tanto adelantado a su tiempo como fuera de él. Liberado de la tiranía del presente, es capaz de mirar tanto hacia el futuro como hacia el pasado, y tejer para nosotros un tapiz que nos ayude a comprender todo lo demás. La segunda excepción la constituye Adso. Sin ser poseedor de las extraordinarias cualidades de su maestro presenta, sin embargo, una peculiaridad no menos fundamental para nuestra comprensión de los hechos relatados: combina en un único ser ignorancia y sabiduría, impetuosidad y reflexión, juventud y vejez. Eco nos brinda este peculiar guía gracias al recurso de convertirlo, al final de su vida, en cronista de lo acontecido en su adolescencia.

A través de sus ojos asistimos a la estricta vida abacial, a las convulsiones en el seno de la iglesia, a crímenes, a la lujuria del conocimiento, a luchas de poder, a la ley inquisitorial, a la herejía y la santidad, a los libros y a los libros que hablan de libros, al tenebroso mundo de los simples y a la preocupante evolución de las ciudades en la periferia de nuestra conciencia. En definitiva, a un tira y afloja entre diversos intereses, tanto de poderosas facciones como privados e inconfesables. Los acontecimientos fluyen y se entrecruzan, golpean con ciega indiferencia a los pobres personajes atrapados en su torbellino y evolucionan hacia una conclusión simultáneamente anticlimática (aparentemente) y devastadora, que exige (y merece) un par de relecturas para su pleno disfrute.

En medio de todo se encuentra fray Guillermo, asumiendo un papel activo, sometiendo lo que contempla al poder de su orgulloso intelecto, o mejor, filtrándolo a través del cedazo de la razón. ¿El resultado? Bueno, no voy a creerme más que Umberto Eco, dejaré que lo averigüéis, y valoréis, por vosotros mismos.

BALDOR - ¿Ya has terminado, Esteban?

ESTEBAN - ¡Sí, un momentito! CRASSSSS, POM, POM, POM, RRRTTTTTTT, ÑIIIIIC Ya está… ¿Llego a tiempo? ¡Dime que llego a tiempo!

SORN – A tiempo de recogerlo todo e irte a casa.

ESTEBAN - ¡Noooo! Lo sabía. No he llegado. Lo siento mucho. Yo… yo quería terminarlo. BUUAAA.

BALDOR - ¡Sorn! Tranquilo señor Espilberto, ha llegado a tiempo. Venga, venga, vamos a ponerlo y depués descansa un ratito.

El nombre de la rosa
Jean-Jacques Annaud (1986)



En 1986 se rodó una coproducción europea (Francia, Italia, Alemania) basada en la novela de Umberto Eco (su nombre oficial es Der Name der Rose). Fue dirigida por el francés Jean-Jacques Annaud entre cuyos créditos figuran películas como En Busca del Fuego, El Oso, Siete Años en el Tíbet o Enemigo a las Puertas. Se trató de un proyecto ambicioso y caro (veinte millones de dólares), especialmente si consideramos lo precario de la industria cinematográfica europea del momento. Para llevar a buen puerto la empresa se contó con exceletnes intérpretes para recrear a los distintos personajes de la novela. Sean Connery era el protagonista al encarnar a fray Guillermo de Baskerville (algo menos huesudo de cómo había sido descrito); Christian Slater interpretaba a su discípulo, Adso de Melk (en uno de sus primeros papeles para el cine); el inquisidor Bernardo Gui lo recreaba F. Murray Abraham y, por último, Ron Perlman, un actor habitual de Annaud, ofrecía una inolvidable aparición como Salvatore.

La película fracasó en Estados Unidos al lograr recaudar sólo 7 millones de dólares, pero fue un gran éxito en Europa, alcanzando los 77 millones de recaudación global. Cabe destacar una perfecta ambientación, reforzada por grandes interpretaciones, especialmente la de Connery en el papel protagonista, que aporta todo su carisma a su personaje, fray Guillermo, tal vez excesivamente modernizado para conectar con el espectador. Otro participante ilustre es el compositor James Horner, autor de una banda sonora muy ambiental, que ya poseía un par de nominaciones para los Oscars pero aún no disfrutaba de la actual popularidad.

Lógicamente, el largometraje no puede reflejar todas las líneas narrativas de la novela original, viéndose obligados los guionistas a aligerar la trama y eliminar enfoques, centrándose en la investigación de los asesinatos acaecidos en el monasterio (simplificada, eso sí, y un tanto apresurada) y cargando la intensidad dramática en la subtrama inquisitorial (levemente retocada para hacerla más asimilable por el público). Durante el proceso se pierde mucha de la riqueza que podemos hallar en la novela, pero en esencia considero que se mantiene casi intacto el espíritu de la misma, lo cual es una hazaña nada desdeñable. La película funciona perfectamente como complemento de la novela, destilando de la misma aquello que puede plasmarse mejor en una pantalla de cine sin que se resienta la experiencia cinematográfica, con la promesa de ofrecer mayor profundidad a quien quiera aventurarse en las páginas del libro original.

En definitiva, una gran obra, tanto tomada de forma independiente como teniendo en cuenta que se trata de una adaptación. Ganó diversos premios, incluyendo el César francés para su director, dos BAFTA británicos para Sean Connery y el maquillaje, los David italianos a fotografía, vestuario y producción, y los Film Award germanos para Sean Connery de nuevo y el diseño de producción; por mencionar sólo los más importantes.

Link en IMDB: http://us.imdb.com/Title?0091605

Banda sonora: http://www.shef.ac.uk/~cm1jwb/namerocd.htm

Clasificados: Se busca cerrajero. Con las prisas nos hemos dejado las llaves adentro.
Ref. Compañía de vigilancia de la Puerta Negra.

BALDOR – Pero ahí no acaba la cosa. Además, hay un juego basado en “El nombre de la rosa”.

WAQUERO – Sí, lo recuerdo, “La abadía del crimen”; en los próximos numeros de Juegomanía hablaremos de este juego más una versión algo “liberal” con una “monjitas”.

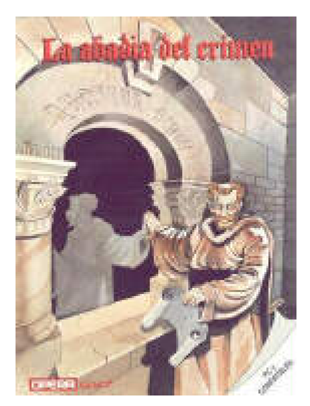
BALDOR – Sí, aunque es un poco antiguo. Aquí lo tenéis.

MOONY – Sí, la versión con las “monjitas” la conozco. Trabaja una “amiguita” mía, mira... te la presento.



Una "amiguita" mía, mira… te la presento

La abadía del crimen
Opera Soft (1988)



No sólo hay adaptaciones de El Nombre de la Rosa para la gran pantalla. En 1988 el sello español Opera Soft lanzó al mercado "La abadía del crimen", una aventura gráfica programada por Paco Menéndez para ordenadores de ocho bits. El título fue uno de los considerados por Eco en un principio para su novela y fue el escogido ya que no se consiguieron a tiempo los derechos para utilizar el original. Salió originalmente en Amstrad CPC, Spectrum 128k (no cabía en el de 64k) y MSX, siendo considerada una de las obras cumbres entre los juegos para ordenadores de 8 bits. Fue durante muchos meses uno de los juegos más vendidos en España y aún hoy es de los más recordados y mejor considerados entre los aficionados nostálgicos.

¿Os suenan los entornos tridimensionales? ¿Manejar simultáneamente a dos personajes? ¿Que otros personajes disfruten de cierto grado de inteligencia propia? ¿Efectos de iluminación? Todo eso ya lo implementaba esta pequeña (por lo de los 8 bits) joya hace quince años. Lástima que se trate de una iniciativa llevada adelante en castellano, pues ya sabemos, como la propia Axxón es

una muestra, que sólo los proyectos en inglés parecen alcanzar la resonancia que se merecen.



Actualmente se está trabajando en un remake a 256 colores para PC. Podéis encontrar más datos en http://abadiadelcrimen.com/, y hasta podéis descargaros una versión previa del mismo.

LAS CATACUMBAS DE NARRAMUNDO

Respuesta esperanzadora

según Sergio Mars

Estimado señor Nautilus (pues ese sustantivo, supongo, usted mismo hubiese consignado si las circunstancias hubiéranselo consentido). Gustaríame expresarle sucintamente las encontradas reacciones suscitadas tras llegarnos su sorprendente misiva (azarosa circunstancia esa, mas venturosa, seguro).

Mis hombres están ansiosos, mis navíos aparejados, los vientos soplando, las coordenadas estimadas. Su isla es nuestro destino. ¡Anímese, pues partimos presurosos!

Desafortunada resultó su travesía (los buenos presagios son escasamente fiables), pésimas resultaron, posiblemente, sus vivencias isleñas. Mas, estoy seguro, empresa muchísimo más angustiosa sería escribir su epístola sin esa espléndida consonante, sinuosa serpiente, designada "ese". Sólo ese esfuerzo justificaría sobradamente nuestro salvamento (si otras consideraciones estuvieran ausentes).

Saludos pues. Esperaré ansioso las noticias sobre su exitoso rescate.

Sir Thomas Essex

```
Clasificados: Con los sucesivos lavados la ropa queda gris, sin brillo. Eso tiene solución. Use detergente El Balrog y verá qué cambio. (Requiere
```

centrifugado con agua fría y secado al fuego).



WAQUERO – Les recuerdo a los lectores que para entender más aún la fina ironía de ambos escritos conviene leer los dos cuentos.

GUANACO – Psss… Yo he escrito cosas mejores que no poner una letra más o menos…

WAQUERO - ¿Ah, sí? ¿Y cómo sería eso?

GUANACO – Escribí un cuento en la cual faltaban no una ni dos sino… ¡todas las letras del alfabeto!

WAQUERO – Ah, sí. Me acuerdo. Fue esa hojita en blanco que me mostrabas todo el tiempo el año pasado…

GUANACO – No entendes mi arte, inculto.

WAQUERO – Bueno, llegamos, no se cómo, al final de este Ander.

GUANACO – Mirá, la verdad creo que éste es mi ultimo Ander, Waquero, qué querés que te diga…

BALDOR – ¿Pero por qué, Guanaco? ¡Ahora que empezaba a apreciarte! El Ander no sería Ander sin ti.

LA STREGA – Baldor tiene razón, Guanaco, no seas tan tremendista…

GUANACO – Lo siento… ¡He dicho! (sñig)

SORN – ¡Asiento, dices! Tienes razón, Guanaquillo, no puedes irte. ¿Dónde me sentaría entonces?

GUANACO - ¡ARRGGGHH! ¡¿Lo escucharon, lo escucharon?! ¿Cómo puedo vivir con este oso diciendo estas cosas?

MOONY – A ver Guanaquito si con este besito te calmás. (Shmuack)

GUANACO - Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp… Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp… Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…

WAQUERO – Bueno, mientras el Guanaco se recupera del tremendo pedazo de beso que le zampó Moony quiero agradecer al maravilloso amigo Poker, también conocido como Agudo, que tiene el alias de Andrés G. Urtubey, que desde este número es mi fotógrafo oficial del Ander. Con su buen gusto y sapiencia ha elegido a las chicas de este número. Nos vemos en el próximo Ander, La Strega.

LA STREGA – Así es Waquerito, con muchos mimos y muchas caricias para nuestros lectores.

Clasificados: Busco laguna pública para poder pescar en paz.
Ref. Gollum.



Un gran beso a los lectores ¡Hasta el próximo Ander! Miiiaauuuuu…

MOONY – Eso, caricias de todo tipo y en todas partes.

GUANACO - Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…

BALDOR – ¡Rápido, rápido! Que alguien llame a una ambulancia. ¡Al Guanaco acaba de darle algo!

SORN – Affffff… que sean dos… gggggggggg

GUANACO - Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…

WAQUERO – Felices vacaciones a todos los argentinos y un abrazo a todos los lectores del mundo. Hasta el próximo Ander.

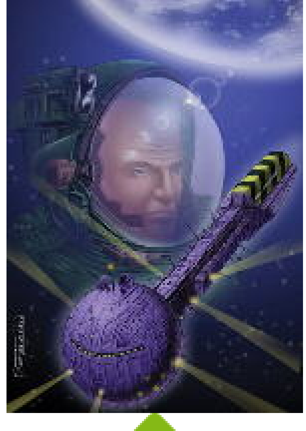
GUANACO - Sip, gasp, burb, argh. Ffffffpppp…

SORN – Gggggggggggggg.

Dedicado a Rodolfo Contin.

Axxón 122 - Enero de 2003







Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**